

Revista Conclusiones Analíticas

Año 7 | Número 7 | 2021
Cátedra Libre Jacques Lacan

DOSSIER
Diario de pandemia
Registros
de la práctica analítica


EduLP

psicología

ISSN 2362-5732



**REVISTA CONCLUSIONES
ANALÍTICAS**

Año 7 | Número 7 | 2021

REVISTA CONCLUSIONES ANALÍTICAS

Director

CHRISTIAN RÍOS

Compilador

CAMILO CAZALLA

Equipo de redacción

IGNACIO FUNES- CAMILO CAZALLA- AGUSTÍN BARANDIARÁN MARÍA
CONSTANZA GASCÓN- GRISELDA LOZANO- SILVIA ÁVILA- ESTEFANÍA
BONIFACIO- VALERIA MARTÍNEZ
SEBASTIÁN RAIMBAULT- NATALIA BELÉN

Asesores

CLAUDIO GODOY - LUIS SALAMONE

CORRESPONSALES: LUCIO COVATTI (COMODORO RIVADAVIA)-
MARIANA SANTONI (MENDOZA)- DAMIÁN PÉREZ (NEUQUÉN)-
ELVIRA DIANNO (SANTA FE)- JORGE ASSEF (CÓRDOBA)- CLAUDIA
MAYA (TRENQUE LAUQUEN)- SOHAR RUÍZ (SAN LUIS)- FLORENCIA
FERNÁNDEZ (MONTEVIDEO)- CHRISTIAN ROY BIRCH (PARÍS)- ERIC
GONZÁLEZ GUZMÁN (BARCELONA)- MARCOS PELIZZARI (LA PAMPA)-
MIGUEL LÓPEZ (TUCUMÁN)

Autores

ANA SOL SIKIC- BRÍGIDA GRIFFIN- CECILIA FASANO- CHRISTIAN
RIOS- CHRISTIAN MARTÍN- DAMIÁN PÉREZ- DAVID ALBANO
GONZÁLEZ- ELVIRA DIANNO- ERIC GONZALES GUZMÁN- FABIÁN
NAPARSTEK- GUSTAVO DESSAL- GUSTAVO STIGLITZ- GABRIELA
GRINBAUM- GABRIELA RODRIGUEZ- HERNÁN BRIZIO- JOSÉ
LACHEVSKY- LOLO MICUCCI- MARCELO BARROS- MABEL
LARRECHART- MARÍA AGUSTINA BRANDI- MARINA POSATA-
MARIANA ISASI- MARIANA SCHWARTZMAN- OSCAR VENTURA-
SEBASTIÁN RAIMBAULT- TAMARA SPARTI

Ilustraciones

MABEL LARRECHART

ISSN 2362-5732

REVISTA CONCLUSIONES ANALÍTICAS

Dossier: Diario de pandemia

Registros de la práctica analítica

Director: Christian Ríos / Compilador: Camilo Cazalla

Cátedra Libre Jacques Lacan

Facultad de Periodismo y Comunicación Social.

Universidad Nacional de La Plata.

Diagonal 113 y 63 N° 291, La Plata

Código Postal (1900) Tel. (0221) 422-3776

Página web: <http://www.perio.unlp.edu.ar/>

Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (Edulp)

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

editorial@editorial.unlp.edu.ar

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN)

Primera edición, 2021

ISSN 2362-5732

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

©2021 - Edulp

Índice

Prólogo	9
CHRISTIAN RIOS	

Dossier: Diario de pandemia Registros de la práctica analítica

Déjenos deprimirnos	15
GABRIELA GRIMBAUN	

Pandecracia o Burocracemia a la luz de la "Batalla de Véneto"	19
GUSTAVO STIGLITZ	

Civilización, pandemia y segregación.....	23
MARÍA AGUSTINA BRANDI	

Refugio	33
DAMIÁN PÉREZ	

Un Ojal en la Trama	35
MARINA POSATA	

El <i>flâneur</i> en la ranura.....	41
#Post 666: El <i>spleen</i> de las ciudades desaparecidas.	
ELVIRA MARÍA DIANNO	

La carta botada. *Poubellication* 55
GABRIELA RODRÍGUEZ

Sobre la imagen del cuerpo y su fragmentación..... 61
en el dispositivo analítico
DAVID ALBANO GONZÁLEZ

Lo inabitante 73
ÉRIC GONZÁLEZ GUZMÁN

De la normalidad que nos está matando 89
GUSTAVO DESSAL

¿Dónde hay humo, hay fuego? 92
MARIANA SCHWARTZMAN

Cátedra Libre en Dialogo

Entrevista a Oscar Ventura 102
POR CHRISTIAN RÍOS

Entrevista a José Lachevsky 107
POR CAMILO CAZALLA

Entrevista a Cecilia Fasano 112
POR VALERIA MARTÍNEZ

Entrevista a Fabián Naparstek 122
POR CHRISTIAN RÍOS

Entrevista a Lolo Micucci	126
POR CAMILO CAZALLA	

Citas y Comentarios

De una ciencia sin sabiduría	133
MARCELO BARROS	

La única ciencia verdadera es la ciencia ficción	136
SEBASTIÁN RAIMBAULT	

Psicoanálisis en la línea de fuego

¿Es el hospital una trinchera? "Psicoanálisis desde la trinchera"	141
ANA SOL SIKIC	

Salpicón de hospital	145
MARIANA ISASI	

Un faro real en la tormenta	147
CHRISTIAN MARTÍN	

Psicoanálisis y dispositivos

La sexualidad: el pozo en el juego político	152
HERNÁN BRIZIO	

Literatura

Poemas y escritos..... 166

TAMARA SPARTI

Palabras sin respiro

Poemas inéditos escritos en época

de confinamiento 169

BRÍGIDA GRIFFIN

Tiempos inciertos: intercambios desde el encierro..... 180

MABEL LARRECHART

Datos de los autores 183

Prólogo

CHRISTIAN RIOS

Hoy, domingo 30 de agosto, decidí escribir el prólogo del presente volumen. Es un día en que el reporte sanitario del Ministerio de Salud, indica que durante la jornada se confirmaron 7.187 nuevos casos de COVID-19 y 104 fallecidos, en tanto la suma total de positivos y decesos asciende a 408.426 y 8.457, respectivamente. El dato más alentador, y muchas veces el menos observado, es el de 294.007 personas dadas de alta.

Ya pasaron cinco meses desde el primer caso en Argentina y hace dos días el Presidente anunció la continuidad -con algunas modificaciones- de las medidas sanitarias implementadas a partir del 20 de marzo.

En el día de hoy, ya no se escuchan aplausos al personal de la salud, y los significantes “quedate en casa” o “nueva normalidad” no resuenan como en los primeros meses. Más bien, un nuevo signifiante ha sido promovido al cenit del discurso: “convivir con el virus”.

En dicho sentido, poco a poco, la preocupación por el aumento de casos y el posible colapso del sistema de salud, se ha ido tensando en el debate con el deterioro de la economía y las medidas de flexibilización. Punto de discusión que ya se había desarrollado en otros países, pero

que en nuestro caso se instaló fuertemente a principio del mes de julio, cuando vivimos cierta redición -pero con un nuevo sentido- del debate seguridad versus libertad.

Por otra parte, estos meses también configuraron una experiencia intensa entorno de la virtualidad. Las alteraciones introducidas en la vida cotidiana, en las formas del trabajo y la producción, fueron acompañadas por un forzamiento a la virtualidad. Así lo verifica la multiplicación de plataformas virtuales aplicadas a distintos ámbitos: recreación, trabajo, salud y educación, entre otras.

El presente número recoge distintas reflexiones, análisis y experiencias singulares que contienen, en algún sentido, los ejes mencionados. Algunos de los textos toman un tono testimonial y dan cuenta no solo de lo que cada uno ha perdido en el tránsito de esta experiencia, sino también de las respuestas singulares en el registro de la invención.

Otros ubican el acento en la indagación de los efectos de la técnica en la subjetividad, en los cuerpos, en el discurso del amo y en el discurso analítico. En este punto, cabe preguntarse si existen diferencias entre la sesión analítica bajo la modalidad *on-line* y la sesión presencial.

Indudablemente, el debate no está saldado. A lo largo de los diferentes textos, podrán constatar que las opiniones no son concluyentes. Algunas posiciones sostienen que la presencia del cuerpo resulta un punto imprescindible e irremplazable -debido a la consideración de que el cuerpo del analista encarna lo no simbolizado del goce y por ende de la no relación sexual- en la experiencia analítica, en tanto otras ponen el énfasis en el hecho de que la presencia del analista no se traduce necesariamente en la presencia del cuerpo real.

En consonancia con el dossier, en el apartado “Comentario de citas”, encontrarán un pasaje de la célebre entrevista realizada a Jacques Lacan en la Revista *Panorama* (1974). Allí, llama la atención, cierta anticipación Lacaniana del tiempo que nos toca vivir.

En algún punto, los dos comentarios o interpretaciones de dicho pasaje, dan cuenta de la lógica que le permite a Lacan sostener que el discurso científico se encuentra en una posición insostenible y que la única ciencia verdadera es la ciencia ficción.

Por otra parte, en la sección “Psicoanálisis en la línea de fuego”, tres textos transmiten la experiencia de la práctica hospitalaria en tiempos de pandemias. ¿Qué pueden decirnos los colegas que se encuentran en las primeras líneas? ¿Cómo se inserta la práctica analítica en este contexto? ¿Qué dificultades sitúan?

A su vez, ¡no se olviden del arte! Este atraviesa de inicio a fin el presente número. Verán que cada sección contiene una ilustración de Mabel Larrechart, artista nacida en Tres Arroyos, formada en nuestra querida Universidad Nacional de La Plata, y quien reside actualmente en la ciudad de México.

Hay que decir, que estas ilustraciones son el fruto de un trabajo -“Tiempos inciertos, intercambios desde el encierro”- realizado en el marco de la pandemia y que nos permite pensar la función del arte en la civilización.

Desde una perspectiva distinta, Lolo Micucci -músico y compositor- nos brinda su mirada sobre la grave crisis por la que atraviesa el colectivo de artistas, al tiempo que reflexiona y nos cuenta su forma de sobrellevar el proceso creativo en medio del aislamiento.

También en la sección “Literatura” encontraran una serie de poemas, en este caso de la pluma de dos colegas: Tamara Sparti y Brígida Griffin.

Hoy, un día frío y soleado de agosto, mientras escucho la radio, llega el momento de concluir -a partir de este prólogo a título de punto de capitón- con este volumen. Pero, aun habiendo concluido con nuestro trabajo, sabemos que la experiencia de la pandemia continuara por los menos algunos meses más.

En un principio, con algunos colegas del comité editorial, nos surgía cierta urgencia por dar a conocer estas *conclusiones*, nos interesaba ser

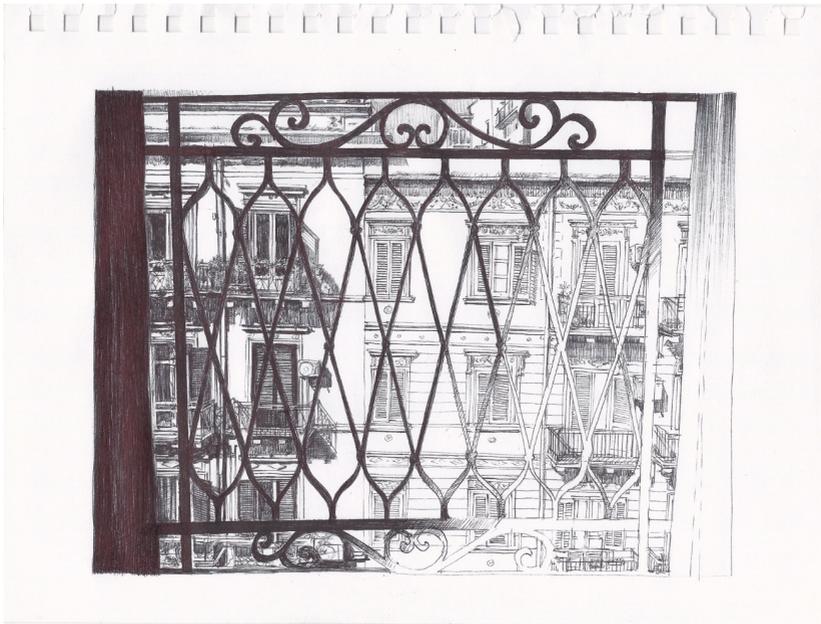
parte del diálogo que hoy por hoy se sostiene en el campo analítico e intelectual. Pasado un tiempo, me convenció la idea de que el verdadero valor de este número se encontrará en su posible atemporalidad.

Habrà un tiempo de espera, un impasse entre el punto final de este volumen y su lectura, entre aquello que fue actual y la actualidad situada en el presente de la lectura. No dejarà de ser una experiencia interesante, tal vez como ninguna otra. Cuando cada lector tenga este material en sus manos, constatarà con el paso del tiempo a su favor, qué pensamos y vivimos en este momento.

Buena lectura.

Dossier

**DIARIO DE PANDEMIA
REGISTROS DE LA PRÁCTICA
ANALÍTICA**



Déjenos deprimirnos

GABRIELA GRINBAUM

Nunca imaginé ser parte de los manuales de historia.

Me divertía un poco ser algo así como de la Generación X, los que vivimos los 80' un poco transgresores y alocados.

Pero... pero... esto o más precisamente la COVID-19 uffff, noooo.

La historia dividida en un antes y un después del virus que corona la tierra... impensable.

Ahora entiendo.

Esto es el real sin ley.

Y no le encuentro nada de nada de nada ni de divertido ni de eso que escucho con frecuencia, nos viene bien para frenar un poco la maratón desenfundada que vivíamos.

Es un horror.

Es verdad que hay un efecto de “bipolaridad generalizada”, así la bautizo yo. Pasajes sin escalas de híper manía a un bajón letal.

Con Mariana Schwartzman inventamos una gracia, empezamos una lista en la que vamos agregando cotidianamente más y más... qué nos deprime. Se las regalo:

Me deprime la manía del otro.
Me deprime la incertidumbre.
Me deprime no ir al cine ni al teatro ni al Malba.
Me deprime hacer como si nada pero no parar de hablar de esto.
Me deprime la vida online.
Me deprime la vida que viene.
Me deprime decir que no vamos a volver a la normalidad porque la normalidad era el problema.
Me deprime no ser optimista esta vez.
Me deprimen los optimistas.
Me deprime que la humanidad será aún peor.
Me deprime lo que se perdió y que seguirá perdido.
Me deprime que crean que hablo del objeto perdido freudiano.
Me deprime la infancia sin amigxs en el patio del colegio.
Me deprime el exceso de ofertas por Instagram.
Me deprimen los vivos de Instagram.
Me deprime mi adicción a Instagram.
Me deprimen las horas que Instagram me anuncia que pasé esa semana ahí.
Me deprime hacer gimnasia si nunca hice.
Me deprime mirar por la ventana.
Me deprime la lluvia.
Me deprime el sol.
Me deprimen los días nublados.
Me deprimen los barbijos.
Me deprimen los mil y un modelos de barbijos.
Me deprime que grandes artistas diseñen barbijos.
Me deprimen los abuelos que no pueden ver a los nietos.
Me deprime la hostilidad.
Me deprime salir a pasear a Elvis y las miradas de sospecha.
Me deprimen los nuevos chats.

Me deprimen los chats donde te dejan hablando sola.

Me deprimen los que aprovechan el tiempo.

Me deprimen los que ahora leen Proust o Tolstoi.

Me deprime no haber leído ni un solo libro en cuarentena.

Me deprime mi nueva adicción a todo y cualquier noticiero que solo agrega más números de muertos.

Me deprimen los infectólogos y sus recetas.

Me deprimen los audios médicos de los médicos que luego dicen que son falsos.

Me deprimen los opinólogos.

Me deprime el empoderamiento recientemente perdido y ahora altamente recuperado de las fuerzas policiales.

Me deprime cuando pienso que la manía de seguir es un decorado y que es real la amenaza de enfermarnos o que se enferme un ser querido.

Me deprime no concentrarme para escribir.

Me deprime tardar tanto tanto para armar una clase.

Me deprime mi fragilidad desconocida.

Me deprime Bolsonaro.

Me deprime que lo más excitante del día es el timbre con la llegada de Glovo.

Me deprime no estar al día jamás con lo que hay que ver en Netflix.

Mariana me escribe por Instagram: “agregá esto, no hay nada que me deprima más que el: “armate una rutina en cuarentena”. Odio profundamente la rutina en cuarentena.

Me deprimen soberanamente los cumpleaños por zoom.

Pero más me deprimen los que se quejan de justo cumplir años en cuarentena.

Me deprime terminar un mensaje con “un beso que por acá se puede”.

Pero lo que más más más me deprime es que no te dejan deprimirte.

Porque el imperativo del goce y de felicidad de la época no queda afuera.

Y entonces los gobiernos te mandan a tener sexo virtual y te dan incluso ideas como el “sexting” o las plataformas liberadas de porno. Hay que gozar aunque estés atravesando toda esta mierda.

Me deprime que no haya espacio para la tristeza.

Me deprime que parece cierto que nada volverá a ser como antes y a mí, mi antes me gustaba bastante.

Pandecracia o Burocracemia a la luz de la “Batalla de Véneto”

GUSTAVO STIGLITZ

Leo atónito una entrevista que llega a mi Whatsapp. La envía Alejandra Glaze, a quien agradezco. En ella, el periódico español *El confidencial* convoca al Profesor Emérito de la Universidad de Florencia, Sergio Romagnani, 81 años, inmunólogo e internista.

Fue de los primeros en alertar a la opinión pública sobre los riesgos de la COVID-19, causada por el coronavirus y su gran velocidad de propagación.

Romagnani fue consultado por las autoridades de la región de Toscana, que inmediatamente adoptaron la práctica del test a los trabajadores de la salud, a diferencia de los vecinos de Lombardía.

Su discípulo Andrea Crisanti, fue “repatriado” a la Universidad de Pádova, Italia, nada más y nada menos que del Imperial College de Londres -renombrado ahora por el informe de Neil Ferguson y su equipo, publicado en el mes de marzo, que orienta toda una estrategia de los modos de distanciamiento social para frenar la propagación del virus- en donde se desempeñaba como investigador. Dicho informe

ha sido recientemente comentado entre nosotros por Eric Laurent (en línea) y Elena Levi Yeyati.

El entrevistado -Romagnani- destaca la diferente evolución de la enfermedad en zonas muy cercanas, que adoptaron distintas políticas y estrategias frente a la misma.

En pequeña escala, el Profesor Emérito señala la enorme diferencia entre lo ocurrido en el pueblo de Vo (Véneto) y en el de Codogno (Lombardía), ambas zonas rojas desde el comienzo de la pandemia.

En el primero, asesorados por Crisanti, las autoridades decidieron realizar tests a todos los habitantes. El resultado de la pequeña muestra fue que gran cantidad de ciudadanos asintomáticos -que luego desarrollaron síntomas- portaban el virus y eran fuente de contagio. A partir de estos resultados, la estrategia consistió en aislar a todos los positivos, sintomáticos o no, con lo que la propagación se frenó drásticamente.

Nada de esto ocurrió en el vecino Codogno, como tampoco hubo -ahora en gran escala- un equivalente a la llamada Batalla de Véneto, en la vecina Lombardía. Los datos son apabullantes y se pueden leer en la entrevista. Hasta aquí se trata simplemente -como si fuera algo simple el número de vidas en juego- de distintas políticas frente a la enfermedad y sus resultados.

Pero lo llamativo, la frase de Romagnani que me golpeó fuertemente es la siguiente: “Véneto está controlando el coronavirus por no seguir a la OMS.”

¿Cómo puede ser? ¡Indóciles y exitosos!

Inmediatamente recordé la advertencia de Lacan (2012) en “La psiquiatría inglesa y la guerra”: “... esta guerra ha demostrado suficientemente que no es de una indocilidad demasiado grande de los individuos de donde vendrán los peligros del porvenir humano”.

El párrafo continúa con una referencia a los “oscuros poderes del superyó” que se ligan a “los más cobardes abandonos de conciencia”, que no me atrevo a proseguir aquí.

Pero lo que está claro es la indocilidad de las medidas tomadas en Vo (Véneto) en relación con las recomendaciones de la autoridad sanitaria (OMS). ¿Cómo se explica esto? ¿Los expertos de la OMS no sabían lo que dos médicos e investigadores italianos tuvieron claro desde el principio?

Romagnani responde a esta pregunta de una manera tan clara como aterradora: “Yo creo que fundamentalmente han fallado porque son burócratas que han hecho carrera dentro de oficinas, pero no han vivido la experiencia de campo, no han estado ni en los laboratorios manejando virus ni implicados en situaciones epidémicas en otros países. Los políticos se han dejado aconsejar por burócratas en lugar de por expertos.”

¡Nooooo! Lapidario.

A la diferencia tan bien señalada por Miquel Bassols entre el real del virus que sigue sus leyes y el real sin ley de la epidemia en los seres hablantes, tendremos que agregar el real de la pandecracia o burocracemia.

Nombres ridículos, por cierto, pero es que lo que fue un invento para intentar tapan el agujero de la contingencia, se ha vuelto un verdadero real sin ley que -aparentemente- puede decir cualquier cosa y generar cualquier efecto contraproducente y mortífero. Un verdadero palo en la rueda.

Siempre supimos que la burocracia es un obstáculo, pero nunca pensamos que un obstáculo a la vida misma. Kafkiano, o lo siguiente, es decir más allá aún.

Si hacemos del pueblo de Vo, el sujeto Vo -autorizados como estamos en lo que esta pandemia nos está enseñando sobre las relaciones de lo colectivo y lo individual- ese sujeto indócil a la voluntad tiránica de las cifras manejadas en las oficinas, ha demostrado quedar más del lado de la vida que su vecino dócil de Codogno, verificando la idea de Lacan.

Está claro, no hay vida propiamente humana al menos como la entendemos hoy, si nos es por la singularidad de cada miembro del colectivo que, agrupado según sus particularidades, conforman un universal. Encuentro en ello una pequeña gran lección.

Bibliografía

- Lacan, J. (2012). “La psiquiatría inglesa y la guerra” (pp. 131). (pp. 131).
En Otros Escritos Buenos Aires: Paidós
- Laurent, E. (en línea). *El Otro que no existe y sus comités científicos*.
España: Blog Zadig.
- Levi, Y. E. (2020). “Mitigación-Supresión”. En *Crónicas XXI*, (7). Buenos Aires: Grama.

Civilización, pandemia y segregación

MARÍA AGUSTINA BRANDI

“Stoner como muchos otros, se asqueó de ver que la pesadilla
emergía del sueño e invadía el mundo”.

John Williams

“(…) comienzan a tener una leve idea de que podrían fabri-
carse bacterias resistentes a todo, que ya no se podrían dete-
ner, y que probablemente limpiarán de la faz de la Tierra todas
esas porquerías, en particular humanas, que la habitan”.

Lacan (1974 [2005]: 74)

Actualmente, y por primera vez en la historia, un virus acecha a la humanidad entera. Dos rasgos se destacan: el primero, es que afecta a todas las regiones del planeta sincrónicamente; el segundo es que tiene un carácter “igualador” (Natanson, 2020) pues, cualquiera -de cualquier edad, sexo, país o hemisferio, en cualquier momento y en cualquier lugar- puede ser afectado por el COVID-19. Aunque es irónico adjetivarlo de igualador, ya que puso al descubierto, tal como lo expresara Byung-Chul Han, que “la muerte no es democrática” (Han, 2020). Esto se refleja en varios casos donde se priorizó la atención médica a determinados grupos poblacionales en desmedro de otros, o bien en la desigualdad de recursos en la población para hacer frente a esta situación.

Este virus -de veloz contagio y, en muchos casos, asintomático- desató una crisis mundial. La economía de los países se presenta en quiebra y los pronósticos anuncian una crisis económica peor que la Gran Depresión de 1929. Las potencias mundiales y los organismos internacionales fueron incapaces de frenar la expansión. Se inició una carrera de debates filosóficos respecto del porvenir, con el enigma

sobre el “día después” a esta pandemia; por su parte, en los medios de comunicación encontramos constantemente la frase “la vida ya no será igual”, repetida también por dirigentes políticos. Las respuestas subjetivas fueron desde la angustia, el miedo y el odio a la solidaridad o a los sentimientos de comunidad. Este contexto manifiesta que no se trata de una crisis sanitaria sino de un “hecho social total” -tal como lo definió, en uno de los informes periodísticos más acabados sobre el tema, Ignacio Ramonet (2020)-, en tanto conmovió la totalidad de los lazos sociales, convulsionando a los sujetos y a las instituciones. Se enuncia: “el plantea descubre, estupefacto, que no hay comandante a bordo” (Ramonet, 2020).

El planeta descubrió, o quizás tan solo fue un parpadeo, que no hay comandante a bordo, -es cierto-, pero la *episteme* psicoanalítica no tuvo que esperar al COVID-19 para este descubrimiento. Resulta atinada en este contexto una cita de Jacques-Alain Miller en *El Otro que no existe y sus comités de ética* (2006), donde dice sobre nuestro tiempo:

En efecto, la época actual está atrapada en el movimiento en continua aceleración de una desmaterialización vertiginosa que coronará de angustia la cuestión de lo real. Se trata de una época en la que el ser, o más bien el sentido de lo real, se volvió un interrogante. (Miller, 2006: 11)

La época de la inexistencia del Otro, correlativa de lo real (2006: 13), también es la época de los comités científicos -como recientemente lo retomó Éric Laurent (2020)- y del auge de “lo religioso” (Miller, 2012: 67). Es un tiempo donde al psicoanálisis le corresponde, precisamente, situar los fenómenos de nuestra civilización, recordando el real (Miller, 2006: 15), teniéndolo en cuenta.

En este marco, no podemos dejar de considerar las encrucijadas que proporciona este acontecimiento mundial a la hora de abordar la

subjetividad, porque el cuerpo del *parletre* es “transindividual” (Laurent, 2016: 257).

El cuerpo que habla testimonia del discurso como vínculo social que en él se inscribe: es un cuerpo socializado. Esta dimensión colectiva se manifiesta en sus alteraciones y en sus nominaciones. La subjetividad en él comprometida es individual, pero también es la de una época (Laurent, 2016: 258).

Epidemia y civilización

Hay un nexo entre epidemia y civilización, así lo indica Lacan en la conferencia en Yale, al decir que fueron las epidemias las que escribieron la historia. En este sentido, leer el modo en que cada comunidad intenta dar respuestas a las epidemias nos provee signos de los lazos sociales que allí se tejen.

La cuestión sobre cómo las sociedades resolvieron la problemática de las epidemias ha sido examinada por diferentes filósofos. Paul B. Preciado recientemente publicó un texto sobre COVID-19, “Aprendiendo del virus” (2020), donde interroga esta cuestión en la situación actual. Su punto de partida son los antecedentes teóricos del tema elaborados por Michel Foucault, Roberto Espósito y Emily Martin. Allí alude a que en función de la manera en que una comunidad construye su soberanía política, se sabrán las formas que tomarán las epidemias y cómo las afrontarán.

Richard Sennett, en *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental* (1997), realiza un análisis minucioso acerca de cómo se construyeron algunas ciudades bajo la operación de delimitar un espacio separado de “lo extranjero”, que, por supuesto, a lo largo de los siglos, se ha identificado fácilmente con “el apestado”, “lo diferente”, “lo peligroso”.

Quizás el caso más paradigmático sea el de Venecia a comienzos del siglo XVI, cuando la sífilis y la lepra se extendieron por Italia. A fines del siglo XV aparece la sífilis, cobrándose inmediatamente numerosas vidas. En un comienzo, esta enfermedad no tenía nombre, ni diagnóstico certero, carecía de un tratamiento seguro, así como se desconocía la fisiología del contagio. Pero no tardaron en llegar las explicaciones extendidas. Sennett expone que la causa de la sífilis fue atribuida a los viajes realizados por Colón al Nuevo Mundo y al encuentro con sus habitantes (tal como fue relatado por historiadores), pero advierte que ya en la generación anterior hubo otra explicación, identificando precisamente a los judíos con los causantes de esta enfermedad. La explicación que había ganado alcance era que los judíos expulsados de España en 1492 habían diseminado esta peste por todo el viejo continente. Posteriormente, la lepra también fue atribuida a los judíos. Estas ideas, anudadas a un ideal de comunidad, por cierto, puritanista, propiciaron la construcción de guetos, pretendiendo de esa manera aislar a una enfermedad. Esto se suscitó en un momento en que Venecia había sufrido pérdidas económicas, producto de desventajas en el comercio y de una grave derrota militar. En consecuencia, hubo una campaña moral para reformar la ciudad y allí tiene origen el gueto. “Al segregar a aquellos que eran diferentes, para no tener que tocarlos ni verlos, los padres de la ciudad tenían la esperanza de que la paz y la dignidad regresarían a su ciudad” (Sennett, 1997: 233).

Esta operación segregativa se ha ido reactualizando en las diferentes épocas y sociedades. Recientemente hemos observado que, en la situación actual, se precipitaron respuestas de odio y segregación a lo largo del planeta. En el caso de Argentina, podemos mencionar, por ejemplo, las intimidaciones al personal de salud que trabaja durante la pandemia por parte de algunos ciudadanos, los episodios de violencia, escrache y acoso a personas diagnosticadas con COVID-19 (a pesar de los intentos gubernamentales de interceder en estas situaciones), y políticas con tinte segregativo a los adultos mayores, que bajo el discurso sanitarista

impusieron tramitar un permiso de salida cada vez, a toda persona mayor de 70 años de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (la situación fue semejante en otros países como por ejemplo en Chile y Francia).

Pero la situación es tanto o más peligrosa cuando se convierte en una política de estado, lo que conduce al desencadenamiento en cascada de una serie de situaciones “habilitadas”. Tal es el caso, por ejemplo, de Estados Unidos, donde el abordaje de la pandemia acentuó precisamente la idea del Otro peligroso. Muestra de esto son los dichos del presidente Trump sobre China, el repentino aumento en un 70 % -en solo once días- de la adquisición de armamento por parte de la población civil, o los crímenes y el accionar racista de la policía -pero también de algunos ciudadanos- que encuentran el reparo y la viabilidad política. Otros dos ejemplos caricaturescos, pero no menos graves, son las políticas implementadas por el presidente de Brasil que riéndose y minimizando al COVID-19, no tomó medidas al respecto y en consecuencia murieron más de 30000 personas -convirtiéndose según el pronóstico, en el país con la mayor cantidad de fallecidos por el coronavirus- y por el primer ministro del Reino Unido, quien optó por la teoría de la *Herd Immunity* (Inmunidad de la Manada), aún cuando ya se había declarado la pandemia.

El corpus psicoanalítico es una *episteme* que nos posibilita analizar este tipo de fenómenos civilizatorios, caracterizados por el odio y la segregación. En la misma obra freudiana encontramos antecedentes teóricos fundamentales sobre esta cuestión, no solo en aquellos escritos relativos a la pulsión de muerte del sujeto, sino también en sus textos sociales. “El malestar en la cultura” (1929 [1992]) no es el único escrito en relación al tema, pero tiene especial importancia por el contexto de producción y es, precisamente, lo que condujo a Freud a elaborarlo. Al día de hoy sigue despertando interés tanto para psicoanalistas como para otros discursos debido a la excepcional vigencia.

Freud terminó de escribir “El porvenir de una ilusión” en 1927 y durante los dos años posteriores produjo muy poco, si se compara con

el ritmo de publicación de su obra. Esto se debió, tal como lo analiza James Strachey, al avance de su enfermedad. Pero la problemática política y social de Europa de 1929 impulsó a Freud a producir, rápidamente, este escrito. Comenzó a escribir el borrador en el verano europeo y a fines de julio lo había terminado.

El primer título que Freud escogió para este texto fue “La infelicidad en la cultura”, reemplazado más tarde por “El malestar en la cultura”, tal como lo conocemos actualmente. Por aquellos años, Hitler tenía gran audiencia, pues ya había publicado *Mi lucha*, donde, por una parte, desarrolló las ideas que el nazismo llevaría a cabo años más tarde, y, por otra, hablaba del “complot judío”, reforzando ideas antisemitas y haciendo del pueblo judío un chivo expiatorio. Por otra parte, en diciembre de 1928 se realizó en Europa un referéndum para tratar el proyecto “Ley de la libertad”. En líneas generales, la propuesta de la “Ley de la libertad” era que Alemania renunciaba a pagar las reparaciones de la Primera Guerra y rechazaba temas que habían quedado establecidos en el Tratado de Versalles. Esta ley también consideraba que cualquier funcionario que colaborara con el pago de las reparaciones cometía un delito. Hay que aclarar que la respuesta al referéndum fue un rechazo a esta ley, pero, aun así, le sirvió a Hitler y al Partido Nazi para cobrar protagonismo en el mapa geopolítico europeo.

Unos meses más tarde a estos acontecimientos, Freud comenzó a escribir *El malestar*. Allí avizora los efectos del avance de la ciencia, que considera (citando a Goethe) como sustituible a la religión; no obstante, para él la ciencia no es la fuente que podría aminorar el malestar en la cultura, sino una de las causas de su aumento. En 1931 hizo un agregado que versa de la siguiente manera:

He aquí, a mi entender, la cuestión decisiva para el destino de la especie humana: si su desarrollo cultural logrará, y en caso afirmativo en qué medida, dominar la perturbación de la con-

vivencia que proviene de la humana pulsión de agresión y de autoaniquilamiento. Nuestra época merece quizás un particular interés justamente en relación con esto. Hoy los seres humanos han llevado tan adelante su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que con su auxilio les resultará fácil exterminarse unos a otros, hasta el último hombre. Ellos lo saben; de ahí buena parte de la inquietud contemporánea, de su infelicidad, de su talante angustiado. Y ahora cabe esperar que el otro de los dos «poderes celestiales», el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace? (Freud, 1929 [1992]: 140)

Freud no acaba simplemente con la promesa de felicidad, sino que su operación es la de advertir que la cultura no puede eliminar la pulsión de muerte y que producir un forzamiento nos conduce al horror. Es decir, prende una luz de alarma frente a los discursos que -tras el velo de la completud, la felicidad o la supremacía- nos conducen a lo peor. Una vez más, la historia da cuenta de esto.

Lacan, por su parte, desde muy temprano, y recuperando la teoría de Freud, advierte a qué lugar nos vemos conducidos con la “dulcificación de las costumbres” (1950 [2003]: 130). Poco tiempo después de que se realizara la Declaración Universal de los Derechos Humanos, ironiza con la contracara agresiva que conlleva el prestigio de los ideales sociales, y se refiere, en esa ocasión, a las funciones criminógenas propias de una sociedad que les propone ideales individuales a los sujetos. Anticipa, de esta manera, un rasgo fundamental que se acentuará, posteriormente, aún más con el discurso capitalista, al dar cuenta de que la “identificación alienante” propia de los tiempos modernos conlleva siempre una correlación con la agresividad (Op. Cit.). Dice:

(...) en una civilización en la que el ideal individualista ha sido elevado a un grado de afirmación hasta entonces desconocido, los individuos resultan tender hacia ese estado en el que pensarán, sentirán, harán y amarán exactamente las cosas a las mismas horas en porciones del espacio estrictamente equivalentes. (1950 [2003]: 136)

Esta referencia de lacaniana nos remite a una posterior, del año 1967, cuando relaciona el “porvenir de mercados comunes” con los procesos de segregación (1967 [1992]: 22).

Ya en 1964, al finalizar el dictado del *Seminario Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964 [2007]), hizo alusión al drama que vivió la humanidad con el nazismo y a la imposibilidad de la historia de dar cuenta de ese resurgimiento. De lo que no puede dar cuenta es que

(...) son muy pocos los sujetos que pueden no sucumbir, en una captura monstruosa, ante la ofrenda de un objeto de sacrificio a los dioses oscuros. La ignorancia, la indiferencia, la mirada que se desvía, explican tras qué velo sigue todavía oculto este misterio. (Lacan 1964 [2007]: 282)

El psicoanálisis puede dar cuenta de que lo que se segrega es la manera particular en que goza el Otro, “es incluso la fórmula más general que puede darse de este racismo moderno tal como lo verificamos” (Miller, 2010: 53).

En *Causa y Consentimiento* (2019) Miller recuerda la pregunta que le hizo a Lacan en “Televisión” (1973 [2012]) sobre el avance del racismo y que lo sorprendente era que se trataba de un momento donde el mundo estaba virando a la izquierda. La respuesta, que en su momento sonó “descabellada”, fue “no me parece divertido, y porque sin embargo, es

verdad” (Lacan 1973 [2012]: 560), presagiando así “un retorno de su pasado funesto” (Op. Cit.).

Estas consideraciones colisionan con la idea de progreso. Así de contundente fue Lacan cuando, en el país del sueño americano, les dijo a los estudiantes: “¿Cuáles son las implicaciones políticas de la búsqueda psicoanalítica? No hay progreso. Lo que se gana de un lado, se lo pierde del otro” (Lacan, 1975, inédito).

Con estas consideraciones, entonces, subrayamos que, para la perspectiva psicoanalítica, resulta riesgoso cada vez que resurgen ideales puritanistas -en particular, en momentos de crisis- o, como manifestaba Lacan, cuando se dulcifican las costumbres, ya que advertimos que “la animalidad no descansa” (Lacan, 1950 [2005]: 74). Cuando nos dejamos atravesar por el discurso psicoanalítico, sabemos -como dice el cuento de Augusto Monterroso- que cuando despertemos el dinosaurio “todavía” estará allí.

Bibliografía

- Assef, J. (2017). “El germen de la segregación”. En *Lapso. Revista Anual de la Maestría en Teoría Psicoanalítica Lacaniana* (2). Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Disponible en: <http://matpsil.com/revista-lapso/portfolio-items/assef-el-germen-de-la-segregacion/>
- Han, B.-C. (2020). “La muerte no es democrática”. En *Página/12*. Consultado el 20 de mayo de 2020 en: <https://www.pagina12.com.ar/266458-byung-chul-han-y-el-coronavirus-la-muerte-no-es-democratica>
- Brodsky, G. (2019). “El poder de los objetos. El régimen de la pulsión en la sociedad virtual”. En *Revista Cythère?*, (2). Disponible en: <http://revistacythere.com/portfolio-items/brodsky-el-poder-de-los-objetos-el-regimen-de-la-pulsion-en-la-sociedad-virtual/>
- Freud, S. (1929[1992]). “El malestar en la cultura” (pp. 57-140). En *Obras*

- Completas, Tomo XXI*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Lacan, J. (1950 [2003]). “Introducción a las funciones teóricas del psicoanálisis en criminología” (pp. 117-141). En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1964 [2007]). *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (1973 [2012]). “Televisión” (pp. 535-572). En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- (1974 [2005]). *El triunfo de la religión*. Buenos Aires: Paidós.
- Laurent, É. (2016). *El reverso de la biopolítica*. Buenos Aires: Grama.
- (2020). “El Otro que no existe y sus comités científicos”. En *Lacan cotidiano* (874). Buenos Aires: Escuela de la orientación Lacaniana. Disponible en: <http://www.eol.org.ar/biblioteca/lacan-cotidiano/LC-cero-874.pdf>
- Miller, J.-A. (2006). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós.
- (2012). *Punto cénit. Política, religión y psicoanálisis*. Buenos Aires: Colección Diva.
- (2019). *Causa y consentimiento*. Buenos Aires: Paidós.
- Natanson, J. (2020). “Lo imposible”. En *Le monde diplomatique*. Consultado el 15 de mayo en: <https://www.eldiplo.org/250/lo-imposible/>
- (2020). “Pánico”. En *Le monde diplomatique*. Consultado 15 de mayo en: <https://www.eldiplo.org/251/panico/>
- Preciado, J. P. (2020). “Aprendiendo del virus”. En *Sopa de Wuhan*. Disponible en: <https://www.elextremosur.com/files/content/23/23684/sopa-de-wuhan.pdf>
- Ramonet, I. (2020). “Coronavirus: La pandemia y el sistema-mundo”. En *Le monde diplomatique*. Consultado el 25 de abril de 2020 en: <https://mondiplo.com/la-pandemia-y-el-sistema-mundo>
- Sennett, R. (1997). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza editorial.

Refugio

DAMIÁN PÉREZ

Me veo en la obligación de tener que escribir, de hacer un mínimo aporte a esto que nos atraviesa hoy y que ha tomado el estatuto de signifiante. Decimos COVID-19 y por aquí y por allá resonarán diversas cuestiones. Para poder esbozar algo no me queda más que apoyarme en mi práctica.

Me fui encontrando con distintos modos de pensamiento, quería saber qué tenía el resto para decir de lo que pasaba. Por eso leo el libro que circula en pandemia *Sopa de Wuhan*, en el que publicaron pensadores de diversas prácticas. Y ahí una pregunta me asalta ¿qué se puede aportar cuando parece que está todo dicho, todas las cartas sobre la mesa?

Pues de seguro que hay algo por decir allí donde nuestra praxis pone en juego que, frente a una situación particular, reaccionamos de distintos modos; que no se universaliza. Que se me hizo un reducto de pacientes y que en ellos pude captar algo de la posición a continuar con sus análisis, sin que lo que afuera pasase lo alterase.

Entiendo que lo que se ofrece hoy a través de mi teléfono es un impasse a lo cotidiano, ni más ni menos que antes, distinto. No digo por ello que todo fue así de simple, hubo que revisar resistencias, propias y

ajenas, pero quiero destacar que una vez sorteados estos aspectos en el barco están los decididos a estar, también algún indeciso, no puede faltar.

Releo “El porvenir de una ilusión”, resalto un párrafo:

(...) en general, los seres humanos vivencian su presente como con ingenuidad, sin poder apreciar sus contenidos, primero deberían tomar distancia respecto de él, vale decir que el presente tiene que devenir pasado si es que han de obtenerse de él unos puntos de apoyo para formular juicios sobre las cosas venideras. (2007: 65)

Leo allí lo que no compartimos con otras prácticas, esa prisa por la opinión. Esa prisa por decir sobre lo que aún no se puede decir, por comprender lo que no es tiempo de comprender.

Escucho y leo todo el tiempo las predicciones futuras, el qué pasará después, a qué nos tendremos que enfrentar. Nostalgia de lo que fue; que no saldremos de esto iguales; que una nueva normalidad se aproxima; que un nuevo real nos acecha; que la virtualidad no es el modo o uno de los modos de analizarse. No puedo dar seguridad que esto no sea el comienzo de algo, pero por mi parte es demasiado pronto para concluir.

Mi partida se juega allí, allí hago mi juicio íntimo, allí me refugio, en el teléfono, en lo que puedo hacer. No cambio el mundo por ello, me ofrezco a escuchar y poder puntuar un camino posible, una dirección que no quede signada por el afuera. Esta pandemia es una contingencia que puede o no, marcar una vida.

Bibliografía

Freud, S. (2007 [1927]). “El porvenir de una ilusión”. En *Obras Completas*, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.

Un ojal en la trama

MARINA POSATA

“En la transferencia, el sujeto fabrica, construye algo.
Y en consecuencia, me parece,
por fuerza hay que integrar inmediatamente
a la función de la transferencia
el término de ficción”
(Lacan, J., 2017: 203)

En estos días decidí sacar la máquina de coser
de la caja en la que se encontraba hacía bastante tiempo.
Encontrarme con el procedimiento de hilvanarla
fue el paso siguiente.
Trazo ese recorrido que tiene que hacer el hilo
por cada uno de los pequeños orificios
que lo conducen al lugar adecuado.
Busco el derecho y el revés de la tela,
el orillo desde donde orientarme antes de introducir el corte
en la trama.
Hay tramas que se cortan y hay cortes que se traman.

Hace pocos meses un paciente me preguntó si acaso no podríamos tener sesiones por videollamada y realizar el pago de su sesión por transferencia bancaria. Todo ello nos ahorraría tiempo, señaló, y sería más cómodo. Ahorrar tiempo, aún no se han inventado los plazos fijos para ello. Plazos fijos de tiempos fijos para que las cosas no se muevan demasiado. Rapidez y capacidad de ahorro. Mi apuesta fue hacia el

significante comodidad, un análisis está lejos de hacer que las cosas resulten cómodas. En aquel tiempo, a lo sumo, utilizaba la llamada o videollamada cuando un paciente viajaba al exterior y por alguna situación particular necesitaba alojarse en el contexto de su análisis algo de lo vivido.

La cuestión del ahorro va ligada a la de la productividad. “No hago nada productivo” es una frase que ubico en varios pacientes en estos tiempos de cuarentena. Y frente a esta frase me hago una pregunta ¿qué es lo productivo? Nada de ello tiene que ver con el goce, que siguiendo a Lacan, “es lo que no sirve para nada” (Lacan, 2006: 11), o sea que allí donde no se hace nada productivo se goza. Mis pacientes dan cuenta de ello.

La vorágine en la que todos nos vemos metidos en este siglo es la del: no hay tiempo, porque estamos todos envueltos en esta época cuyo discurso científico-capitalista nos empuja a gozar del consumo y la producción. Lo circular es producir para consumir y consumir para seguir produciendo.

De golpe algo invisible se interpone y hace una pausa a lo circular. La vida cotidiana propicia un escenario en el que los sujetos circulan, permite un estar en movimiento, moverse del trabajo al mercado, del mercado a lo de un amigo, de allí a la casa. De golpe el sujeto no cuenta con esa geografía amplia que se ve reducida a movimientos más cortos, trazados por la habitación, el baño, la cocina y con suerte un balcón o terraza. Se trata de una reducción abrupta de metros cuadrados que deja a futuro el poder pesquisar las repercusiones que tendrá en ese otro circuito que es el pulsional.

Escribir a un paciente un mensaje para convocar a la continuación de la clínica fuera del consultorio, sin dudas en una invitación a una continuidad disruptiva. Dejé en claro mi decisión de no dejar caer ese trabajo con la palabra. Inventar en la redacción un mensaje que de cuenta de una escritura ética y de un deseo no anónimo. “La única demanda, como tal, del analista al paciente es que vuelva. Pero su deseo

es otra cosa y depende de su propio análisis” (Miller, 2009: 122). No se trató solo de ese mensaje a mis pacientes, uno por uno, sino también de continuar con mi análisis vía virtual. En medio de la virtualidad zanjar una apuesta a que un real pueda tener lugar allí, entre el cuerpo vivo y las pantallas fantasmáticas y “computadoracional”.

Hilvanar la máquina de coser para hacer algunos barbijos
me devuelve nuevamente a un circuito de bordes y agujeros.
Para lograr una buena puntada de hilo tiene que respetarse
el circuito por donde la punta del hilo va atravesando el espacio.
Y todo se sostiene de una lógica que sigo y no entiendo.
De golpe la costura no ocurre, el hilo de arriba y el de abajo no se
trenzan,
algo se soltó en una de las fases previas.
Hay que recorrer las zonas de empalme para reparar la situación.
A veces el hilo tensa demasiado y frunce la tela.
A veces queda flojo y deja la posibilidad de que se abra la costura.
Es una cuestión de tira y afloje que se juega en cada nueva trama.
Son tiempos de asegurar una buena costura.

Esta pandemia fue un corte en la trama de los cuerpos. Del abrazo y el beso, de ese acercamiento en el encuentro con los otros. Besos y abrazos están por fuera de lo productivo del mercado. Son gestos que se dan sin ganancia en pesos. Es más bien la ganancia que pone en juego una pérdida, de esa otra trama que no cuentan las góndolas.

En el consultorio, con mis colegas a distancia, se respira el aire tenso en el barbijo. El tapabocas presente y más aún el deseo vivo por hablar, saber del otro, cómo fueron estos días. La mirada expresa el deseo de un abrazo. El cansancio por el confinamiento no nos detiene en pensar estrategias para la clínica. Hubo una maniobra con rapidez, más allá de la teorización al respecto. No hubo tiempo. Decidir, llamar a los pacientes,

ofrecer una escucha por llamada o videollamada, dejar para después los efectos y consecuencias de no estar atendiendo en los consultorios. ¿Qué del cuerpo del analista se pierde y qué se sostiene de su presencia en estas vías? En el corte de sesión vía online, ¿hay cesión de goce en juego?

La pantalla ofrece la posibilidad de un encuentro, un tanto extraño. Los rostros de mis colegas aplanados en la superficie, uno al lado del otro, en pequeños recuadros que fragmentan una zona del cuerpo. Algo queda perdido en lo plano de la pantalla, ella se queda con dos aspectos de belleza: los relieves de los rostros en el intercambio de miradas y la resonancia en el pecho cuando la voz circula en nuestros encuentros.

De todos modos, hablar con mis colegas realmente hizo que la cuarentena sea solo en lo que respecta al distanciamiento por el virus, porque en lo atinente a la transferencia de trabajo, se multiplicaron los encuentros para leer un seminario de Lacan, de Miller, armar Carteles. Fundamentalmente, se vio la apuesta por hacer que las actividades del CID Neuquén IOM2, a la par que recibía la inevitable alteración, propia de lo que se atraviesa, no se detuviera y diera lugar a un lazo para el trabajo. Hacer-lugar, un verbo y un sustantivo que se acercaron para que en la brevedad de una frase se vayan pensando alternativas.

Hilos, texturas, tramas, orillos.

Aprender a hacer un buen cuello como finalización de una prenda es darle al borde el lugar que amerita en el roce de lo que se termina, o empieza.

Abrir un ojal en medio de una zona cerrada.

Un ojal preciso para que el cuerpo de un botón pueda inmiscuirse allí y quedar sosteniendo la prenda.

Hay ojales que se precipitan y corremos el riesgo de caer en ellos.

Hay también ojales tan pequeños que no dan lugar a la pieza.

Signada por la orientación que hace años elegí para el trípode ético y político que implican mi compromiso con el Psicoanálisis, escucho entrevistas, leo publicaciones y artículos de distintos analistas de la Escuela de Orientación Lacaniana. Incluso lo virtual me ha permitido cruzar con mi oído hasta la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis para escuchar algunas elaboraciones que desde allá ponen a trabajar. La pantalla de mi celular y computadora se ha vuelto una interminable masa de dónde puedo extraer herramientas. Recorto a mi tiempo lo necesario, haciendo una pausa que me permite servirme de las publicaciones a mi ritmo. Recorto fragmentos, ideas, preguntas que quedan abiertas. Ante esta situación del COVID cada uno, uno por uno, maniobra desde su estilo marcado por el síntoma, en la decisión de hablar, esperar, callar. Infinitas maneras que encontramos para hacer del lenguaje un lugar donde habitar con la voz en la pronunciación y el silencio.

Me quedo por ahora con la idea de Miquel Bassols, “estamos en el ojo de la tormenta” (frase enunciada en la conferencia virtual “El acoso de lo real. Una conversación entre la ciencia y el Psicoanálisis”, organizada por la Cátedra de Problemas epistemológicos en Psicología, Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Tucumán. Auspiciada por el IOM-CID Tucumán).

Mi paciente, el que quería la sesión virtual hace meses, hoy se angustia ante la pregunta de si acaso no va a poder volver a abrazar a un amigo cuando lo encuentre. Si acaso se terminaron los abrazos con la gente que quiere. La cuarentena no ha impedido que un deseo despierte.

El cuerpo pasa por el ojal de la tarde
esperando sobrellevar este tiempo.

El ruido de la máquina es un zumbido inabordable.

Respondo a su ritmo.

Hay algo que no pasa con claridad
por el ojal de esta pandemia.

Bibliografía

- Lacan, J. (2006). “Del goce” (pp. 9-22). *El Seminario, Libro 20: Aún*. Buenos Aires: Paidós.
- (2017). “La transferencia en presente” (pp. 195-208). *En El Seminario, Libro 8: La transferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Leserre, A. (2019). *La hidra neoliberal. Psicoanálisis/Política/Época*. Buenos Aires: Editorial Grama.
- Miller, J. (2009). “Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma” (pp. 65-124). *En Conferencias Porteñas. Tomo 1*. Buenos Aires: Paidós.

El *flâneur* en la ranura #Post 666: El *spleen* de las ciudades desaparecidas.

ELVIRA MARÍA DIANNO

1. De *dandies*, *flâneurs* y multitudes

Uno de los nombres que le di a mi gusto por escribir acerca de algunas cosas de la vida en las ciudades -con las que me encuentro paseando, en los diarios o desde el balcón- es “*El flâneur* en la ranura”. Como quien mira por la ranura de una ventana, en la luz que queda entre los paños de las cortinas, en un bus, un espejo retrovisor, una ventanilla de avión, un auto de alquiler o tras las gafas de sol.

Flâneur es una palabra que vino a mí de la mano de un joven artista que me instruyó acerca de dos personajes de las ciudades: el *Dandy* y el *flâneur*, y esta nombró -tiempos después- algunas de mis escrituras azarosas, que calman algo que me inquieta o me sorprende. Una suerte de postales de escrituras. Desde ese encuentro me ha entretenido, también, detectar *dandies* y *flâneurs*.

Dandy es aquél que hace de su propia figura, de su propia identidad, la mayor de las obras de arte. Ser dandy es depositar el

ser íntimo en territorio estético, y desde ahí situarse en un imaginario borde de lo social, de lo cultural, de lo político (Casullo y otros, 1999: 325)

He visto *Dandyes* y *dandyes*, unos de gran porte y otros amateurs, a mitad de camino entre burgueses, aristócratas y *snobs*.

El dandy es lo opuesto al romántico, en cuanto a su sofisticación, a su falta de utopía, a su desconsideración por las angustias sociales. (...) odia lo vulgar, lo ramplón, la opinión de las masas, la propia democratización de la cultura... propone su propio e inalcanzable refinamiento de ideas, conductas, actitudes, arbitrariedades. (Casullo y otros, 1999: 325)

A los amateurs, los he visto hablar y andar ampulosamente como quien usa un traje prestado, cierto es que encontrarse con un Dalí, vestido de Dalí, no es cosa frecuente.

Moralmente se sitúa más allá del bien y del mal en relación a la hipócrita y filistea cultura burguesa y su escala de valores. Su personalidad es su gran y manifiesta obra de arte: sus expresiones, vestimentas y modales. Lo bello aristocrático casi parodiado, y desde esa pose, su desprecio por lo natural, lo espontáneo, lo instintivo (Casullo y otros, 1999: 325).

Así y todo, en cualquiera de sus versiones, no es difícil detectarlos. Pero a los *flâneurs*, no me es tan sencillo descubrirlos, al *Dandy*, de lejos se lo ve venir, uno en la multitud, abriéndose paso pero, el *flâneur*, suele pasar desapercibido y hace falta oírlo hablar o leerlo, llegado el caso. Por supuesto que hay en todas las versiones.

El *flâneur* es el que flota en la ciudad, la recorre, la mira, la visita diariamente. Es aquel observador anónimo que goza de los es-

caparates, de las multitudes, de las galerías con negocios y cafés, de los paisajes urbanos. (Casullo y otros, 1999: 325)

En la ciudad donde vivo hubo un famoso flâneur, Raúl (a) Tito Muffarage, escritor y caminante, amigo de Juani Saer con quien jugaba a las cartas, pues Raúl Tito García del Solar Boffarelle Barcatti Baffatracci, así firmaba Tito, publicaba sus textos mimeografiados por él mismo y contaba los secretos de burdeles, políticos y psiquiatras sin eufemismos ni metáforas. Saer, cual *flâneur* en el exilio en París, habla de él y otros conciudadanos en su obra.

Disfruta de deambular por los laberintos de la ciudad, perder y reencontrar los lugares. Descubrir en ese arte solitario, ciudadano, repetido, el alma, el corazón de una época de contrastes, de claroscuros, de miserias suntuosas y miserias de los arrabales pobres. (Casullo y otros, 1999: 326)

Santa Fe, capital de provincia cerealera, está habitada por “patricios del norte”, así los llaman los lugareños de Rosario, la Chicagolandia argentina. Con aires de herederos de alcurnia, los patricios, conviven con descendientes y seguidores de los fundadores de la nueva trova del cine latinoamericano, Fernando Birri otro nativo que recaló en París, al igual que el célebre músico, Carlos Guastavino. Una estirpe de músicos, literatos, cinéfilos, gente del teatro circula por sus salas siempre llenas y pobladas de jóvenes artistas, diseñadores, vestuaristas y realizadores locales.

Abrazada por ríos en todas sus márgenes, debe el visitante cruzar algún puente o túnel, uno subfluvial, raro en su especie; otro colgante, muy londinense, y el carretero, más sencillo. Una ciudad a la que los ríos suelen avasallar.

Al ritmo impuesto por las oficinas públicas y el horario de comercio partido lo contrarrestan los cientos de bares, pubs, cervecerías, restau-

rants y carritos siempre llenos hasta la madrugada, donde se mezclan patricios, artistas y las clases medias. Esa es la ciudad del Este, la que mira al río Paraná y a Europa, la de la pampa gringa.

Pero al Oeste, y hasta las orillas del Río Salado, un tercio de sus habitantes vive en calles de tierra, caseríos sin agua -frío, abandono y despojo, barro y paja- sobre basurales o al costado. Ni *dandies* ni *flâneurs*, *survivers* pero, sin embargo, la música que los habita -la cumbia villera- suele inundar los coquetos bulevares y fiestas del Este, pero no viceversa. Un cercano *farwest* de cartoneros, cuida-coches y changarines que mira a Latinoamérica, la de los criollos.

A *dandies* y *flâneurs*, se los encuentra en el Este, y ambos necesitan de una ciudad, sus calles, sus multitudes.

Edgard Allan Poe, describe en su cuento “El hombre de la multitud”, lo específico de su género de *flâneur* detectivesco, que mira detrás de una ventana, pero se lanza a la ciudad tras los pasos de un vagabundo, entreverado en la multitud.

De las multitudes, me ha gustado mirar las esquinas de las grandes ciudades, Florida y Córdoba en Buenos Aires, sentada en un bar viéndolos cruzar el semáforo, de a cientos. Las estaciones de subtes en horas pico, la bajada del metro en Chelsea, Londres - “*mindthewap*” repite la voz en *off*- las largas filas de los museos, los puentes atestados de Venecia, el museo del Vaticano, un tercer domingo que es gratis y la multitud -y la seguridad- obligan a seguir o detenerse.

Me gusta escribir en las servilletas de los bares; en “El Quijote”, Cerrito y Corrientes, la gente de Buenos Aires y sus apuros. Eso me hace caminar más despacio, me detiene a mirar el apuro de la gente que va ensimismada, sin mirar nada, a esos los llamo los alienados, los *zombies*. De estos últimos hay de todas las clases sociales, son los alienados de Marx, el *lumpen* proletariado y la burguesía. A estos últimos el mercado los lleva de las narices y a los otros se los lleva por delante.

Me gusta escribir en los trenes, el que va paralelo al Danubio -Praga, Viena, Budapest- tres Danubios tan distintos, el mismo río y tres mundos distintos. Curiosamente, la vapuleada y bella Budapest, la prima pobre de las tres, tiene sus orillas pobladas de gente gozando de su tiempo libre.

También suelo escribir en el bar de la Plaza Pueyrredón, a cinco cuadras de mi casa, la historia del señor que vende dulces caseros en el Mercado Progreso y fue cadete de un banco y llegó a gerente.

O desde mi balcón, sobre “la loca de enfrente” que se armó una casita bajo el techo del edificio y barre la vereda y toma mates y grita de amor por las noches, bajo la lluvia y el frío.

Hace mucho tiempo descubrí que una de las cosas que más me gustaba era llegar a una ciudad que no conocía, casi tanto como volver a una, a los mismos lugares, como si fuera de allí.

Una sola vez fui a una cancha de fútbol y no vi el gol por mirar la gente que cantaba y saltaba toda-junta, me he distraído en recitales, procesiones y marchas viendo la multitud, es como un embrujo irresistible.

De modo que en una ciudad conviven en sus calles -y tras las ventanas- multitudes, *dandies*, *homeless*, aristócratas, *survivers*, artistas y *flâneurs*. Algunos son zombies alienados y otros no.

2. La desaparición de las ciudades

De la noche a la mañana -y sin intervalos- aquí en el *sursur* de ese planeta que suponemos existe y habitamos, la ciudad desapareció: calles vacías, puentes desolados, persianas bajas de oficinas públicas, escuelas y negocios, se apagaron sus ruidos, murmullos y ajetreos. El mundo se redujo a ventanas, balcones, mirillas y pantallas.

El planeta es una suposición, como las galaxias, por más megapixelados tours virtuales que hagamos. Solo Gilgamesh el Inmortal hubiera podido recorrer todas sus aldeas y, sin embargo, en el tiempo

que le hubiera llevado, tal vez algunas hubieran desaparecido antes de su llegada. Él también hubiera tenido que confiar en juglares, leyendas, mitos, registros en pirámides y, llegado el tiempo, los científicos y la Big Data de las *iclouds* y -por qué no- las *fakenews*. Después de todo, al tanto de que la verdad es mentirosa, casi todo puede ser una *fakenew*.

Las ciudades que habitamos también son una suposición, nadie puede estar al mismo tiempo en todas sus aceras, confiamos en relatos de otros, el GPS y el *google map*. Las ciudades no son solo arquitecturas que sobreviven a sus habitantes y pasajeros en tránsito. Son parte del mito urbano que las nombra y, quien va en busca de una de ellas, lleva en su maleta lo que de ellas se dice, para constatarlo y hacer el recorrido guiado por sus iconos históricos, sus delicias *gourmet*, sus museos y su gente. Las ciudades son el lugar del inter-juego de muchas ficciones.

Cada uno en su ficción, habita en su propia ciudad: un barrio, el *neighborhood*, la vecindad, el recorrido cotidiano, veredas de la infancia, proveedurías, bares, templos, la casa de los amigos, algunas plazas, costaneras, cines, teatros, canchas, puentes, la escuela, los árboles, los pájaros. Es ese singularísimo trazado urbano que arma el mapa de la propia ciudad, esa que nos habita con sus ruidos, su smog, sus flores y su música, los bocinazos, el bache de la esquina.

Las calles se transformaron, en un abrir y cerrar de ojos, postales sin *selfies* y la fauna volvió, cual pueblo originario, a sus lugares despojados, y el planeta, tan próximo y lejano, respiró aliviado.

Al son de los megáfonos de la policía, tras los postigos, ordenando quedarnos puertas adentro, se encendieron las pantallas y el mundo se multiplicó en ventanas virtuales.

Las noticias decían que miles de ciudades habían desaparecido y sentí el mismo escozor que al cruzar la Piazza San Marco, vacía, a las 4 a.m. bajo la llovizna, rumbo al aeropuerto. Una extranjera en una ciudad vaciada, un insondable sentimiento de ajenidad, lejos de mi ciudad, lejos de casa.

Pero las noticias habían dicho primero que todos podíamos desaparecer, que el sueño de la inmortalidad en el que cada uno vive, era mentira.

Las ciudades quedaron erguidas como escenografías después de la última función, listas para el desmontaje y los actores se encerraron a esperar.

3. La vida en el ordenador y los *gadgets*

Mi ciudad desapareció y se redujo a lo que pude ver durante sesenta días y sesenta noches por el ángulo de mi balcón, una esquina, dos calles, unos 200 m, ambas veredas, por suerte de circulación E-O, algo del amanecer hasta que oscurece, el sol en los edificios de enfrente.

La primera noche, con la provista hecha para 3 meses, típico de una italiana descendiente de quienes vinieron de la guerra o a “hacerse la américa”, dormí intranquila, el silencio abrupto de mi barrio anclado en el pretendido “Soho” local, no me dejó descansar, eso y la incertidumbre de lo que vendría y ya habíamos visto sucedía en Italia. Era viernes, el último día del verano y el árbol de al lado de mi casa me impedía ver, aún, la otra esquina.

Me levanté y vi, por el balcón que era domingo a la siesta, pero era sábado de mañana, de allí en más una infinita sucesión de domingos a la tarde fue profundizando el silencio, cada vez menos autos estacionados, el bus local cada media hora, lento y vacío. De tantas horas que pasé en el balcón, descubrí un gato blanco que cruzaba la calle a medianoche y perros que ladraban a lo lejos y advertí que se habían ido palomas y horneros y aparecieron otros pájaros, pequeños que, anidados en el aire acondicionado, no me dejaban dormir. Pensándolo bien, parece que duermo mejor con el bullicio urbano.

Mientras mi rutina se iba adaptando, hasta los más ínfimos detalles, a mi nueva vida coronavirus, llegaron los *deliveries* por el balcón, las

videollamadas a toda hora con amigos de siempre y los olvidados, una agenda de llamadas que confirmaban cada día que -en el mundo- las ciudades habían desaparecido, pero que cada uno estaba allí, cuidándose, *#stateacasa* en todos los idiomas era el top *trending* de esos días.

Mis vecinos no son como los italianos, ni como los españoles, ni como los porteños. No cantan Bella Ciao, ni aplauden a los de la sanidad, ni baten cacerolas desde sus balcones.

Así que mi vida social “de cuerpo presente” se redujo a la conversación con los *deliveries*, una vecina que tiene el perro más paseado del mundo y un par de policías que habían frenado y amonestado a un motociclista por circular atentando contra la salud pública, se me dio por defenderlo. El joven llevaba un cargamento de pañales.

La virtualidad no rompe el lazo, sino que lo pone a prueba, puse en las portadas de mis FBs., mientras intentaba convencerme que podríamos vivir en las redes, después de todo, había que entender que este tema del virus exigía un gran esfuerzo, y no sólo de poesía.

Joy, gozo, eso se advirtió en el encuentro por las pantallas en las salas de los zooms: plagadas de fotos carnet, micrófonos encendidos, como un bullicioso vecindario de amigos y colegas de todo el mundo.

Esos eran los nuevos balcones y el reemplazo de la insoportable espera en aeropuertos y terminales, el gasto de tiempo y dinero en los traslados y hoteles, convertidos en albergues temporarios de quienes regresaban de sus viajes por la inhóspita Europa, ¿a quién se le ocurre irse a China o en un crucero?! Una suerte de xenofobia a los probablemente contagiados y sus “contactos estrechos” empezó a anunciar lo que luego veríamos, con horror, cómo se colaba entre nuestros frágiles lazos y aniquilada solidaridad.

El miedo al otro, al prójimo próximo, tenía de dónde agarrarse y contagiarse más que el tan temido virus, los cimientos de la nueva anomalía se estaban cavando.

Mientras tanto, las versiones apocalípticas y mesiánicas iban desde el fin del mundo, el complot, la sociedad del control, el fin del capitalismo, las guerras del hambre, la invasión de los extraterrestres.

Cualquier versión mefistofélica es infinitamente mejor que aceptar que no hay Otro. Si hay el diablo, hay dios y alguien podrá salvarnos.

Los traficantes de barbijos y testers tiraron por tierra rápidamente toda ilusión del advenimiento del hombre nuevo. La escasez de laptops, gadgets y bicicletas marcó hacia dónde íbamos.

La nueva a-normalidad empezó a perfilarse en las clases y las consultas virtuales, los *teleworkers* y los barbijos, la circulación restringida: los horarios mutantes, el número de DNI, la edad, las actividades esenciales. Las segregaciones se transformaron en un verdadero abismo: la digital, la laboral, la sanitaria. El kit básico de las cuarentenas sin duda incluía casa, agua, jabón, trabajo y *wifi*. Los condenados de la tierra, una vez más, constituirían la verdadera población en riesgo.

Nuevos bordes de nacionalismos reducidos a cada aldea, acompañando las estadísticas y la nueva lengua popularizada desde las noticias: exponencial, curva, aplanar, fase X, des-escalamiento, rebaño, contacto estrecho, inmunidad, plasma, flexibilización, ah ¡y el nuevo #666! Que no me animo ni a nombrarlo, pero empieza con C y termina con ovid y porta el número 19.

Al miedo y el silencio tras los muros, le sucedió el hartazgo, a menos muertos menos miedo, más intolerancia. Al cierre de esta edición, ni la pandemia ni el pico ha llegado a mi ciudad ni a 20 provincias, donde vive la mitad de los pobladores del país que tiene el 8vo territorio del mundo. En esos territorios, el aislamiento ha sido respetado pero el otro 50%, apilado en la Reina del Plata y sus condados aledaños, a punto de explotar, no consigue soportar las condiciones. Vivir en grandes ciudades tal vez haga más difícil prescindir de ellas.

Vivir en el *sursur* había tenido, esta vez, una ventaja, adelantarnos y equipar la salud, pero la realidad que venía, otra vez, desde el *norte-*

norte empezó a resquebrajar la nueva ficción o ¿qué es sino la nueva a-normalidad? Barbijo sí, barbijo no, el virus se contagia por el aire, no se contagia por el aire. Los supuestamente inmunizados pueden volver a contagiarse, hay rebrote en Wuhan. ¡¿Y qué será Wuhan?! Dice la leyenda que es un lugar donde la gente come murciélagos, y estos *wear* mamíferos, cual vampiros, te envenenan la sangre, como el mosquito del dengue. Muy raro todo.

El Papa, *bytheway* argentino, solo en la Plaza, en Semana Santa, esa sola imagen vale por mil millones. Ni Dios ni Ciencia, solos. Sabíamos que no había Otro, pero nunca como ahora había quedado tan claro. Ni Otro, ni otros, ni ciudad, mucho menos multitudes.

Las escuelas y universidades a fuerza de desigualdades y esfuerzos de docentes, familias y *schoolers* mantuvieron esa ficción a raja tabla, a costa de extenuar a unos y otros tras las pantallas, pero, marcando una salida, volveremos a las aulas, no de la misma manera, con aulas y horarios reducidos, medidas de seguridad, nada de cotorreo en baños y recreos, alcohol en gel, sistema semi-presencial.

Showmustgoon, que nada se pierda.

Era el anuncio de las ciudades que vendrían después de las ciudades desaparecidas.

Y me pregunté, ¿adónde habrán ido los *dandyes*? ¿Y los *flâneurs*?

4. Las ciudades intermitentes

Las flexibilizaciones de las cuarentenas me hicieron caer en la cuenta que “flexibilidad” tuvimos para entrar en cuarentena y que era una condición para salir de ella. Las nuevas costumbres *indoors* sacaron a la luz goces perdidos o desconocidos, cocinar, el bricolaje, vestirse de la cintura para arriba, para las pantallas, mirar más series, limpiar placares,

disfrutar de más tiempo en casa. Pero no todo es *home sweet home*, tanto tiempo juntos bajo el mismo techo tiene sus desencantos.

Me enteré, por el balcón, que la ciudad intermitente estaba apareciendo, más autos, buses con pocos pasajeros tras barbijos, algunos ruidos de máquinas, el señor de la otra cuadra que sale a caminar con su andador por la bici-senda. El árbol de al lado, ya deshojado, me permitió ver la esquina del este y el murmullo del viento y las hojas secas me confirmaron que el otoño estaba en su lugar.

El día 63, salí por primera vez, pertrechada como para una guerra bacteriológica en mi auto, que había permanecido quieto, aislado y sin chistar. Ventanillas cerradas, barbijo, guantes, alcohol en gel. Fui a hacer el recorrido por la ciudad que habito, ese que cada uno hace con la máquina en automático. Salí a ver la Laguna Setúbal, el diario decía que se estaba secando. Ese lugar es la postal más icónica de Santa Fe, bajo el puente colgante, donde todos los discursos se encuentran: la cumbia y la sinfónica en concierto, las marchas de docentes, los pro-vida, les verdes, les LGTB, los del campo, la maratón acuática, los *runners*, Colón y Unión. Todas las marchas pasan, comienzan o terminan allí. Salí a ver si la ciudad estaba. La escenografía natural impactada y los negocios casi todos cerrados; los pocos vecinos, silenciosos, tras tapabocas, en filas de distanciamiento. Regresé, conmovida, a la seguridad de las pantallas y el balcón.

Por las redes supe que, en cada lugar, el manual de permisos para salir era distinto y provisorio.

El día 73, hice el mismo recorrido, mismo disfraz, pero compré plántulas de flores, para el balcón. La noticia de tantos días sin circulación del virus en la ciudad había animado a muchos a deambular, distantes y silenciosos, pero el balcón ya no era el mismo, ni las pantallas, las videollamadas mermaban, los memes desaparecían, el zoom ya era un hábitué más de familias, amigos y colegas. Negocios cerrados y reconvertidos en *takeaway* en las redes. La nueva a-normalidad estaba entre nosotros.

El día 85 se permitieron las caminatas, los encuentros familiares y afectivos el fin de semana, volví a salir, pero no estuve con nadie, solo salí a ver si la ciudad había aparecido y vi la plaza llena con grupos sentados en círculos y, curiosamente las palomas volvieron a mi balcón y los pájaros a mi barrio, seguramente habían decidido pasar la cuarentena en la plaza, porque estaba vacía.

A la semana siguiente, la noticia de los bares y restaurants abiertos me devolvieron el alma al cuerpo, solo que las condiciones requeridas me perturbaron un poco, no había manera que volviera a un bar con tanto protocolo. Dejar registrado el paso por un bar me parece que hace desaparecer lo propio de algunos lugares, la primera cita, las citas a ciegas, las que rompen las reglas, la de los que tejen negocios, ni besos, ni abrazos, ni discusiones. Todo esto en el entendimiento de que el registro persigue fines epidemiológicos de cuidado de posibles contactos estrechos en caso de un rebrote. Pero hay algo de la intimidad de esos lugares públicos que se ha perdido.

Pero, en fin, las noticias que llegan acerca de que a los controles de metales, químicos y envases de más de 100ml, se le sumarán los de temperatura y olfato para poder subir a un avión me hacen pensar que sí, las ciudades en las que solíamos vivir, desaparecieron y que trasladarse a otra, será historia antigua, para muchos. Habida cuenta que ir de una provincia a otra requiere 14 días de cuarentena, es como ir al exterior.

Nos hemos mudado a las ciudades intermitentes, que podrán volver a Fase 1 cuando sea necesario, con la salvedad de que habremos aprendido a vivir de esa manera. Las ciudades aparecerán y desaparecerán, al menos es lo que se anuncia.

“Pensábamos que éramos libres y ahora nos damos cuenta que solo teníamos permiso”, oído al pasar de una niña de 10 años.

Permiso para abrir la puerta para ir a jugar, dice la ronda infantil, permiso para ir a *flâneaur*. ¿A qué va la gente de mi comarca a tomar un café al centro los sábados a la mañana, o a la costanera los domingos,

al boulevard, las plazas, las avenidas, los bares y restaurants? Pues a ver a otra gente pasear.

¿O qué hacen los viajeros del planeta? ¿Van sólo a ver la Gioconda y la tour Eiffel o a los parisinos que *flâneurean* en esas sillas de esterilla mirando la calle y no su partenaire, a ver los romanos en sus motos y autos a los gritos por la calle y a los elegantes ingleses del Soho, o solo a ver la ahora vallada Fontana di Trevi y el Big Ben? Dicen que vuelven los autocines ¿por qué se llenarán habiendo tantas plataformas domésticas que los suplanten?

La vida contemporánea tiene mucho de *flâneur* para quienes eligen las ciudades y no la campiña ni los barrios privados. Ver la gente pasear, en un recital o en las canchas, es el espectáculo de las ciudades, pasear o participar de ello es ser, además, un actor de esa ficción.

Un auténtico Flâneur es *rara avis*, no hay tantos Baudelaires en este mundo, pero amateurs hay a montones, aun cuando lo ignoren, como la que suscribe.

Atuendos de bioseguridad en *composé*.

4. Spleen

Spleen del griego *splên*. En español Esplin. Del inglés *spleen*, “bazo”, “melancolía”, este del lat. *splen*, y este del gr. *σπλήν splén*. Melancolía, tedio de la vida, según la definición de la RAE.

En inglés, bazo, alude a la teoría de los humores y figurativamente se refiere a un sentimiento de ira y desagrado.

En francés popularizado por Charles-Pierre Baudelaire, había sido utilizado antes, en particular durante la literatura del Romanticismo, a inicios del Siglo XIX. La conexión entre *spleen* (el bazo) y la melancolía viene de la medicina griega y el concepto de los humores. Los griegos pensaban que el bazo segregaba la bilis negra por todo el cuerpo y esta

sustancia se asociaba con la melancolía. Aunque hoy en día se sabe que no es así, la idea permaneció en el lenguaje.

En francés, su uso refiere a “Un estado emocional, más o menos duradero, de melancolía sin causa aparente y que puede ir desde el aburrimiento, la vaga tristeza hasta el *tedium vitae*”. Entre el tedio y la melancolía. Así podríamos decir que están escritos los *spleens* de Baudelaire.

De donde, el *spleen* del *flâneur* en cuarentena, la melancolía de las ciudades desaparecidas y el tedio de un tiempo que perdió sus coordenadas.

Laura Alcoba, escritora, argentina residente en París, autora de *La casa de los conejos* dijo en respuesta a la pregunta del inicio del desconfinamiento: “Los grandes espacios culturales siguen cerrados, como los cafés, los restaurantes, los parques... tengo la impresión de vivir en un París sin París...” (Alcoba, 2020).

Día 93, *Winter is here*, los casos empiezan anunciarse en mi aldea, habrá que esperar la primavera y que vuelvan a florecer los abrazos.

Santa Fe de la Vera Cruz, 23 de junio de 2020

Bibliografía

- Alcoba, L., Pron, P., Harwicz, A., Neuman, A. (2020). “Escritores argentinos radicados en Europa cuentan cómo es la “nueva normalidad” luego del encierro”. En *Infobae*, 2 de junio de 2020. Disponible en: <https://www.infobae.com/cultura/2020/06/02/escritores-argentinos-radicados-en-europa-cuentan-como-es-la-nueva-normalidad-luego-del-encierro/>
- Casullo N., Foster R., Kaufman A. (1999). *Itinerarios de la modernidad* (p. 325). Buenos Aires: EUDEBA.

La carta botada¹. *Poubellication*²

GABRIELA RODRÍGUEZ

“Una carta es como un testimonio:
ciñe mejor la Uverdrangt que el ensayo, lo hace imaginable”.

Elena Levy Yeyati

Paul B. Preciado escribe una carta de amor.

La convalecencia a la que lo arrojó el virus en este lapso abierto de pandemia, durante el cual tuvo lugar la “gran mutación” del mundo que habitábamos, así lo avizora en el texto por el que tomamos noticia de la escritura de la carta, impulsa un interrogante: “¿Bajo qué condiciones y de qué forma podría la vida valer la pena ser vivida?” (Preciado, 2020), (cuyo eco butleriano se deja oír). El centro mismo de lo vital se evidencia conmovido en la enunciación de esa pregunta, correlativa de una hendidura abierta en el saber por el que permanece “incapaz de entender lo que estaba sucediendo”. La realidad ahora indistinguible de una pesadilla, secuestra su vitalidad y con ella su cuerpo.

Se apresura decir que escribe la carta de amor antes de encontrar una respuesta sin advertir que la escritura de la carta será la respuesta

¹ Escrito a propósito del texto “La conspiración de lxs perdedorxs” (Paul B. Preciado, 27 de marzo de 2020). Disponible en: <http://lobosuelto.com/la-conspiracion-de-lxs-perdedorxs-paul-b-preciado/>.

² *Poubellication*: neologismo inventado por Jacques Lacan. *Poubelle* (basura, tacho de basura) y *publication* (publicación).

anticipada. Para no volver sobre aquello de... “la única cosa seria que puede hacerse es escribir una carta de amor” (Lacan *dixit*), volvamos sobre la carta para concentrarnos en su “función eminente”, siguiendo los pasos del texto de Paul B.

La carta, escribe, no solo es “declaración poética, amorosa” sino fundamentalmente fino y horrible “documento patético”, escrita con el cuidado de su “mejor caligrafía”, es rubricada incluso con el nombre y la dirección de la destinataria. Pero ¿qué sería lo patético de este documento?, sin duda se dirá, es escrito en una situación desesperada... , la carta apunta a lo real de una ausencia que toma un valor extremo en el contexto de pandemia, y cada palabra cedida al papel, se dirá también, difícilmente pueda tomar una dimensión colectiva fuera de la intimidad de los amantes. Lo patético del caso revela la afectación del escribiente, consecutiva a la mentada mutación del mundo por la que se hace sentir la ausente.

Pero Paul B. nos sorprende, la carta “documento patético”, una vez escrita será conducida sin solución de continuidad al basurero, habiendo tomado todas las precauciones del caso:

Me vestí, me puse una mascarilla, me puse los guantes y zapatillas que había dejado en la puerta y bajé a la entrada del edificio. Ahí, en consonancia con las reglas del aislamiento, no salí a la calle, sino que me dirigí al basurero del edificio. Abrí el tacho amarillo y metí la carta a mi ex-, el papel era, en efecto, reciclable.
(Preciado, 2020)

Este último gesto concentra la atención porque se diría, no solo cancela el acto de su escritura al interrumpir su envío, sino que invierte el circuito habitual de una carta que en todo caso solo es destinada al basurero una vez que ha cumplido su función de mensaje.

Se diría que Paul B. se deshace de la carta como la piel de un fruto maduro, y una serie de envolturas son cedidas con la carta:

Volví lentamente a mi departamento. Dejé mis zapatillas en la puerta. Entré, me saqué los pantalones y los metí en una bolsa de plástico. Me quité la mascarilla y la dejé en el balcón para que se airee un poco; me saqué los guantes, los tiré a la basura y me lavé las manos durante dos interminables minutos. (Preciado, 2020)

Con la carta se deshace de los ropajes de un cuerpo afectado -“sin roce, sin piel”- marcado por el aislamiento, cuerpo que no se confunde ni es el todo de la necesaria asepsia higiénica requerida por el protocolo de pandemia.

El apólogo de la automutilación del largato que pierde “su cola soltada en la desesperación”, sirvió a Lacan (1987: 832) para indicar el uso especialísimo de un objeto soltado en la angustia, un objeto cortado del cuerpo, maniobra mínima que responde a lo que se abrió en el Otro, un mundo que “se había vuelto distante, individual, seco e higiénico”, un mundo del que también puede hacer sus veces el propio cuerpo, si se nos permite el paradójico posesivo. En otro lugar (Preciado, 2019), su apartamento en Urano epítome de la “distancia social” que le impusiera ese otro aislamiento, esta vez auto-procurado “lejos de la mayoría de los terrícolas”, Paul B. (2019) pudo abogar por “una antipsicología del yo” para usuarios de un mundo en descomposición, antídoto contra los programas de gestión de los recursos personales y control de los afectos, concentrado en el sentimiento de “estar vivo”.

La imagen del cuerpo a la que se permanece “enfudados” (Lacan, 1993: 91) hace mundo, al punto de corporeificarlo sin tener la menor idea de lo que acontece en ese otro cuerpo que se tiene más allá de las cáscaras hechas de imagen... cual lagartos soltamos la cola para reconstituirla imaginariamente. La carta botada es desecho, *poubelle*, cae, pero se eleva seguidamente, restituida a un nuevo cuerpo, el del circuito de su publicación, confundiendo ese lugar donde se atesoran los significantes, el Otro y el basureo sublimado de las redes.

A letter, a litter, una carta, una basura, equívoco que Joyce prestó a Lacan (Lacan, 2012: 19), las cartas no son solo cartas sino escrituras del cuerpo-acontecimiento. Ese pedazo de papel escrito contará más por su condición material “sobre blanco brillante”, soporte, que por su presunto mensaje y todo el esfuerzo consistirá en mostrar más los efectos de la carta en tanto objeto “extraído de una totalidad de la que no es sino pedazo, pieza suelta” (Miller, 2012) y menos en el mensaje del que fue vehículo (algo que aprendimos con Lacan (1988: 5) leyendo *La carta robada* de Edgar Allan Poe).

La carta botada sigue siendo una carta, incluso aunque la rompamos en pedacitos, dotada de esa extraña propiedad de *nulibiedad* (*nullibity*), neologismo rescatado por Lacan del obispo Wilkins con el que se evoca la ausencia y se la anula en el gesto de botarla. La carta botada es la que estamos leyendo en nuestras pantallas.

¿A quién pertenece la carta botada? Si la carta botada conserva todavía los derechos de aquel que la ha enviado (razón por la cual puede arrogarse la decisión de botarla) o en cambio pertenece a aquella a la que se dirige (sea esta última verdadera destinataria o no), la carta botada se eleva a la dimensión de una suerte de “alianza” independientemente de a quién pertenezca, tal su función eminente, aun cuando el remitente la bote y la destinataria no la alcance, que sitúa a ambos hablantes en un extraño tejido de *fides*, voto del que Paul B. nos hace parte, pues del bote de basura al muladar de las redes, una carta siempre llega a su destino.

P.D. a modo de *Errata*:

Había comenzado por la “pequeña autopsia de una ficción” que detallo en lo que sigue: En el primer tiempo el sujeto toma nota del desorden del mundo al que llama “gran mutación”, (del “mundo [que] era cercano, colectivo, viscoso y sucio” al mundo “distante, individual, seco e

higiénico”). Un segundo tiempo marcado por la espiral del torbellino de esa mutación el sujeto afectado “incapaz de entender” es aspirado por “la realidad [que] se vuelve indistinguible de la pesadilla”, el temor a morir es imaginado como un morir solo. Tiempo de la angustia y desvitalización. Con el tercer tiempo, el de la escritura de la carta de amor que pronto será botada al basurero (detalle de la ficción que resulta el más curioso y al que responde el texto precedente), Paul B. monta su *boutade* por la que nos hace sus lectores. Ese gesto, un acto que anula el precedente, suerte de anulación retroactiva, deja expresado su ambición reciclable, pero indica igualmente el destino de desecho (*poubellication*) de aquella esquila aunque fuera levantada por diversos portales para su publicación en varias lenguas (el verbo conjugado “levantada” oculta el hecho de que ha sido sin duda enviada por el autor). No sería extraño que la carta botada sea entonces la que estamos leyendo, con la que el *parlêtre* recibe su mensaje en forma invertida, al “depositar un trazo que se mantenga” (Éric Laurent, 2019) en el Otro del mundo en descomposición. Otro para el que ser un pensamiento en medio del desconcierto, trazo reencontrado bajo la forma de mail en la pantalla, luego de botar la carta “volví a mi computadora y abrí mi email: y ahí estaba, un mensaje de ella titulado “Pienso en vos durante la crisis viral”.

La singularidad de esta carta, el hecho de ser botada, dibuja así un trazado del ordenador al bote de basura del bote de basura vuelta al ordenador ahora global y multilingüe, “un litoral entre dos espacios no homogéneos” como señala Estela Paskvan (2014) con precisión, el del goce íntimo y del saber amenazado, por mucho que Paul B. inmediatamente, el día después, escribiera un sesudo y extenso texto “Aprendiendo del virus” (Preciado, 2020), en el que despliega su fantasma de dominio, “es necesario pasar de una mutación forzada a una mutación deliberada” instando a un *blackout* “apaguemos los móviles, desconectemos Internet” al que no se somete. La carta/botada figura el trazado de ese borde que fija una forma/mensaje en el devenir de la “gran mutación”, resto que

ex-siste al hundimiento del Otro, y que, como nos recuerda en el mismo texto, localiza ese oscuro punto, el cuerpo vivo.

“Mi vida es un mensaje en una botella enviada al futuro para que alguien en algún lugar, algún día pueda leerlo” (Preciado, 2019). No toda destrucción fue su Beatriz.

Bibliografía

- Lacan, J. (1987). “Del trieb de Freud y del deseo del psicoanalista” (pp. 830-831). En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XX.
- (1988). “El seminario sobre ‘La carta robada’” (pp. 5-58). En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1993). “La tercera”. En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.
- (2012). “Lituraterre” (pp. 19-32). En *Otros Escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Laurent, Éric. (2019). Conferencia: “La época del Sinthome”. Universidad de Buenos Aires, 27 de noviembre de 2019. Disponible en: <https://youtu.be/wuDkFM9ZrWo>
- Miller, J.-A. (2012). “La salvación por los desechos”. En *Punto Cenit*. Buenos Aires: Colección DIVA.
- Paskvan, E. (2014). “El lugar de la letra”. En *Revista Freudiana*, (70). ELP Ediciones. Disponible en: <https://www.freudiana.com/el-lugar-de-la-letra/>
- Preciado, P. B. (2019). “El método Marx”, Un apartamento en Urano. *Crónicas del cruce*. Buenos Aires: Anagrama.
- (2019). “La destrucción fue mi Beatriz”. *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce*. Buenos Aires: Anagrama.
- (2020). “Aprendiendo del virus”. En *El País*, 28 de marzo de 2020. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585316952_026489.html

Sobre la imagen del cuerpo y su fragmentación en el dispositivo analítico

DAVID ALBANO GONZÁLEZ

“Mientras más cerca estemos del psicoanálisis divertido,
más cerca estaremos del verdadero”.
(Lacan, 1953-1954 [2013], p.125)

Introducción

Por supuesto que son necesarios los tres tiempos lógicos que formula Lacan para poder establecer análisis rigurosos de las consecuencias que la pandemia, la cuarentena y la atención *online* tendrán en nuestra práctica. Es verdad también que el “hace falta tiempo”, que refiere a lo cronológico, contradice también la idea lacaniana de que el momento de concluir es una precipitación, es algo que pone fin al tiempo de comprender. Es decir que, recién cuando se precipita, se está al tanto de que se estuvo en el tiempo para comprender. La lógica (y no la cronología) de los tres tiempos articulados no impide que algunas cosas se vayan pensando, que haya algunas elaboraciones de lo que se hace en estos días. Es por eso que, ante el dispositivo de lo *online*, surgen algunas preguntas que, a veces, tienden rápidamente a dar una posición a favor o en contra. Tanto un extremo como el otro, cierran la posibilidad a las preguntas, a los efectos de saber. Hablan quizás más de un prejuicio o de una pereza de pensamiento que de un verdadero deseo de saber.

El objetivo de este trabajo es señalar algunos conceptos que puedan colaborar para cernir lo que ocurre con la presencia mediada por los dispositivos virtuales, con la intención de llevar dichos conceptos a la pregunta por la “práctica analítica *online*”. Cada uno juzgará, según su experiencia, el uso que haga de los dispositivos virtuales y sus consecuencias para cada caso.

Contexto

En los últimos meses, nuestro mundo ha entrado en conmoción. La pandemia impactó tanto en las subjetividades como en los ámbitos sanitarios, económicos e incluso afectó nuestras categorías temporo-espaciales. El confinamiento ha llevado a que escuchemos frases como “todos los días son iguales”, “siento que estoy trabajando más que antes”, “no paro de... o no puedo empezar a...”, lo que lleva a repensar en la intrincación que hay en la subjetivación del tiempo con el espacio. La falta de desplazamiento tiene como consecuencia una dificultad en delimitar y distribuir el tiempo. Como si las horas no se midieran solamente con el tic-tac de las agujas del reloj si no también, y, sobre todo, con el movimiento del cuerpo. Estos tiempos de aislamiento físico, han requerido reinventar nuevos modos tanto para aquellos que buscaron mantenerse activos como para los que usaron la cuarentena para sumirse en un letargo de detención. En ambos casos, pareciera que hubo un potenciamiento de lo que ya se hacía, pero con algunas otras modalidades para llevarlo a cabo. Todo esto ha llevado a muchos psicoanalistas a reflexionar sobre el cuerpo, su presencia y su emplazamiento.

Particularmente, en mi práctica analítica, las sesiones han pasado a estar mediatizadas por llamadas telefónicas o videollamadas; la docencia universitaria ha tenido que ser a través de foros virtuales y clases grabadas o transmitidas en *streaming* por YouTube, la asistencia a las

reuniones de trabajo, de estudio y de cartel ha sido posible por videoconferencia. Así, los *gadgets*, las *apps*, que hasta hace muy poco algunos veían con recelo para los vínculos, hoy han mostrado más su otra cara: la de ser un puente para el “acercamiento subjetivo”, tal como dice Bassols (2020), un puente con el cual atravesar lo que de otra manera sería una imposibilidad para continuar con todas aquellas actividades y con los tratamientos. No obstante, no debemos ignorar que el pseudodiscurso capitalista es justamente el que rechaza la castración (Lacan, 1972 [2012]). Aquella que hoy podríamos señalar en esa imposibilidad que, gracias al uso de los *gadgets*, deja de ser tal. ¿Estamos entonces poniendo nuestra práctica al servicio del capitalismo? Esta es una pregunta vana dado que el medio para realizar una sesión no garantiza ni una cosa ni la otra. Así como tampoco una sesión presencial no asegura que funcione el discurso analítico. Entonces, sobre si se contribuye o no al capitalismo, de lo que se trata es, más bien, de poner el plus-de-gozar al servicio del lazo social, es decir, de un discurso... o de no hacerlo.

Es así que para los que optamos por continuar con las sesiones resultó necesario sostener la presencia. Si bien desde hace algunos años en mi práctica ya llevaba algunos casos con esta modalidad, aunque ninguno “exclusivamente” *online*, a partir de la experiencia compartida, se impuso una pregunta: ¿con qué se sostiene la presencia?

Estadio del espejo y modelos ópticos

En 1936, Lacan (1949 [2007]) presenta su ponencia sobre el Estadio del Espejo. En el escrito, podemos encontrar la idea de que la unificación del cuerpo, como tal imaginaria, no implica una síntesis, sino que se trata del recubrimiento de la fragmentación corporal. Es decir que es por esa “nueva acción psíquica” (Freud, 1914 [2007]: 74) que tenemos la ilusión de completud gracias a la cual podemos ignorar, la mayor parte

del tiempo, la fragmentación real. M.-H. Brousse (2010), para poder mostrar de mejor manera esta idea, lo grafica así:

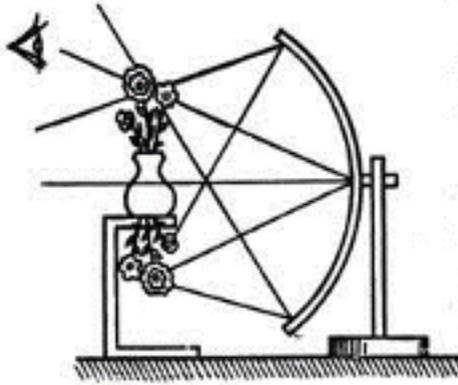
Imagen del cuerpo
Cuerpo fragmentado

(Brousse, 2010, s/p)

Vemos con este esquema que lo que queda en el nivel manifiesto es una imagen corporal que siempre es total, es decir, que marca una unidad. Lo que el *infans* adquiere como *imago* (esta es una imagen con efectos de transformación en la subjetividad) es una *Gestalt*: una imagen percibida como total y siempre exterior, ajena. Porque, aunque lo que el *infans* vea sea su propio reflejo, como tal es externo, captado afuera, como otro. Sin embargo, lo latente, lo no manifiesto, es la fragmentación. De esta manera, tenemos allí los tres registros en juego: lo imaginario, lo real y, a lo simbólico, podemos señalarlo en la barra, que separa, pero a la vez abrocha. Es decir, ordena. Recordemos que Lacan, sobre todo en este primer período de su enseñanza, se refiere al simbólico como un “orden”.

Unos años después (Lacan, 1953-1954 [2013]), presenta los modelos ópticos: el del ramillete invertido y el de los dos espejos. En ambos el cuerpo está representado por una ilusión óptica que se produce entre el ramillete de flores y el jarrón.

Veamos el primer modelo. La ilusión consiste en percibir a las flores como si estuvieran dentro del jarrón, siempre que el que mire esté colocado en un punto de vista adecuado. El ramillete de flores suelto, oculto a la vista, representa a las pulsiones parciales, el autoerotismo en términos freudianos. El jarrón, como tal, es el continente, el objeto que se ve y en el cual se producirá la ilusión.



Experiencia del ramillete invertido

(Lacan, *Los escritos técnicos de Freud*, 1953-1954 [2013]: 126)

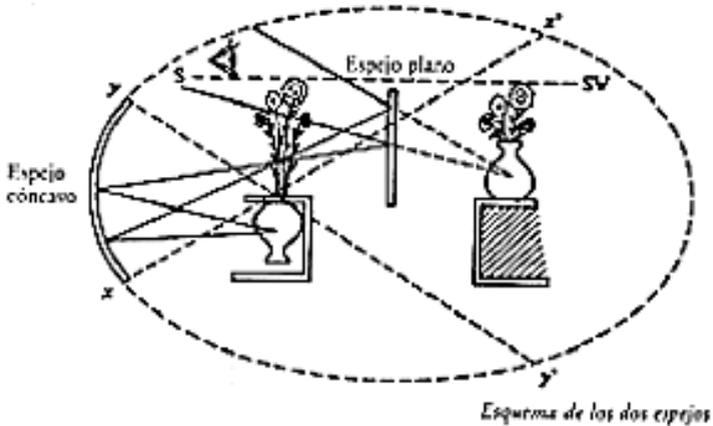
Para poder explicar lo que ocurre, es necesario que introduzcamos algunos términos de la óptica tal como Lacan lo propone. Lo que se produce para el ojo del que mira es una “imagen real”. Este tecnicismo define al reflejo invertido de un objeto mediante su exposición ante un espejo esférico. La cualidad principal es que se produce en el mismo lugar en el que vemos la imagen. Véase el dibujo anterior, a la imagen la vemos exactamente en el lugar donde se produce el cruce de los rayos lumínicos. A diferencia de la “imagen virtual” que la percibimos en un lugar diferente al que está, tal como ocurre en un espejo plano, que la vemos como si estuviera detrás del espejo. Por último, cuando a una imagen real se le antepone un espejo plano, obtenemos una imagen virtual de una imagen real, lo que recibe el nombre de “objeto virtual”.

¿Cuál es la ilusión óptica? Es la que se produce por la conjunción entre la imagen real y el objeto, es decir, entre el ramillete y el jarrón que conforman una imagen compuesta que percibimos como un florero (el jarrón más las flores). Lo que vemos, lo vemos como una unidad, como un cuerpo unificado. La verdadera ilusión óptica es poder ver elementos separados como unificados.

Así es como se compone la creencia de tener un cuerpo, dando por sentado que las partes conforman un lindo/feo/chico/grande/etcétera florero. Sin embargo, esto no significa que haya que desengañarse, es una ilusión necesaria que sostiene las categorías cotidianas de un yo-no yo, adentro-afuera, acá-allá. A esta operación, figurada en este primer modelo, Lacan (1953-1954 [2013]) la señala, tomando una expresión de Mannoni, como el “primer narcisismo” (p. 192), que a su vez toma de Freud (1914 [2007]) cuando habla de los dos narcisismos. El primero es aquel sobre el cual se asienta nuestra idea de cuerpo y del yo. Es decir, aquello que ubica a la forma del cuerpo en una extensión del espacio. Allí el sujeto queda “presa de la ilusión de la identificación espacial” (Lacan, 1949 [2007]: 102).

El segundo narcisismo estará representado por el segundo modelo óptico del que se sirve Lacan. Aquel en el que interviene también el espejo plano, con el que, como hemos visto, tendremos un objeto virtual. Este modelo representará la relación con el otro, la intervención de lo simbólico, la separación yo-ideal e ideal del yo y las identificaciones secundarias.

El ramillete ahora se encuentra arriba y el jarrón abajo, pero esto no tiene ninguna incidencia. El observador, representado por el ojo, ya no verá directamente a los elementos del primer modelo sino de una forma mediada, a través del reflejo en el espejo plano. Incluso también verá allí su propio reflejo, que Lacan llamará “sujeto virtual” (SV). Este espejo plano representa al ideal del yo.



(Lacan, *Los escritos técnicos de Freud, 1953-1954* [2013]: 191)

El sujeto virtual es lo que anteriormente, con el Estadio del Espejo, llamamos *Gestalt*: “El ser humano solo ve su forma realizada, total, el espejismo de sí mismo, fuera de sí mismo” (Lacan, 1953-1954 [2013]: 213).

La posición simbólica del sujeto dependerá de la inclinación del espejo plano y es la que, cuando está en una ubicación adecuada, nos permitirá ver la ilusión óptica. Si se lo inclina, la imagen del florero, el objeto virtual, se descompondrá y no se logrará ver. Esta inclinación dependerá de la voz del Otro, de la relación simbólica.

Entonces, el cuerpo es tanto la *Gestalt* como una imagen total y siempre exterior, pero también su abrochamiento simbólico con la fragmentación. Vuelvo a resaltar que no hay una síntesis, los tres registros permanecen. Se trata más bien de una ensambladura que de una mezcla (Laurent, “Creerse Uno es el resorte de la pasión narcisista”, 2017, s/p).

Pues bien, teniendo en cuenta estos desarrollos, ¿qué ocurre hoy con nuestra práctica *online*?

La presencia

Cada vez que se toca el tema de la atención *online*, se alude a la presencia del analista como una limitación de dicho dispositivo. Con frecuencia, se entiende a la presencia como la de la confrontación de los cuerpos, nombrándola como la presencia real del analista. Entonces, un análisis *online* no permitiría la presencia real del cuerpo. No obstante, como hemos visto, lo real del cuerpo radicaría en su fragmentación, no en el objeto material o en el organismo. Lo que desde mi punto de vista, problematiza la noción de la “presencia”. Voy a tomar dos citas en la enseñanza de Lacan que se ubican en fechas distantes que ayudan a pensar la idea de presencia. La primera es de “La dirección de la cura y los principios de su poder”:

Se observará que el analista da sin embargo su presencia pero creo que ésta no es en primer lugar sino la implicación de su acción de escuchar, y que ésta no es sino la condición de la palabra (...) el sentimiento más agudo de su presencia está ligado a un momento en que el sujeto no puede sino callarse... (Lacan, 1958 [2008]: 589)

Aquí notamos que la presencia del analista refiere a una pausa en el hablar, nada en relación con una presencia física. Esta referencia halla sus raíces en Freud (1912 [2008]) cuando este advierte que una interrupción del libre asociar del paciente se debe a una ocurrencia relativa a la persona del analista. Ahí está su presencia haciendo obstáculo al discurrir.

Por otro lado, se encuentra en el seminario “...o peor” (Lacan, 1971-1972 [2012]) una referencia a la confrontación del cuerpo del analista y el del analizante:

Cuando alguien viene a verme a mi consultorio por primera vez, y yo escando nuestra entrada en el asunto en algunas entrevistas

preliminares, lo importante es la confrontación de los cuerpos. Justamente por partir de ese encuentro de los cuerpos, estos quedarán fuera de juego una vez que entremos en el discurso analítico. No obstante, en el nivel donde funciona el discurso que no es el analítico, se plantea la cuestión de cómo logró ese discurso atrapar cuerpos. (2012: 224)

Entonces, si los cuerpos son moldeados por los discursos, moldeamiento que en el discurso analítico queda apartado, el cuerpo depende de lo discursivo.

Señalo estas dos citas de Lacan para problematizar los deslizamientos en los que se tiene la idea de que cuerpo es presencia física o que la presencia depende de que el cuerpo ocupe un mismo espacio físico que el que ocupa el paciente. Por otro lado, creo que en la situación totalmente inédita que estamos viviendo y que ha requerido invenciones que no han estado a la mano de Freud o de Lacan, recurrir a su palabra para defender o ponerse en contra de la atención *online* no es del todo seguro. Hemos visto que se pueden utilizar las citas de ambos tanto para una cosa como para otra. La intención de traer estas citas aquí no es esa, sino la de poner en tensión conceptos que pueden deslizarse en sobreentendidos pero que, no obstante, tienen su complejidad. Nuestras preguntas y respuestas vendrán del lado de la práctica misma que se ha abierto paso en estos últimos tiempos, respuestas que, como siempre, serán parciales.

Per sonare

Por lo pronto, podemos ir retomando algunos de los conceptos a partir de los desarrollos en torno al estadio del espejo y a los modelos ópticos tomados como herramientas teóricas.

La presencia puede ser sostenida con la imagen del cuerpo como total y exterior, como *Gestalt*, esto ya lo sabíamos, no es nuevo. La práctica *online*, es decir, a través de los diferentes dispositivos electrónicos y sus *apps*, ha demostrado que también puede sostenerse una presencia mediante la fragmentación. Hemos visto que el cuerpo es tanto la imagen unificada como su fragmentación. Son ambas las que se ofrecen a la ilusión óptica que conforman la idea de unidad. ¿De qué fragmentación hablamos? Recordemos que se trata de las pulsiones parciales. En la práctica *online*, se ponen en evidencia la mirada, en algunos casos, y la voz.

En esta vía, la no confrontación de los cuerpos en la sesión ha llevado a un cierto debilitamiento de la dimensión imaginaria en privilegio de la simbólica. Es decir, al no estar la fascinación de la imagen como total, se hizo posible privilegiar la fuerza del significante y reducir el goce del blablá. Lacan (1953-1954 [2013]) insiste en que la regulación de lo imaginario depende de lo simbólico. Resalto: lo imaginario es regulado por lo simbólico que, como hemos visto en el último modelo óptico, depende de la inclinación del espejo plano. Esta inclinación, a su vez, depende de la voz. Es decir, de un fragmento. Una paciente que consulta en tiempos de cuarentena por la aparición de dolores y contracturas físicas, no deja de mover la pantalla de su celular junto con su cuerpo en la habitación desde la que tiene su sesión, lo que, al señalárselo, le permite decir que su cuerpo siempre le resultó extraño, de que no quiere saber nada de él. El cuerpo en el dispositivo analítico no depende de su presencia física en el consultorio.

Lo que se hizo evidente en el último tiempo es desde dónde puede sostenerse una presencia: desde la fragmentación sin la “totalidad”. Nada fácil ni liviano, por supuesto, dado que la imagen soporta mejor la ilusión de la consistencia, el espejismo de un sí mismo. No olvidemos que el cuerpo es una imagen reina privilegiada (Miller, 1995 [1998]).

La resolución del dilema “*online*: sí o no”, queda a la espera para nuevas elaboraciones en nuestro campo, mientras tanto, habrá que dis-

tinguir la presencia del analista en la transferencia del estar físicamente en persona compartiendo el mismo espacio que el paciente, condición que por otra parte no garantiza una presencia. María Teresa Andruetto, escritora cordobesa, en una columna radial del 22 de mayo de este año, recuerda que la palabra “persona” hunde su etimología en las máscaras griegas de la Antigüedad que eran utilizadas en el teatro para poder hacer oír la voz de los actores. *Per sonare*, para sonar, persona, un artilugio que sirve para hacerse escuchar: motivo suficiente para otorgar la condición de la palabra en el único escenario posible de un análisis: la transferencia.

Bibliografía

- Andruetto, Ma. T. (mayo 2020). “Gente conmigo”. Radio *Nada del Otro Mundo*. Córdoba, Argentina: Cba24n. Consultado el 23 de mayo de 2020, en: <https://www.facebook.com/nadadelotromundoam580/videos/591767741441885/>
- Bassols, M. (1 de abril de 2020). “Indeterminación y certeza”. *Zadig España*. Consultado el 3 de abril de 2020, en: <https://zadigespana.com/2020/04/01/coronavirus-indeterminacion-y-certeza/>
- Brousse, M.-H. (2010). “Cuerpos Lacanianos”. En *Canal de Youtube del Seminario del Campo Freudiano de Granada*. Consultado el 2015, en <https://www.youtube.com/watch?v=NsAyBA8EnDo>
- Freud, S. (1912 [2008]). “Sobre la dinámica de la transferencia” (pp. 93-106). En *Obras Completas. Tomo XII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1914 [2007]). “Introducción del narcisismo” (pp. 65-98). En *Obras completas. Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1949 [2007]). “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” (pp. 99-105). En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- (1953-1954 [2013]). *El seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- (1958 [2008]). “La dirección de la cura y los principios de su poder” (pp. 555- 626). En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1971-1972 [2012]). *El seminario, libro 19: “...o peor”*. Buenos Aires: Paidós.
- Laurent, É. (2017). “Gozar de internet”. Escuela Lacaniana de Psicoanálisis del Campo Freudiano. Consultado el 29 de mayo de 2020, en: <https://elp.org.es/gozar-de-internet-conversacion-con-eric-laurent/>
- Miller, J.-A. (1995 [1998]). “La imagen reina”. En *Elucidación de Lacan. Charlas brasileñas*. Buenos Aires: Paidós.

Lo inabitante

ÉRIC GONZÁLEZ GUZMÁN

“Des de que estem tancats a casa,
s’ha aguditzat la sensació d’estar a la intempèrie”

Enric Casasses³

Inhabitante

En este significante que propone Lacan en el *Seminario 10* cuando de manera sucinta, breve y reveladora comenta el texto de Freud *Lo Ominoso*, en esta palabra “inhabitante” (Lacan, 2006: 87), encontramos dos dimensiones o magnitudes que nos interesan para orientarnos en algunos aspectos, que hemos podido despejar, de lo que se pone en juego en la clínica del aislamiento generalizado y su sostenida angustia, a la que nos vemos confrontados, en la actual pandemia, causada por el contagio del nuevo virus: COVID-19.

Decimos que encontramos allí dos dimensiones o magnitudes, porque en este significante se entrecruzan las magnitudes, del tiempo (ya que el significante inabitante Lacan lo opone a inabitual, y lo habitual es una operación que es resultado del “conocimiento” de lo que alguna

³ El poeta catalán Enric Casasses publicó durante la cuarentena una nota suya en Twitter en la que se leía: “Desde que estamos encerrados en casa, se ha agudizado la sensación de estar a la intemperie”.

vez fue nuevo) y el espacio (siendo esta la dimensión que toma más peso ya que hace referencia al “hábitat”), en sus relaciones con la repetición, lo consabido, y lo desconocido, lo sorprendente.

¿Con qué nos encontramos cuando nos vemos destinados a permanecer en el espacio que solemos denominar casa, hogar, vivienda? En este punto, una parte de mi práctica clínica que podríamos definir como *outdoor*, me obliga a añadir aquí un matiz para no olvidar que para algunos sujetos, eso que solemos denominar casa-hogar-vivienda se trata de una pura intemperie, ya sea literal, referida a la falta de casa, o un efecto como tal de las alteraciones en relación a las dimensiones del Otro despejadas por el operador NdP, tal como nos muestra Lacan mismo en el *Seminario 5* (Lacan, 2005: 165-183). También me gustaría añadir que esta sensación de intemperie no es patrimonio exclusivo de los vagabundos o de las psicosis; encontramos en las experiencias vitales de quienes han hecho languidecer al sentido, ya sea por la vía del arte, de la guerra, o de la experiencia más novel en el mundo hiperconectado, de las pantallas multiplicadas *ad infinitum*, fenómenos de deslocalización al respecto de esa vieja idea del refugio, del hogar, de lo *heimlich*. Si llevamos aún más lejos esta idea, y si de lo que se trata en el *parlêtre*, a partir de ciertos momentos históricos, es de la errancia del Uno, incluso, si uno de los efectos de la interpretación psicoanalítica es la del aislamiento, la del recorte del desacuerdo entre el significante amo y su subalterno, el despejado de su desproporción, tenemos como uno de los efectos la imposibilidad en la constitución de un par ordenado, estructurado a partir de la oposición, de la contrariedad y por lo tanto de su complementariedad, entre lo hogareño y lo inhogareño, que se despliega en dos vertientes por lo menos, entre lo habituable/inhabitable, y lo habitante/inhabitante; y como es imposible traducirlo, también lo dejaremos en alemán, entre lo *heimlich*, y lo *unheimlich*. La cuestión central es ver entonces cómo en lo más íntimo, como lo puede ser el hogar, encontramos ahí justamente lo ominoso, lo siniestro, lo ajeno,

en forma de presencia, y no de ausencia. Este diremos, es un hilo rojo en el Seminario sobre La Angustia que nos puede servir de brújula para los tiempos actuales.

El marco temporal de Lo Siniestro y las vivencias de su alteración

En 1913, antes de desatarse el conflicto bélico entre el imperio Austro-húngaro y Serbia que sentaría las bases para la Primera Guerra Mundial, Sigmund Freud publicaba “Tótem y Tabú”. Allí Freud trae una serie de ejemplos que se encarga de designar como Neurosis Obsesivas, y que nos sirven para seguir en la línea abierta en el punto anterior, de recordar que las alteraciones temporo-espaciales no son patrimonio de las psicosis. En estos sujetos tratados por Freud (2006: 1801-1804) y puestos en serie en un apartado del texto, se producen por la vía de “la omnipotencia de las ideas” fenómenos de vivencias extrañas en relación con el tiempo, que suelen derivar en interpretaciones supersticiosas. Un hombre, por ejemplo, una mañana se levanta pensando en una persona, y esa misma tarde se la encuentra, otro hombre neurótico llega a maldecir a alguien en pensamientos y esa persona acaba muriendo. Estos sujetos, debido a este tormento derivado de un cierto funcionamiento extraño en la experiencia lineal del tiempo, comienzan a estar perseguidos por el peso de esta omnipotencia de las ideas, que no puede producir otra cosa más que el sentimiento angustioso de “lo ominoso”. Así lo señala Freud en una nota a pie de página, lo que le hace pensar a Strachey que ya para entonces había comenzado a escribir su texto sobre dicha temática. Un texto que por lo que se encuentra en la correspondencia entre Freud y Ferenczi, fue abandonado por la inhibición fruto de la experiencia vital durante el conflicto bélico, y retomado casi sobre su final, en 1919, cuando fue publicado. Sin embargo, esta noción de la experiencia temporal

de adivinación en esos sujetos, la encontramos reseñada también en *Lo Ominoso*, sobre todo cuando se trata del abordaje de la noción de compulsión de repetición. Cuestión que ubica a este texto entre “Tótem y Tabú” y *Más allá del principio del placer*.

En esa época encontramos a un Freud acorralado, casi sin pacientes. Se le ha desarticulado de una de sus fuentes de inspiración y pasión que es Inglaterra, ya que dicho país se ha convertido en el enemigo. Se dedica al estudio y a la escritura en la medida en que encuentra fuerzas para ello. No puede mantener contacto con aquellos de entre sus discípulos y colaboradores que viven en países del frente aliado. Poco a poco tampoco puede mantener contacto en persona, solo por cartas, con algunos pocos de aquellos que viven en Alemania, Austria, Hungría. Muchos de ellos en el frente de batalla, como sus tres hijos varones.

Puedo decir que he dado al mundo más de lo que me ha dado –escribe Freud en una carta a Ferenczi-. Ahora estoy más aislado del mundo que nunca, y pienso que después seguirá siendo lo mismo como resultado de la guerra. (Sánchez de Muniain, B., 1983: 125).

Quiero añadir un matiz aquí. Estoy al tanto de una práctica que se viene dando en la actualidad, de escritos que insisten en construir una épica en relación a la pandemia que toma como referencias elementos de las épicas bélicas. Mi intención aquí sin embargo es recortar la vivencia en Freud del aislamiento, del distanciamiento social podríamos decir, que constituyó el marco de las reflexiones que se vierten en “Lo Ominoso”; esto es, una experiencia dilatada del hábito de habitar la casa.

Retomando el hilo en relación a esta cuestión queremos resaltar este tono sombrío que encontramos en Freud, efecto de los tiempos que vivía y de dicha amputación a sus circuitos de vida, que se recrudece incluso más cuando se encuentra con la idea, que han ubicado distintos

biógrafos, o incluso más bien, la certeza de que moriría joven. Vemos entonces en el mismo Freud en esos tiempos, la presencia inquietante de una idea omnipotente, que se anticipa al transcurrir del tiempo, sin llegar a tener el tinte aislado por él en “Tótem y Tabú”, de una alteración franca en la experiencia del tiempo. Sin embargo, el esfuerzo de poesía, podríamos decir, que encuentra en la ciencia, le permite abstraerse de esa neurosis mágica que padecían abiertamente sus pacientes reseñados en “Tótem y Tabú”. Incluso reniega después cuando sus críticos establecen que su viraje “pesimista” con la introducción de la pulsión de muerte, se ancla en su propia experiencia del pesimismo y la pérdida (cifrada por ejemplo en la muerte de su hija Sophie en 1920).

En relación con la poética y la ciencia, como ejercicio para mantenerse en lucha, Ferenczi un día se esfuerza en que Freud acepte la comparación que él y otros le ofrecen con Goethe, pero este no se deja convencer. Le dice que es como si juzgara a dos pintores por la forma similar de sostener la paleta y el pincel, sin tener en cuenta la calidad de su obra. Admite, sin embargo, que tienen en común una cualidad: “una especie de valentía a la que no afectan las convenciones” (Sánchez de Muniain, 1983: 126).

Siguiendo esta exploración en el marco temporal en el que se produjo “Lo Ominoso” encontramos un intercambio con Jones, en el que éste en la declinación del conflicto bélico (1918) y previendo para los siguientes años una situación aún más difícil para Freud si permaneciera en Viena, le invita a mudarse a Londres, a lo que Freud le responde lo siguiente:

Continuaré en mi puesto mientras pueda razonablemente seguir en él [...] No me quejaré, aún tengo salud, pero no me tengo por responsable de ninguna de las estupideces del mundo. No recuerdo ningún momento de mi vida en el que el horizonte fuera tan oscuro, o si lo ha habido, yo era entonces más joven y no sufría los achaques de la vejez. Sé que tú también lo has pasado mal y

has tenido experiencias amargas, y siento muchísimo no tener nada bueno que notificarte ni poder ofrecerte consuelo. Cuando nos volvamos a ver, que espero que sea este año, verás que sigo igual y que continúo dando la cara a las emergencias, pero esto sólo con mi sentimiento, mi juicio es pesimista... Estamos viviendo malos tiempos, pero la ciencia es una gran fuerza que le hace mantenerse a uno. (Sánchez de Muniain, 1983: 132-133)

Tal como propuso tempranamente en lo que llama “mi vida cotidiana” en la misma carta en que le anuncia a Ferenczi el re-emprendimiento de la escritura de “Lo Ominoso”, en el capítulo de aquel estudio en el que sobre el final se dedica a diferenciar la interpretación psicoanalítica de lo inconsciente, de las interpretaciones supersticiosas (Freud, 2006: 906-931), este “la ciencia es una gran fuerza que le hace mantenerse a uno”, podemos decir que es el contra-hechizo, un tratamiento contra la auto-sugestión, incluida en la idea de la muerte próxima, cuando apenas en ese entonces tenía Freud 58 años. Es decir, ese “la ciencia”, que es otro nombre para lo que encuentra en común con Goethe, esa especie de valentía a la que no afectan las convenciones, es un nombre para lo que podríamos denominar con Lacan, su deseo, el deseo de Freud, aquello que funda el psicoanálisis.

Lo Ominoso

El texto de Freud se divide en dos partes. En una de ellas se plantea dar lugar a “pesquisar el significado que el desarrollo de la lengua sedimentó en la palabra alemana *heimlich*”. En la otra a “... agrupar todo aquello que, en personas y cosas, impresiones sensoriales, vivencias y situaciones, despierta en nosotros el sentimiento de lo ominoso, dilucidando

el carácter escondido de lo ominoso a partir de algo común a todos los casos” (2009: 220).

En nuestro comentario hemos fijado más nuestra atención en la primera parte, aunque no exclusivamente, y esto por un resultado que hemos aislado en la misma lectura (para hacer *spoiler*... la cuestión es que apostamos para pensar la clínica del aislamiento generalizado en la actualidad, por aquella fenomenología que en el texto de Freud se ve más bien vinculada a la vertiente de lo *Heimlich* en su acepción segunda, que según las búsquedas del autor se confunden con *Unheimlich*, que a aquello más abiertamente siniestro, que se encuentra en la segunda parte del texto). También nos gustaría dejar aquí señalado el resultado que Freud anticipa al inicio de su propio texto, en tanto una definición de lo ominoso en la que resalta algo inesperado: “es aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo” (2009: 220). Es decir, se trata de una experiencia en relación con algo al mismo tiempo conocido y sorprendente.

Por un lado, podríamos decir que, en relación con lo sorprendente, a lo ominoso, como extrae Freud de un psiquiatra llamado Jentsch, “sería siempre [...] algo dentro de lo cual uno no se orienta” (2009: 221). Es la vertiente de la angustia como la caída de las referencias, de los S_1 que enmarcan, apuntalan, articulan, inician el encadenamiento en el cual el sujeto se localiza tanto en el espacio como en el tiempo. De allí que en “*El Atolondradicho*” Lacan introduzca el neologismo *Labiter*, con el que señala con la resonancia a la palabra *bite* (2012: 479 y 521) con la que en modo vulgar se designa al miembro masculino en francés, para ubicar los efectos que el significante fálico tiene sobre la posibilidad de una construcción estable del espacio (*stabitat*, dice Lacan).

Sin embargo, en esa desorientación, esa pérdida de orientación implica el establecimiento del juicio, la *aufhebung* primordial, que en este texto podemos ubicar en aquello que Freud llama lo conocido, lo habitual, lo doméstico, lo familiar. Y es que en el estudio que hace el

mismo Freud de la palabra *heimlich*, que atrapa algo en este sentido, descubre que en la lengua aparece ya algo inquietante cuando se demuestran formas de utilización de dicha palabra que llegan a hacerla decir lo contrario a algo orientador, más bien en el sentido de lo que no es tan tranquilizador de eso hogareño.

¿Deberíamos estar todos tranquilos porque estamos en casa? ¿Rodeados de todo aquello que nos es conocido? ¿Por qué de repente formas familiares se convierten en irreconocibles? ¿Se trata de algo que les falta, cuando se les mira de demasiado cerca, o es en realidad algo en más, lo que aparece allí, en el lugar más íntimo y cercano, lo que llega a tocar el cuerpo y el psiquismo para producir efectos de deslocalización, desorientación, y desorganización?

Es por ello que para ahorrarnos hacer el extenso y detenido recorrido que realiza Freud por los diccionarios, nos gustaría quedarnos con un ejemplo que toma él mismo más bien de la literatura. Se trata de una novela titulada *Los caballeros del espíritu*, escrita por un tal Karl Gutzkow -hasta ahora para mí inédita en castellano-. Allí lo que recorta Freud es un diálogo de la novela en el que se muestra este sentido antitético de la misma palabra:

Los Zecks [un patronímico] son todos heimlich. ¿Heimlich? ¿Qué entiende usted por heimlich? Pues me ocurre con ellos lo que con un manantial sumergido o un lago desecado. No se puede andarles encima sin tener la impresión de que en cualquier momento podría volver a surgir el agua. Ah, nosotros lo llamamos unheimlich; ustedes lo llaman heimlich. Pero... ¿en qué le encuentra usted a esa familia algo de disimulado o sospechoso? (2009: 223).

Poéticamente el hombre habita, el slogan filosófico que extrae Heidegger de Hölderlin quiere decir también, que los modos de habitar del

hombre están cifrados en aquello que el poeta ha podido atrapar en su vanguardia. Este ejemplo de Gutzkow no es para nada solamente una anécdota, una metáfora espeluznante que nos transmite una sensación de inquietud. También nos enseña algo sobre la lengua, se encarga de dejarlo ahí indicado. ¡No podría ser más indicado este recorte para definir la experiencia que he recogido de aquellos a los que escucho, cuando habiéndose restaurado mínimamente el acceso a la ciudad como tal, pisaron por primera vez las calles -más allá de las inquietantes salidas a hacer la compra, pasear el perro, o tirar la basura que habían estado sosteniendo hasta entonces-!

De la ausencia a la presencia

“El tema no es que la ciudad esté vacía -me dijo un hombre en consulta- lo que me pone nervioso es que comiencen a circular coches, que todo vuelva a ser como antes”. Este y algunos otros testimonios en este sentido me hicieron pensar en la propuesta lacaniana del *Seminario 10* que he tomado para enmarcar este apartado.

Cuando he planteado al principio que nos referiríamos en el texto de Freud más bien a su primera parte, la del sedimentado en la lengua del término *heimlich*, y no tanto a la segunda, es porque en la segunda parte se plantea más bien, una inclinación en la continuidad ambigua del término hacia el extremo terrorífico podríamos decir, de la angustia, hacia lo abiertamente *unheimlich*. Es necesario un marco, lo conocido, lo familiar, a partir del cual “súbitamente, de golpe” (Lacan, 2006: 86) aparece lo *unheimlich*. Se trata de un momento de irrupción, el “levantamiento del telón” (2006: 86) como dice Lacan. Sin embargo, vamos a decirlo ya en este punto, la orientación de este pequeño escrito es indagar más bien sobre el *heim*, lo *heimlich*. ¿No se trata de eso en lo que hemos llamado esta clínica del aislamiento generalizado, de la

erradicación del “instante de ver”, que convierte el marco en una especie de sin-marco, o de marco al mismo tiempo estrecho y sostenido? ¿Llega acaso a producirse lo *unheimlich* como resultado de elevar a la enésima potencia lo *Heimlich*? Dedicaremos el último punto a tomar algunos recortes clínicos que parecen indicarnos que no parece esta una relación necesaria.

La lectura que hemos referido anteriormente de Lacan en dos páginas (2006: 86-87) maravillosas del *Seminario 10* nos dan, según nuestra lectura, alguna clave; y es aquella que va en la línea de lo que propone Miller en una indicación en su lectura del Seminario (Miller, 2007), en la que se nos propone que no se trata en este seminario de una promoción de la angustia como la angustia de castración, de aquello que falta, de lo que está por faltar o de una ausencia, sino de una presencia en más, de un goce extático del cuerpo. Lacan lo señala así: “Es el surgimiento de lo *heimlich* en el marco lo que constituye el fenómeno de la angustia, y por eso es falso decir que la angustia carece de objeto” (2007: 87).

Las formas de lo que se hace presente en el habitáculo de la espera extendida, es quizá el fenómeno más recurrente en estos momentos. El tiempo detenido, el transcurso de lo igual, aporta un recurso al sujeto que usualmente no le es permitido y este es el de la continuidad del trabajo. La errancia del Uno que mencionábamos anteriormente es también la iteración, con la que cuentan algunos sujetos en presentaciones clínicas con las que suelo trabajar en mi itinerario como lo son el autismo y las toxicomanías. No es gratuito me parece, que hayan sido estos, repetidas veces mencionados en los discursos políticos en la actualidad. Motivos para la indignación a veces, para la reivindicación otras. Una especie de histerización abrazando el Uno de la iteración que no se para a mirar el hashtag #quedatencasa. Quizá uno de los motivos esté anclado en el hecho de que en estos funcionamientos se revela lo más íntimo de cada uno, justo en el momento en el que el mundo se mueve de sitio.

Para abrir el múltiple espacio clínico obtenemos, en ese marco sin-marco nuevo, en el que ha de advenir lo *heimlich*, “lo trabajado por la espera” (2006: 86-87) como dice Lacan, “lo que ha virado hacia lo hostil” (2006: 86-87) remarca, señalando la connivencia entre la palabra francesa “huésped” y la palabra francesa “hostil” (en la raíz *hôte*) incluso añadiríamos la confusión que se produce cuando cambiamos al inglés y se produce el deslizamiento desde el significante que indicaba lo hostil y al huésped hacia el que se refiere al término “anfitrión” en *host*; no solo encontramos después de un tiempo graves padecimientos de la inquietud, sino importantes restablecimientos, o incluso inauguraciones para algunos sujetos de la vida en calma. No siempre entonces, el escenario del mundo ubicado en las gradas del teatro, el consiguiente velo, el tiempo de la espera, el clac, y lo que aparece, el corte, el surco de los significantes, y más allá, el presentimiento, y el desamparo, se mantienen en completo orden restringiendo los surgimientos de las presencias en momentos delimitados. Por ello, a la inversa en algunos sujetos encontramos el efecto de apaciguamiento cuando todo ese aparataje se ha desmembrado, y parece igualarse la esquizia sobre la imagen armónica del cuerpo nunca alcanzada, al funcionamiento mismo del mundo. En otras facetas de lo múltiple, el Uno sin angustia, el marco fractal, multiplicado, por la imposibilidad de sostener los tiempos que organizan los circuitos pulsionales nos muestran fenómenos de *a-angustia* -podríamos arriesgar- para aquellos que cada tanto ubicaban una referencia en *lo que no engaña* (Lacan, 2006: 86-87). En todo caso el hecho de que el sujeto permanezca *on hold* no implica una erradicación de la subjetividad, ni tampoco que contradigamos la lógica extraída en la propuesta lacaniana del *Seminario 11* (Lacan, 2006: 133) al respecto de la presencia del analista, irreductible por ser “testigo de esa pérdida”, que es el inconsciente como “certeza que yerra”.

Aquí ese “no pienso hacerme cargo de las estupideces del mundo” de Freud es un faro.

Tres recortes clínicos

[1] Coordino y asisto clínicamente a sujetos consumidores de opiáceos en un programa que toma la forma de una Unidad Móvil. Se trata de un trabajo a pie de calle, que no se ha detenido en ningún momento, incluso durante los períodos de restricciones más férreos. Hace pocos días, en lo que podríamos llamar como un tiempo de transitar por el “lago desecado”, es decir, la llamada “nueva normalidad”, previo al momento actual en el que vuelven a haber rebrotes, una mujer dice: “Siempre he pensado que los yonquis tenemos una resistencia extra. Me gusta demasiado la metadona. No voy a dejarla nunca. Gracias a ella he podido salir cada semana durante la cuarentena. No conozco a ningún yonqui que se haya contagiado por el COVID”. Detalla luego la explicación que ha encontrado para ello. Su idea es la de que los yonquis fuman heroína mezclándola con cloro -aquí elide a aquellos que consumen por otras vías-, y el cloro al instalárseles en los pulmones hace que el virus en caso de llegar allí muera. Yo la escucho desde hace años. Tomo nota. Le digo, en esta ocasión, que me parece una idea curiosa, una idea que no nos hace sentir menos desamparados. La siguiente vez que la encuentro me dice que se ha propuesto de voluntaria en un dispositivo de alojamiento temporal para personas sin hogar mientras dure la alarma por la pandemia. Su manía ha reducido, está agotada pero contenta. Ha pedido una visita con su médico para bajar un poco la metadona, que la adormece. Parece referirse a un adormecimiento más bien subjetivo y no tanto del viviente, que más bien se presenta eufórico hasta ahora. Escribiendo este texto me resuena el significante “desamparados” que introduje en el intercambio, y su respuesta de alojamiento.

[2] Hace más de diez años colaboré en la creación de los dispositivos clínicos, centrados en el acompañamiento en la vida cotidiana, para la Associació TEAdir⁴. Aún me encuentro vinculado a este proyecto, de

⁴ Se trata de una Asociación de familiares y amigos de personas con autismo que

manera cercana, en específico coordino un espacio de encuentro que está compuesto por dos grupos diferenciados más o menos por edades; uno para niños mayores y otro para jóvenes en edad adolescente con dificultades en el vínculo con los otros, muchos de los cuáles vienen con diagnósticos de Síndrome de Asperger, o trastornos en la conducta. Teniendo en cuenta los efectos que podía tener la interrupción del dispositivo, y no solo del dispositivo, sino de los circuitos habituales en general para estos sujetos, propusimos a las familias llevar el taller a un encuentro en formato virtual, utilizando una plataforma que ya algunos de ellos utilizaban. De estética oscura y algorítmicamente descarnada, nos encontramos allí con el grupo de jóvenes adolescentes para llevar a cabo un encuentro organizado a partir de sus intereses que acabaron siendo juegos de palabras. En algunas ocasiones los intervinientes intentaban variar las actividades, tropezando con la incomodidad de los chicos por ese empecinamiento, hasta que pudimos ubicar en reunión de equipo que se trataba de nuestra angustia y no la de ellos, en relación con la insistencia del Uno. Ha sido el *witz* el que nos ha salvado de insistir en esa posición poco maleable, poco amiga en esta clínica, por ejemplo cuando en una ocasión intentamos compartir pantalla para introducir el comentario sobre un cortometraje, y por un error cometido por el operador, en este caso uno de los intervinientes, entramos en una especie de infinito de ventanas al modo de lo que se produce cuando se coloca un espejo frente a otro. Los intervinientes -me refiero a los adultos que sostienen el taller- presentes en esa sala comenzaron a desesperar, escuchábamos nuestras voces colisionando con ese fondo infinito, hasta que dije citando a Lacan: “Lo único que quiero destacar es que lo *Unheimlich* se presenta en ventanillas” (*Seminario 10*, p. 86) y entonces nos reímos, pudiendo separarnos así de la insistencia y dejando

se creó en el 2010 como respuesta política a una avanzada en contra del psicoanálisis como opción al tratamiento de los autismos. En esta asociación se crean y sostienen dispositivos inspirados en la práctica entre varios. Tiene una publicación llamada *L'Atelier*.

lugar al encuentro posible. Eso siguió su curso hasta que en el cierre del trimestre que coincidió con el desconfinamiento, uno de los chicos preguntó: ¿Y cuándo nos volvemos a ver [y necesitó aclarar] en *carne y hueso*? De allí devino una invención, un taller que llamamos “Interval de carne y hueso”, en el que nos encontramos en espacios abiertos, con distanciamiento social, fuera -aparentemente- de los aparatos hiperconectados pero sin dejar de tenerlos en cuenta.

[3] En esta misma experiencia, en el caso del grupo de niños en edades pre-adolescentes no pudimos reproducir lo mismo. Los encuentros virtuales de manera grupal no fueron posibles. Sin embargo, con uno de ellos mantuvimos contacto por videollamadas, semanalmente, para seguir sosteniendo la función en la que ya habíamos consentido a insertarnos, de su modalidad *sinthomática*, que era la de hacer de escribientes de sus proyectos, de su *brainstorming* continuo alrededor de temáticas relacionadas al mundo de la creación de los videojuegos. Durante el confinamiento ese trabajo tomó una intensidad tal, que acabó por acelerar el movimiento de nuestro lado de hacernos con *lalangue* propia de un sujeto absolutamente reticente a interesarse en nada que viniese de los otros. De esta forma, ese vínculo a remoto para el que tuvimos que mostrarnos insistentes, debido a que este sujeto planteaba al inicio que prefería no vernos en la pantalla porque eso le recordaría que no podíamos vernos en persona, produjo la posibilidad de una torsión que en la actualidad se sostiene, de un interés por los otros inaugural, empezando por un interés sobre nuestra experiencia durante el confinamiento. El *lo-realismo* de este sujeto como el de aquel otro que nos convocaba a encuentros en carne y hueso, nos han servido de recordatorio para no quedar capturados en una nueva modalidad de automatón que podría tomar cuerpo con las pantallas.

Pequeño cierre

Si hemos tomado el término “lo inhabitante” de Lacan es porque creemos que hay allí una indicación de lugar, al respecto del fenómeno de la angustia, para él, magistralmente cifrado en la noción, en el término *Heimlich*. En las páginas indicadas anteriormente del *Seminario 10* podemos leer:

Hay angustia cuando surge en este marco lo que ya estaba ahí, mucho más cerca, en la casa, Heim [es el huésped en el sentido de lo hostil domesticado y que ha permanecido] menos inhabitable que inhabitante, menos inhabitual que inhabitado. (2006: 87)

Este huésped hostil, este inhabitante de lo inhabitado, enseña que la negación deja su marca, que aparece en el “in”, pero no anula al “habitante” o “habitado”. Aquí, nos auxiliamos en la lengua inglesa en la que habitante se escribe “inhabitant” (aquí el “in” hace hincapié en el “dentro”, el que habita dentro, y sustituye la negación “un”, del término “unhabitant” que sería un neologismo equivalente al que usa Lacan en francés y Enric Berenguer en la traducción para el castellano).

Entonces, se trata de algo que aparece en donde debería haber una ausencia, una presencia que porta la señal de la falta que sustrae, que no logra negativizarle.

¿Sigue esta presencia extraña siendo equivalente a la función despejada por Lacan para el analista como semblante del objeto *a*? Nos quedamos con esta pregunta, aún.

Bibliografía

Freud, S. (2006). “Tótem y Tabú”. En *Obras completas, tomo III*. Barcelona: RBA.

- (2006). Capítulo XII. “Determinismo, creencia en la casualidad y en la superstición. Consideraciones”. En *Psicopatología de la vida cotidiana*. Barcelona: RBA.
- (2009). “Lo Ominoso”. En *Obras completas, tomo XVII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (2005). *El Seminario, libro 5, Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2006). *El Seminario, libro 10: La Angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- (2012). *Otros Escritos* (p. 479 y nota 9 en p. 521). Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2007). *La Angustia, introducción al Seminario X de Lacan*. Barcelona: Grados.
- Sánchez de Muniain, B. (1983). *Sigmund Freud*. Barcelona: Editorial Urbiión.

De la normalidad que nos está matando

GUSTAVO DESSAL

He comentado en varias ocasiones la NN (“Nueva normalidad”) con la que el gobierno de España ha denominado la realidad a la que los ciudadanos nos hemos incorporado tras estos meses tan críticos. Sorprende que un Ejecutivo supuestamente de izquierda e integrado por personas de cierto nivel intelectual, desconozcan que esa expresión es una de las favoritas entre las que fueron acuñadas por el pensamiento neoliberal. Reducida a sus siglas, la NN es una Nefasta Nominación que nos recuerda a otras siglas, el NN de las tumbas de los desconocidos (“Nomen nescio”, “no conozco su nombre”), el NN del Neo Nazismo, y otros juegos que podrían hacerse. Como me ocupo de las palabras y de su poder demiúrgico, me resulta difícil comprender la total falta de perspectiva y de cuidado en la elección de los significantes de la que hacen gala, una vez más, los partidos neoliberales camuflados de socialdemocracia. Las palabras fabrican mundos, no es preciso el psicoanálisis para saberlo, y por lo tanto preparan el escenario donde los sujetos actúan. La pandemia ha acelerado un proceso histórico que se inicia a partir del momento en que las fuerzas que gobiernan la deriva actual del capitalismo sellan una

alianza decisiva con las grandes corporaciones tecnológicas, en especial las que dominan la telecomunicación. Es lo que conocemos como el capitalismo de vigilancia, según la lograda expresión dada a conocer hace pocos años por la psicóloga social Shoshana Zuboff.

Señalemos que la irrupción del acontecimiento vírico (no diré “imprevisto”, porque ahora sabemos que fue sistemáticamente negado por las autoridades de todos los países del planeta) ha funcionado como esos procesos de revelado de fotografías en cuarto oscuro. Vemos surgir a la luz lo que permanecía invisible, o al menos no tan visible: el encaminamiento hacia un modo de gestión política, social y económica de corte totalitario, un totalitarismo de baja intensidad (el menos si lo comparamos con los estándares de los países asiáticos) que va a ejercerse mediante la progresiva canalización de la totalidad de la vida en el marco de las tecnologías de red. Según las palabras de Eric Schmidt, ex CEO de Google y uno de sus principales accionistas, el proyecto consiste en el “tele-todo” (“tele-everything”), lo cual sin disimulo alguno muestra la lógica en la que se inscribe el avance de la ideología neoliberal reforzada por los instrumentos tecnológicos más avanzados. O dicho al revés, vemos con una claridad cada vez mayor hasta qué punto las tecnologías se inclinan hacia el diseño de una sociedad caracterizada por la mercantilización total de la vida humana. Se entiende que todo lo que está sucediendo sea caldo de cultivo para la proliferación de teorías delirantes. La clínica del delirio contemporáneo se enriquece cada vez más gracias a la acción de estas modernas “máquinas de influencia” descritas por Victor Tausk, y de las que tenemos un magnífico ejemplo en la certeza de grupos que aseguran que el COVID-19 es dispersado por las torres de 5G. Como en ningún delirio falta el correspondiente núcleo de verdad, la idea de que el sistema “nos está haciendo algo muy malo” posee la característica lucidez paranoica.

¿Seremos devorados por este panorama? Lacan pensaba que sí, que seríamos sofocados por un discurso que expande lo real hasta los límites

de lo imposible de soportar, aunque confiaba en que el psicoanálisis nos permitiría sobrevivir a eso. Siento no poder compartir esa confianza. Es realmente apasionante cómo se desenvuelve la lógica de la historia. En el medio de toda esta catástrofe, irrumpe una contingencia: un policía estrangula a George Floyd, un hombre negro de Minneapolis. Eso dispara una revuelta en USA sin precedentes desde la guerra de Vietnam. “No puedo respirar” se convierte en una consigna que se extiende por el mundo entero. ¿Por qué algo así ha llegado a sintonizar con cientos de millones de personas? Creo que la frase “No puedo respirar” es extraordinariamente lograda, un grito de agonía que condensa todo un entramado de acontecimientos sociales y políticos: el síndrome de insuficiencia respiratoria producido por el coronavirus; la asfixia del planeta; el ahorcamiento que un sistema inhumano ejerce sobre el sujeto. Todo eso confluye en el “No puedo respirar”. Nos ahogamos. Nos ahogamos en este mar de basura industrial, en este mar de políticos basura, de contratos basura, de objetos basura, de noticias basura, de entretenimiento basura. La vida se está volviendo irrespirable a medida que la basura se nos acumula y nos transformamos en ella. Los locos, como siempre, son los primeros en advertirlo.

¿Dónde hay humo, hay fuego?

MARIANA SCHWARTZMAN

En 1909, Sigmund Freud publica el famoso historial, paradigma de la neurosis obsesiva, “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el “Hombre de las Ratas”)” (Freud, 1998). En el punto dedicado a analizar el complejo paterno (me refiero al punto G), hallamos la conocida construcción freudiana que sitúa al padre como perturbador del quehacer auto erótico. La escena fantasmática construida consiste en que el paciente ha “...emprendido algo enojoso, por lo cual el padre le pegó. Y entonces el pilluelo fue presa de una ira terrible e insultaba todavía bajo los golpes del padre” (1998: 161). Esta escena no solamente cristaliza, según Freud, al padre como perturbador de la sexualidad, sino que también da cuenta de dos afectos claves en este caso: la ira terrible (que invade los lazos sexuales y amorosos del paciente desde entonces) y la angustia. Dice Freud: “Por angustia ante la magnitud de su propia ira se volvió cobarde desde entonces.” (1998: 161).

Estando en vías de elaborar dicha escena, tanto Freud como su paciente se topan con lo que llama “el doloroso camino de la transferencia” (1998: 164). Freud se refiere con esto a los sueños y fantasías en las que

el Hombre de las Ratas lo insulta (al igual que al padre luego de la ira infantil), y a su vez relata lo siguiente:

Y al hablar así solía levantarse del diván y pasearse por la habitación. Como motivo para esto adujo al comienzo una fineza: no soportaba decir cosas tan crueles yaciendo él ahí, cómodamente. Sin embargo, pronto él mismo descubrió la explicación más certera: se sustraía de mi proximidad por angustia de que yo le pegara. Si permanecía sentado, se comportaba como uno que, presa de una angustia desesperada, quiere protegerse de una azotaina desmesurada; se tomaba la cabeza entre las manos, cubría su rostro con los brazos, escapaba de pronto con el rostro crispado por el dolor, etc. (1998: 161)

En el otro historial prínceps freudiano, el de Dora, escrito en 1905, hallamos otro ejemplo de una presencia, en medio de un relato, de un elemento heterogéneo con respecto a lo que puede ser una asociación o un recuerdo o el relato de un sueño. Me refiero al momento en que Dora tiene su primer sueño. Ella sueña, en transferencia, algo que ya había soñado tres veces en L, lugar donde ocurre a sus 16 años la escena del lago (escena traumática, a partir de la cual empieza a padecer los síntomas de la tos y de la afonía). El análisis del sueño a su vez corrobora la enuresis infantil, es decir, su quehacer autoerótico y la aparición del primer síntoma neurótico, el asma nerviosa. En eso se hallaban, cuando Freud describe lo siguiente:

... al día siguiente Dora me aportó todavía un suplemento. Había olvidado contar que **todas** las veces, tras despertar, había sentido olor a humo. El humo armonizaba muy bien con el fuego, pero además señalaba que el sueño tenía una particular relación conmigo, pues cuando ella aseveraba que tras esto o aquello no había

nada escondido, solía oponerle: “Donde hay humo, hay fuego”. Pero Dora hizo una objeción a esta interpretación exclusivamente personal: el señor K. y su papá eran fumadores apasionados, como también yo lo era, por lo demás. Ella misma fumó en su estadía en el lago, y justo antes de iniciar esa vez su desdichado cortejo, el señor K. le acababa de liar un cigarrillo (1996: 65)⁵

En estas líneas leemos, no solamente lo que luego ilumina Lacan sobre la identificación viril de Dora y el hecho de que Freud quede ubicado en el mismo lugar del Señor K. y el padre, con quienes Dora rivaliza. También obtenemos la huella de la irrupción de un elemento diferente al momento del relato del sueño en el análisis. En el otro ejemplo, anteriormente citado, el del caso del Hombre de las Ratas, también podemos situar un elemento de esta índole; es el que puede cernirse en ese instante de angustia que el paciente describe como temor a que Freud pueda llegar a pegarle (producto de su propia ira con raíces en la infancia).

Presencia del objeto *a*

Hay al menos dos modos en que puede pensarse la presencia del objeto *a*, a la luz del *Seminario 11* (Lacan, 2001). En primer lugar, vinculado al sueño; en segundo lugar, a la presencia del analista. Con respecto al sueño, si bien este es trabajado por Lacan en torno al trauma, no deja de señalar allí la presencia del objeto. Es en relación a los sueños de “Padre, ¿no ves que ardo?” o al del Hombre de los Lobos, que Lacan ubica allí lo que despierta como la presencia del objeto *a*. Pero antes de comentar algo en relación a esto, quisiera destacar cómo comienza Lacan esta clase (me refiero a la clase 5, titulada “Tyche y automaton”). Empieza diciendo:

⁵ Las negritas son mías.

El análisis, más que ninguna otra praxis, está orientado hacia lo que, en la experiencia, es el hueso de lo real. ¿Dónde encontramos ese real? (...) se trata en lo descubierto por el psicoanálisis –de una cita siempre reiterada con un real que se escabulle. (2001: 61-62)

Luego va a dirigirse a la *tyché*, a lo que “yace siempre tras el automatón”, definido allí como la insistencia de signos (2001: 62). La repetición, la cara real de la repetición, está entonces vinculada a aquello que siempre se escabulle. Es precisamente en este punto que Lacan trabaja los dos sueños mencionados y señala:

Ahora tenemos que detectar el lugar de lo real, que va del trauma al fantasma –en tanto que fantasma nunca es sino la pantalla que disimula algo absolutamente primero, determinante en la función de la repetición (...) la función de lo real en ese despertar. (...) el *Trieb*, nos dice Freud. (2001: 68)

Es decir, la irrupción de un elemento heterogéneo a la simple repetición de signos... la irrupción de la pulsión (el fantasma es ventana a este elemento real primero). Una de las maneras en que se presenta, es a través de los sueños. Tenemos aquí presencia de la realidad pulsional, sexual, del inconsciente, en el sueño. Tomando el ejemplo citado en el punto anterior, puede pensarse a este elemento heterogéneo como presente en el sueño de Dora: el humo. A su vez, ligado a Freud; recordemos que ella siente ese olor a humo tres veces en L, tras la escena traumática, y nuevamente al soñar en análisis.

La clase 10 del mismo seminario está enteramente dirigida a lo que la titula, el tema de la presencia del analista. “La presencia del analista es una manifestación del inconsciente” (2001: 131), “un movimiento del sujeto que sólo se abre para volver a cerrarse en una pulsación temporal...”

(2001: 132). Propone pensar a la transferencia como la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente, lo que supone una manifestación del sujeto como una apertura y cierre, al igual que la pulsión. Y ubica así a la causa de este movimiento, en relación a la presencia del analista, al decir: "... el momento que cierre del inconsciente, pulsación temporal que lo hace desaparecer en cierto punto de su enunciado (...) ese momento como causa de lo que llamamos transferencia." (2001: 136). Por último, quisiera destacar algo que Lacan menciona acerca de hacia dónde debe apuntar la interpretación. Dice así "... es una paradoja designar en ese movimiento de cierre el momento inicial en que la interpretación puede lograr su cometido." (2001: 137).

Es así también como concibe a la posición del analista cuando presenta sus cuatro discursos en el *Seminario 17* (Lacan, 1992). Allí se puede pensar que, además de histerizar el discurso (que el sujeto en posición de analizante se dirija a un amo para saber la verdad), irrumpe en el curso de las asociaciones un producto heterogéneo, la causa, el plus de goce. Y el analista con su acto es el que reintroduce la causa. Y así separa, a su vez, S_1 de S_2 , es decir, con su presencia algo despierta, apunta a la no relación entre los significantes que dan sentido a la realidad del sujeto, para dar lugar a lo real.

Mencionamos el ejemplo del sueño de Dora y cómo irrumpe algo de la presencia del objeto a , en un sueño de transferencia en el análisis con Freud. A su vez, relatamos la angustia del Hombre de las Ratas ante la proximidad del cuerpo de Freud. Otro ejemplo de la presencia del analista, esta vez representada por el signo de la angustia, que no engaña.

La pregunta que nos hacemos hoy en día, en tiempos de pandemia, es si estas manifestaciones de la presencia del analista son posibles pantalla o teléfono mediante. Para plantear algunas reflexiones o preguntas sobre ello comentaré brevemente, en el siguiente apartado, dos breves viñetas clínicas.

La presencia hoy

Una paciente adulta ha podido cernir su síntoma en sesiones presenciales a partir de un sueño donde la despierta un grito materno, que la lleva a un accidente, episodio traumático de cuando ella tenía 6 años. El síntoma, sin embargo, no fue nombrado únicamente a partir de sus asociaciones luego del sueño, sino también a raíz de un gesto que hago con mi voz y con mis manos, que actualiza de algún modo lo que ha soñado, el suceso traumático y el síntoma que tiene desde chica (vuelto a aflorar tras un suceso importante de su vida adulta). Al iniciar la pandemia, la paciente pide continuar por sesiones online a través de videollamadas. A lo largo de las entrevistas (tanto presenciales como virtuales) me llamó siempre la atención el hecho de que no traiga recuerdos acerca del padre, afectado gravemente producto del mismo suceso traumático. Hasta que trae un sueño en el que el mismo objeto (la voz) irrumpe tomando al padre esta vez como protagonista del sueño, dándole al relatarlo una nueva versión al síntoma.

Otra paciente adolescente, siempre padeciendo la presencia enjuiciante de la mirada del Otro (muchas veces, en sesiones presenciales, llevándola a ocultarse de mi mirada, dibujando en un cuaderno que deja en el consultorio), habla a través de videollamada, luego de iniciada la cuarentena, acerca de cuestiones de su intimidad. De pronto siente la presencia de alguien tras su puerta. Dice que teme que justo al hablar de eso alguien la pueda estar observando. Abre la puerta y no hay nadie. Ríe y asocia con el peso que tiene la mirada del Otro para ella.

En estos dos ejemplos nos encontramos con que algo del objeto se presenta como elemento heterogéneo en la cura. En uno a través un sueño. En el segundo, la presencia de la mirada del otro lado de la pantalla, en la casa de la paciente (pero no sin antes haber estado encarnada en la figura de la analista).

Lo que no hallamos en estos dos ejemplos (y que hasta ahora no encontré en mi clínica en general) es algo similar a lo relatado acerca del caso del Hombre de las Ratas. Me refiero al lugar del analista trauma, tal como lo piensa Lacan en el *Seminario 19* (Lacan, 2014: 149-150), que de algún modo reactualiza la neurosis en la transferencia.

Considero que estamos en un tiempo de comprender de qué se trata en la clínica online y que aún no podemos sacar conclusiones sobre sus efectos. No sabemos aún si es la misma clínica psicoanalítica, si es que hay más de una, o si se trata aquí también de una nueva “normalidad”.

Quizás haga falta aún investigar lo propuesto por Miller ya en el año 2000:

La tecnología elabora modos de presencia inéditos. El contacto remoto en tiempo real se ha convertido en un lugar común a lo largo del siglo. Sea el teléfono, ahora portátil, el Internet, la videoconferencia. Esto va a continuar, se multiplicará, será omnipresente. Pero, ¿tendrá la presencia virtual un impacto fundamental en la sesión analítica? No. Verse y hablarse no es una sesión analítica. En la sesión, dos están allí juntos, sincronizados, pero no están allí para verse, como lo demuestra el uso del diván. La copresencia en carne y hueso es necesaria, aunque solo sea para hacer surgir la no-relación sexual. Si sabotamos lo real, la paradoja desaparece. Todos los modos de presencia virtual, incluso los más sofisticados, tropezarán con esto. (Miller, 2000).

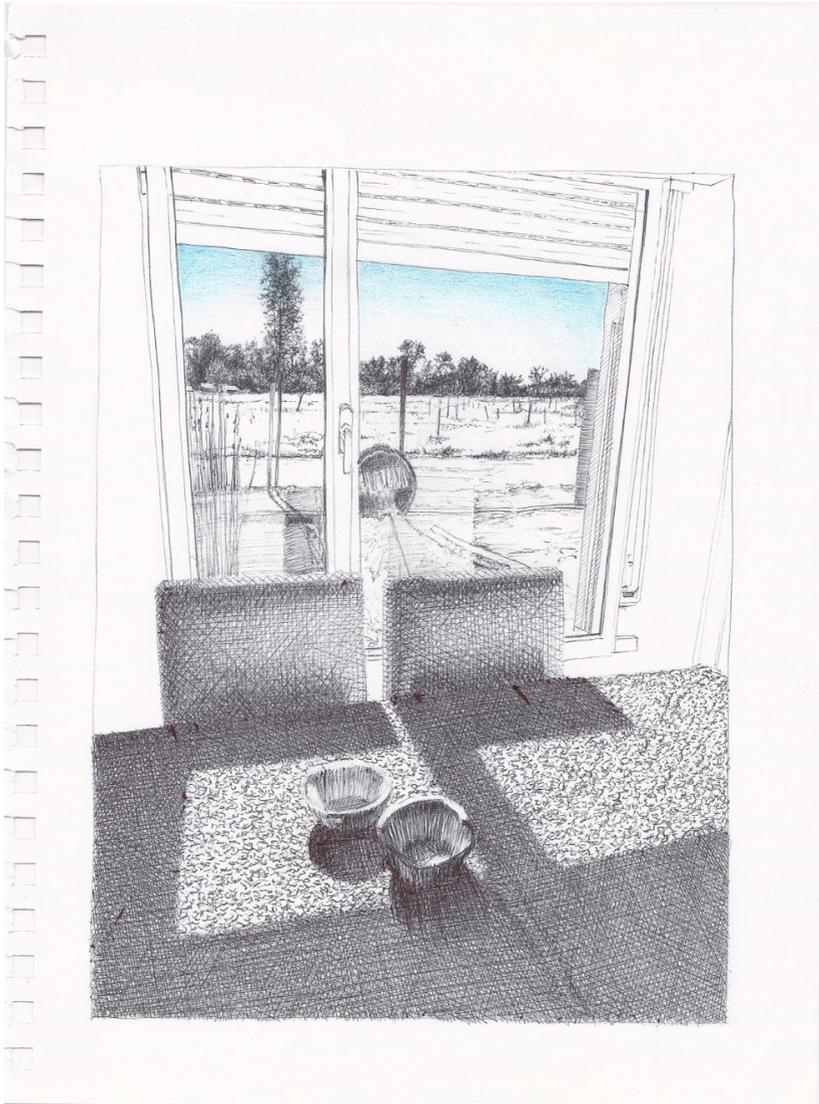
En esta cita, Miller destaca el valor de la presencia en carne y hueso, ubicando a su vez que la presencia del cuerpo del analista hace surgir la no-relación sexual. Sirviéndonos de la cita y de estos ejemplos clínicos, principalmente el del Hombre de las Ratas (y el síntoma cernido a partir de un gesto mío, en la primera viñeta que relaté), quizás tengamos

aquí ejemplos que darían cuenta de este tropiezo con el que tenemos y tendremos que lidiar en la clínica virtual.

Bibliografía

- Freud, S. (1996). “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (pp. 1-108). En *Obras Completas, Tomo: VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1998). “A propósito de un caso de neurosis obsesiva” (pp. 119-195). En *Obras Completas, Tomo: X*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1992). *El Seminario, libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (2001). *El Seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (2014). *El Seminario, libro 19: ...o peor*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2000). “Y cuanto más se vuelva común la presencia virtual, más preciosa será la presencia real”. Entrevista consultada en la página de la NEL Guayaquil. Disponible en: <https://nelguayaquil.org/2020/04/13/entrevista-a-jacques-alain-miller-y-cuanto-mas-se-vuelva-comun-la-presencia-virtual-mas-preciosa-sera-la-presencia-real/>

CÁTEDRA LIBRE EN DIÁLOGO



Entrevista a Oscar Ventura

POR CHRISTIAN RIOS

Christian Rios: ¿Qué reflexiones le merecen las alteraciones o transformaciones en el lazo social, en la vida cotidiana, y en el goce que esas dimensiones implican, a partir de la irrupción de la pandemia?

Oscar Ventura: Creo que hay tomar a la pandemia en dos dimensiones, por un lado, la existencia real del virus, la enfermedad que desencadena y las consecuencias que esto tiene en el plano de la salud de las poblaciones. Y en esta dimensión es importante no perder de vista el discurso de la ciencia y el alcance al que pueda llegar para resolver el problema estrictamente clínico del virus, arribar a una terapéutica posible, sea tanto a través de una vacuna, como de una terapéutica farmacológica que puede neutralizar las consecuencias más insidiosas de la enfermedad. Por otro lado, me parece crucial escribir a la pandemia como un hecho de discurso. Pandemia o Crisis Sanitaria, son significantes Amos que orientan el discurso, y que permiten localizar el relato que se va construyendo como respuesta a los efectos de los confinamientos y a las nuevas reglas que escriben la rectificación del lazo social. Esta inercia

del discurso parece confirmar la trayectoria hacia una digitalización universal, que por sus efectos de fijación de goce y de control, en absoluto aseguran que no se perpetúen más allá de la aún incierta resolución de la pandemia. Se puede apreciar esto a partir de las distintas posiciones según las cuales el sujeto de la época se ajusta al imperio del gregarismo; que desplaza la cotidianidad al soporte de las pantallas en detrimento de la puesta en juego de las contingencias, irremplazables, que siempre depara el encuentro de los cuerpos.

En esta dirección, basta apreciar como botón de muestra la implementación generalizada del teletrabajo, la mejora de la llamada robótica asistencial, incluidas también las vicisitudes, siempre imposibles de calcular de los encuentros sexuales; estas inercias empiezan a dejar fuera de juego el vis a vis real, produciendo una extraña alteridad en donde la palabra y los cuerpos están desalojados de la calidad del afecto que transmiten, de ese tono vital que singulariza siempre la existencia de un cuerpo y de la palabra que en él resuena, de su misterio al fin y al cabo. *El misterio del cuerpo hablante*, tal como Lacan lo nombró en los albores de su última enseñanza corre el riesgo de quedar reducido y obstaculizado por las nuevas y no tan nuevas barreras que va modulando el discurso.

CR: La irrupción de la pandemia forzó a los analistas a la utilización de distintas plataformas, aplicaciones para continuar con los análisis. Luego de atravesar, al menos por un tiempo, esta experiencia, ¿considera que el uso de la técnica puede incidir en la práctica analítica?

OV: Creo que hay una parte amable del uso de los objetos técnicos. La coyuntura, efectivamente ha desencadenado que algunas experiencias de análisis se sigan desarrollando virtualmente. Y esta es una cuestión que ya estaba presente antes del desencadenamiento de la pandemia. Por supuesto que el uso de la técnica puede incidir en la práctica analítica. Deberíamos orientarnos más bien por los efectos que podemos extraer

durante este tiempo tanto a nivel de los analizantes como al nivel de los analistas. Y en este sentido no tenemos otra posibilidad que la del uno por uno. Creo que es pronto para poder decir cosas consistentes, es necesario construir una casuística de este tiempo. Seguramente la tendremos porque hay un debate sobre la incidencia de la técnica que requiere precisiones clínicas.

En lo que se refiere a mi experiencia durante este tiempo lo que he podido verificar es que de alguna manera se produce un forzamiento cuando se desplaza el dispositivo a la virtualidad. Hay una extrañeza a la cual hay que ajustarse hasta cierto punto, creo que es mejor orientarnos por la transitoriedad de la experiencia *online*, circunstancialmente y bajo estas condiciones de extensión de la pandemia el recurso técnico va sirviendo para sostener algunas transferencias que requieren, tanto sea por el lado de la urgencia, por el lado de las desestabilizaciones desencadenadas por el confinamiento, para ayudar a tramitar un real que intempestivamente golpea al conjunto del lazo social. He podido verificar cómo en algunos casos la presencia virtual ha podido atemperar la intensidad de la angustia ha podido también construir un marco para producir una representación posible en las urgencias subjetivas. También una cierta incidencia sobre los síntomas que el confinamiento pueda haber intensificado. Por otra parte, por lo menos para mí, se me fue imponiendo un agotamiento respecto a las pantallas e inclusive al teléfono. Una saturación que se refleja en un cierto cansancio. He podido verificar cuando he retomado la práctica presencial un cambio más que notable en lo que concierne a las dinámicas de las transferencias. En el retorno a las sesiones presenciales se puede verificar el modo singular del afecto que transmiten los cuerpos, eso que se escribe en un territorio que no puede ser aprehendido por el significante. Hay un tono vital en los cuerpos, que efectivamente, queda velado por el objeto técnico. Y es allí, en este territorio donde el acto analítico puede realmente producir los efectos que convienen. Y en este sentido, por lo menos en

mi experiencia, no sé si más adelante podré decir algo más al respecto que, si bien la práctica *online* produce efectos terapéuticos, de un cierto ordenamiento tal vez de la subjetividad, de la distribución libidinal del sujeto. No obstante, me es mucho más complejo poder captar efectos analíticos propiamente dichos, efectos que puedan sobrevenir por el eco que el significante hace resonar en un cuerpo. No obstante, mantengo cierta prudencia al respecto. Y estoy muy atento a las formas en que los colegas van tramitando y dando cuenta de esta experiencia.

CR: En el último tiempo, se ha puesto en discusión las diferencias que podían encontrarse en la práctica analítica “virtual” y “presencial”. ¿Qué opinión le merece este punto? ¿Existen diferencias? ¿Qué sucede con el cuerpo en la virtualidad? ¿Resulta imprescindible el encuentro de los cuerpos en la sesión analítica?

OV: La pandemia ha introducido un debate que se ha extendido en el campo amplio de la práctica analítica, hay que decir también que estaba latente antes de la pandemia, un debate sobre la función y la intrusión ya masiva del objeto técnico en la experiencia analítica. Creo que este es un debate que no se puede obviar, está presente en el conjunto de las reflexiones de nuestros colegas.

Y creo también que es necesario orientar este debate, es crucial no inscribirlo sobre la lógica del binomio, porque si no corremos el riesgo de encerrarnos en posiciones maximalistas, bajo argumentos que corren el riesgo de replegarse sobre sí mismos, ofreciendo certezas sobre lo que es o lo que no es la experiencia de un análisis, y eso nos puede conducir a un callejón sin salida.

Creo que es mucho más interesante y más conveniente desplazar este debate hacia a una lógica del borde, hacía una lógica del litoral, para pensar juntos las mutaciones que el discurso va produciendo. Y tratar de inscribir allí los modos que convienen para que la experiencia analítica

no se diluya en la furia de la virtualidad. La pulsión y sus destinos en la transferencia es solidaria sin duda de la presencia de los cuerpos. Pero por otra parte tampoco podemos negar la profunda rectificación que se está produciendo en el lazo social a partir de la irrupción de la pandemia y de la cual no nos es posible calcular sus efectos. Y aquí reside pienso nuestra capacidad de inventar. Invención es un significante que a veces tenemos para todo uso, parecería una especie de magia, cuando decimos inventar y las cosas tomarían por sí mismas otro rumbo. Pero ahora más que nunca es necesario materializar este significante para darle un alcance real, es todo un desafío escribir las modalidades de lo que es una invención y transmitirla, para que eso tenga algún efecto entre nosotros y más allá de nosotros. Y en eso estamos, no conviene, efectivamente escribir las invenciones en el campo del ideal, no podemos permitirnos ese desplazamiento, es necesario producir una disyunción entre invención e ideal para darle un alcance posible a ese pequeño detalle de cada uno y que puede ofrecernos al fin y al cabo la posibilidad de algo nuevo. Sin duda habrá que poner sobre la mesa también la inercia de esta práctica, como serán las cosas cuando llegue el momento de punto de capitón de la pandemia. Hay que estar atento a lo que la modalidad virtual promueve de gregarismo. Los psicoanalistas, la misma historia del Psicoanálisis lo confirma, siempre estamos dispuestos a movernos, a encontrarnos, a viajar, al fin y al cabo, sabemos que hay cosas que son irremplazables y que solo ocurren cuando los cuerpos están presentes. Es importante tener en cuenta que hoy por hoy se ha desencadenado una voracidad desde la virtualidad, empezamos a estar aspirados por las pantallas. Se trata de que esa boca que se ha abierto no provoque una bulimia que empuje a una pasividad y a un acomodamiento que sería realmente inquietante para el devenir del Psicoanálisis en el mundo.

Entrevista a José Lachevsky

POR CAMILO CAZALLA

Camilo Cazalla: ¿Qué nos podrías contar sobre cómo ha reaccionado el psicoanalista de la orientación lacaniana en estos tiempos de pandemia cuando los cuerpos se han visto obligados al distanciamiento?

José Lachevsky: En un primer momento, cuando vimos abruptamente cortadas por el aislamiento social nuestras actividades, la primera reacción fue de perplejidad. Como a todos los ciudadanos nos invadió una incertidumbre sobre lo que estaba pasando y sobre lo que iba a pasar. Nuestros consultorios cerrados pusieron a nuestros pacientes a una distancia inconmensurable y dejaron los tratamientos en curso en suspenso. De a poco, hablando con colegas, fueron surgiendo alternativas de continuidad por vía telefónica, o videollamada que ofrecimos a aquellos que estuvieron dispuestos a continuar sus análisis por esa vía. Fue una apuesta que realizamos tanto los analizantes como nosotros mismos y tal vez, aunque ya llevemos casi dos meses de prueba, todavía no sea momento de evaluar sus resultados y haya que esperar hasta el retorno presencial para tener una idea más cabal de lo que está sucediendo a

nivel clínico. Sin dudas, que algo funciona a partir de la discontinuidad, pero no veo otra forma de considerar si fue eficaz que esperar el momento del reencuentro real en los consultorios. Hasta ahora comenté algunas cuestiones acerca de un psicoanalista en general frente a esta coyuntura, pero la pregunta apunta al psicoanalista de la orientación lacaniana y ahí corresponde hacer algunas precisiones. Nuestra actividad se desarrolla obviamente en nuestros consultorios, pero también en torno a la Escuela de la Orientación Lacaniana y a sus institutos de transmisión del psicoanálisis a estudiantes. Simplificando, la Escuela se aboca a responder a la pregunta de qué es un psicoanalista y para ello se propone un funcionamiento que empuja las fronteras del saber de nuestra práctica a partir de distintos dispositivos de trabajo en común. Su conducción ha sido muy prudente y ha establecido claramente una política de discontinuidad, es decir, se cancelaron las agendas previas de trabajo para este año y se están elaborando actividades puntuales que tienen como objetivo la comprensión de los avatares actuales de nuestro trabajo como analistas. Paso a paso. En cambio, las actividades que llamé de institutos se han readaptado rápidamente al calor de las clases virtuales y han continuado casi sin interrupciones. Esto, a mi entender, ha producido una tensión fecunda a nivel de los discursos que comandan ambos espacios. Por un lado, el discurso analítico que comanda el funcionamiento de la Escuela ha encontrado tal vez las mismas limitaciones que tenemos en la continuidad de los análisis por medios virtuales. Me pregunto hasta qué punto es necesaria la presencia de los cuerpos para que la Escuela pueda seguir funcionando. Por otro lado, el discurso universitario, que comanda el funcionamiento de los institutos, ha demostrado una vez más la potencia que tiene en nuestra época ya que a todos los niveles la enseñanza no se ha detenido. Es más, llama la atención la proliferación de cursos online en este tiempo. Dejo planteada la cuestión: ¿por qué el discurso universitario se ha visto tan poco afectado frente al impasse de todos los demás?

CC: Si bien el psicoanálisis se ha interesado en pensar la función del objeto gadget y el imperio de las imágenes en nuestra época, ¿qué puede decir sobre el uso de los distintos dispositivos y del espacio virtual en tiempos de pandemia?

JL: En “La Tercera”, una conferencia que dio Lacan en los 70, él se muestra algo descreído por el uso de los gadgets y sugiere que en un momento conducen al aburrimiento. El uso de dispositivos fue y sigue siendo maravilloso para mantener ciertos lazos desde el inicio del aislamiento porque nos permitieron tener algún tipo de comunicación con seres queridos que no podíamos ver presencialmente. Pero veo al cabo de estos dos meses un cierto agotamiento. Queremos verlos y tocarlos, aunque sea con el codo. La infinidad de grupos de Whatsapp que se crearon y que al principio eran el vehículo para contarnos desde qué comíamos hasta como limpiábamos nuestras casas se ha ido pausando. De la cotidianeidad que tenían al principio hasta algún que otro esporádico mensaje en la actualidad. Incluso la ansiedad por reenviar los memes sobre la situación que vivimos ha disminuido. Algo parecido ha sucedido con el consumo de series, películas, visitas virtuales a museos, pinacotecas, etc. Al principio, parecía que íbamos a poder ver todo, leer todo lo que no habíamos leído, visitar todo el mundo que nos estaba vedado desde nuestros dispositivos, pero veo que ese impulso inicial, también marcado por un deber hacer está decayendo. Aclaro que esta es una percepción personal, que he podido verificar con pacientes y amigos, pero que va de la mano de una intensificación de mi trabajo que es un dato a tener en cuenta.

CC: Sabiendo que desde la orientación lacaniana no hay trauma generalizado, ¿cómo pensar el punto de inflexión que la pandemia impone al lazo social?

JL: Es difícil contestar de manera conclusiva cuando estamos en medio del fenómeno de la pandemia. Más aún cuando los especialistas hablan de que esto recién empieza y se desconocen aún los mecanismos de este virus y sobre todo no tenemos un tratamiento ni una vacuna. Entonces, un primer punto de inflexión se podría ubicar en la declaración de la pandemia, cuando los contagios dejaron de ser un fenómeno remoto en Wuhan o incluso en Europa. Podríamos acordar más precisamente que el 20 marzo, cuando nuestro gobierno ordenó el aislamiento social obligatorio, fue un punto de quiebre en los lazos que veníamos sosteniendo hasta ese momento. Tal vez se pueda medir el impacto de esto en los modos de lazo social propuestos por Lacan en sus cuatro discursos. Algo anticipé en la primera pregunta sobre lo que sucede con el discurso analítico y con el discurso universitario. El primero está muy problematizado a partir del aislamiento y la imposibilidad de continuar con nuestra práctica de la manera habitual. Estamos en medio de los debates sobre la pertinencia de atender por medios virtuales y de lo que no quedan dudas es que no es lo mismo. En cuanto al discurso universitario, ha logrado permanecer a pesar de todo apelando a la virtualidad. Continúan las clases, las evaluaciones y no se observa una inflexión en este lazo salvo por el cambio de formato, de presencial a virtual. Del discurso de la histeria sólo diré que se ve afectado por los avatares del amo de nuestro tiempo que detallaré a continuación. Un discurso sobre el que sí puedo decir que sufre el impacto de la contingencia es el del Amo. Es notorio que la respuesta a esta crisis sanitaria mundial no está siendo enfrentada por ningún líder o institución global que logre unificar una respuesta. Ni la ONU, ni la Organización Mundial de la Salud, ni la OEA a nivel regional, pudieron imponer criterios de lucha común contra la pandemia. Lo mismo a nivel de liderazgos de las grandes potencias. No hay ningún país que funcione como imperio y que logre imponer su posición al resto del mundo. Todas las acciones se están llevando a cabo de manera fragmentada, país por país, e incluso en muchos lugares

estado por estado o provincia por provincia. Claramente no hay un Amo que comande la situación porque además sus acciones en la mayoría de los casos son guiadas por criterios de prueba y error. Las decisiones que se toman son tentativas, sujetas a revisión, sin garantías. Nadie ha conseguido una autoridad indiscutible a partir de sus decisiones ya que lo que se decide a la mañana es cotejado cada noche con la nueva lista de contagiados y muertos. De modo que ninguno que asuma una posición de Amo frente a la Pandemia adquiere algún tipo de estabilidad.

Entrevista a Cecilia Fasano

POR VALERIA MARTÍNEZ

Valeria Martínez: Considerando la situación actual de pandemia por coronavirus, ¿qué interpretación puede hacer acerca del malestar que provoca esta coyuntura actual en los sujetos? Y teniendo en cuenta su lugar en la dirección del Hospital “Dr. Ricardo Rossi” de nuestra ciudad, ¿qué podría decirnos acerca de las repuestas que se han dado desde el sistema de salud al malestar subjetivo?

Cecilia Fasano: Francamente no sé si puedo hacer una interpretación veraz del malestar que provoca esta coyuntura en los sujetos, y no es un gesto de humildad. Las características propias de esta pandemia -mundial, inédita y su tiempo presente- contribuyen a esta dificultad, por lo tanto, en mi opinión es preciso darnos un tiempo de espera para aventurar una lectura del acontecimiento-pandemia y analizar sus efectos. Por otro lado, la reflexión que proponen exige prudencia porque se corre el riesgo de caer en pobres interpretaciones (dado que no son campos de nuestra experiencia) de corte sociológico, ambientalista, incluso psicológico. Podría decir que cada sujeto es afectado por esta

pandemia de modo singular y que cada respuesta subjetiva dependerá de los recursos que cada cual disponga, pero no estoy diciendo nada nuevo. Podría relatar el ejemplo de alguien que es reticente a las indicaciones vertidas en los protocolos para evitar el contagio y opta por creer que nada malo le sucederá, una optimista empedernida, o alguien cuyo temor es tan intenso que se encuentra maníacamente limpiando sobre lo limpio y su piel está agrietada por tanto lavado, o aquel cuyo delirio conspirativo encuentra en el virus un campo fértil para florecer, pero tampoco estoy diciendo nada nuevo, podría arriesgar clasificaciones diagnósticas de esos casos pero no sería ninguna contribución al interrogante planteado. En estos tiempos, más que en otros, y aunque sea una verdad de Perogrullo, creo que los analistas no podemos olvidar que somos trabajadores de lo singular y que tenemos por oficio el gusto por el detalle.

El 11 de marzo de 2020 la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró que COVID-19 comenzaba a ser considerada una enfermedad pandémica, desde ese momento el mundo está gobernado por un doble imperativo: “Lavate las manos” y “Quedate en casa”, afectando los cuerpos de modo taxativo. Modificamos nuestras vidas -literalmente- con estas dos máximas, es decir modificamos nuestras vidas fundamentalmente por acción del lenguaje, no por un virus. Mientras no contraigamos la enfermedad, el virus es -en términos aristotélicos- *potencia*, quedarnos en casa y lavarnos regularmente las manos, es un *acto* que no debe posponerse. Desde entonces millones de prisioneros domiciliarios, con sus manos muy limpias constituyen una nueva modalidad de habitar el planeta. Modalidad que transcurre en su doble dimensión temporo-espacial, es preciso respetar “*cierto tiempo*” y dar “*algunos pasos*” para que el distanciamiento corporal sea efectivo, haciendo referencia a lo que Lacan afirma en “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada”. A diferencia de los prisioneros del apólogo de Lacan, tal como señala Marie-Helene Brousse en su artículo “Los

tiempos del virus”, piensan que se puede salir. El virus invierte esto. Él es quien va a todas partes y si nosotros queremos vivir y que otros vivan, conviene precisamente no salir.

Inmersa en una lectura dispersa, interrumpida, anárquica y dentro de una cuarentena que en rigor no es tal para mí, por la actividad que ejerzo en un hospital público de nuestra ciudad, se me ocurrió pensar que esta pandemia era una suerte de *remake* de “La cueva de las manos”. El mismísimo planeta resultó ser una gran cueva conteniendo millones de manos que enajenadamente se desinfectan sin parar. He aquí el fundamento de tal ocurrencia. “La cueva de las manos”, declarada patrimonio de la humanidad, se encuentra en el profundo cañón del río Pinturas de la Patagonia argentina. Alguna vez había leído que la paleta de colores de esas pinturas rupestres, que va del rojo intenso pasando por el ocre amarillo al negro y blanco, era logrado por el uso de frutos, plantas y rocas molidas. La técnica utilizada por los antiguos consistía en el soplado de esas sustancias cromáticas, a modo de aerosol, a través de los huecos medulares de pequeños huesos de animales. La curiosidad que me llevó a establecer esta loca asociación fue la lectura de *La rama dorada* (1890) de James Frazer, donde afirmaba que la ley del contacto o magia contagiosa se fundaba en la asociación de ideas por contigüidad, lo que determinaba que los objetos que estuvieron en contacto interactúan recíprocamente a distancia, aún después de haber sido cortado todo contacto físico. En consecuencia, había ocasiones muy precisas donde era necesario evitar cualquier contacto. Si bien una diferencia salta a la vista -ya que para Frazer en algunas circunstancias el contagio era producto de la contigüidad de ideas, en nuestro caso será la contigüidad de un real-virus la que amedrenta al planeta, no obstante, vale la analogía.

Más adelante el antropólogo relata diferentes prácticas para evitar el contagio, por ejemplo, ante la sangre derramada por una lastimadura, dice que no es fácil encontrar un noble que no observe estrictamente

esta costumbre, evidentemente hoy como antaño disponer de los medios que permitan cumplir las normas preventivas se traduce en la mayor o menor capacidad de contagio. En este sentido, Alberto Kornblihtt, biólogo argentino y miembro del directorio del Conicet recuerda que las cosas más efectivas que tenemos para la situación actual son el jabón, inventado por los romanos antes de nuestra era; la máquina de coser que permite hacer tapabocas, inventada en el siglo XVIII; y las técnicas de aislamiento, que los europeos ya conocían desde el siglo V. Dice, además, que como vivimos en un mundo antidemocrático, el virus ataca más a los pobres.

Continuando con Frazer, en su libro *La rama dorada* (1890), a propósito de una tribu en Nueva Zelanda afirmaba, “se difundía por contagio sobre todas las cosas que tocaban y podían fulminar de muerte a todo el que atolondrada o inadvertidamente se entrometiera con ello”. Cualquier parecido con nuestra realidad...

En la actualidad, una postal cotidiana cercana a una versión surrealista, exhibe a personas cubiertas con sus tapabocas, a un estricto metro de distancia entre sí, desinfectan sus ropas, sus calzados y todos los elementos que estuvieron en contacto con alguna superficie, lavan sus manos durante rigurosos cuarenta segundos. En síntesis, cabe mencionar que numerosas costumbres descriptas por el escocés referidas a la magia del contagio muestran escasas diferencias entre aquellas y las nuestras. Frazer además consideró que los principios de la magia contagiosa “correctamente aplicados, producen la ciencia; incorrectamente aplicados, producen la magia, hermana bastarda de la ciencia”. Tema sobre el que Jacques Lacan profundizó en su formidable artículo “La ciencia y la verdad” (1966) cuya vigencia es notable. Referencia ineludible para analizar las relaciones entre ciencia, magia y religión. Allí enseña que el psicoanalista no dirige sus pasos por el camino de la ciencia, ni la magia, ni la religión, por el contrario, su vector se inscribirá en el campo del goce, es decir aquel goce que retorna al ser excluido de los otros campos.

Respecto a la segunda parte de la pregunta, considero prudente explicitar a qué nos referimos cuando hablamos de sistema de salud. En primer lugar, hay que decir que se trata de un modelo de organización social creado para dar respuesta a los problemas de salud de una población. Como todo sistema es consecuencia de la articulación de diferentes componentes, en nuestro caso, el componente técnico: comprende todas las especialidades que se ocupan de la salud del ser humano; el económico: dedicado a optimizar los recursos para la atención de la enfermedad y la promoción de la salud; el burocrático: incluye la exhaustiva y necesaria actividad administrativa; y el político: abarca al conjunto de medidas encaminadas a maximizar la salud y reducir las desigualdades. A su vez existen diferencias según se trate de un sistema de salud público o privado. Esta breve descripción permite advertir la heterogeneidad de los componentes que integran un sistema sanitario, por lo tanto, es prudente no forzar ni extraer conclusiones apresuradas.

Dicho esto, y dado que formo parte de la dirección de un hospital público -Hospital Interzonal General de Agudos “Dr. R. Rossi” de La Plata- puedo contarles algunas de las respuestas originadas, a partir de la pandemia COVID-19, en este hospital. Fue indispensable establecer nuevos dispositivos, se creó un Comité de crisis, integrado por referentes de distintas especialidades (infectología, virología, salud mental, neumología, farmacia, enfermería, terapia intensiva) abocado a la producción de diferentes protocolos de acción; el servicio de Docencia e Investigación organizó capacitaciones para todo el personal de salud; fueron suspendidas tanto las cirugías programadas como la demanda espontánea y solo se atienden urgencias; se modificó la circulación intrahospitalaria y se redujo la presencia del personal de salud manteniendo guardias mínimas con readecuación de tareas en domicilio, lo cual transformó el escenario del hospital de manera radical. Como es sabido el mundo entero demanda los mismos insumos (barbijos, camisolines, antiparras, etc.) situación que obligó a reorganizar el circuito de adquisición y distribución de

los mismos. Ahora bien, todas estas respuestas, consecuencia directa de esta coyuntura pandémica, inciden directa e indirectamente en el malestar subjetivo de la población del hospital. El modo de incidencia es tan variado como los agentes de salud que lo integran. En términos generales podría decir que hay personas que se adaptan más fácilmente que otras a los cambios, otras se angustian, otras se irritan, otras se paralizan, pero un denominador es común, a nadie le es indiferente. Se viven situaciones de extrema tensión que dejan al descubierto miserias y virtudes (in)humanas de modo descarnado.

VM: Respecto a la práctica del psicoanálisis en el ámbito hospitalario ¿cuáles han sido los recursos implementados ante la emergencia surgida por la pandemia? ¿Qué tratamiento posible para el malestar que la presencia del virus ha ocasionado en la vida de la civilización?

CF: Particularmente el Servicio de Salud mental conjuntamente con el Área Programática del hospital al que me he referido, implementó un seguimiento telefónico individual de aquellos pacientes considerados casos confirmados y casos sospechosos de COVID-19, y eventualmente a familiares de tales casos. Se creó un consultorio destinado a la atención del personal de salud del hospital a fin de atender las demandas que pudieran surgir producto de la pandemia. Inicialmente angustia, temor y enojo han sido las manifestaciones predominantes. Se pusieron en funcionamiento talleres que reúnen a grupos pequeños de trabajadores de salud para pensar cómo transitar esta pandemia. En todos estos dispositivos -recursos surgidos de la emergencia sanitaria- lo que se privilegia desde una perspectiva analítica es dar un lugar a la palabra, si el psicoanálisis circula es porque hay analistas que ejercen su práctica en hospitales. La oferta de esos talleres tiene por objetivo principal alojar el malestar, si fuera posible localizar la causa de la angustia y captar -con las limitaciones propias del contexto- la función de los síntomas, en

tal caso favorecer su desarticulación o tal vez sea más preciso decir su desplazamiento, si acordamos en pensar que el goce no desaparece. El fundamento de esta apuesta radica en suponer que vincular la angustia a la palabra puede llevar algún alivio al sufrimiento.

Al mismo tiempo, apelar a la continuidad de los tratamientos psicológicos y psiquiátricos mediante el uso de dispositivos virtuales, ha sido otra de las innovaciones introducidas en la práctica hospitalaria.

Ante tanto desconocimiento algo resulta claro, la Pandemia del COVID-19 expone a cielo abierto tanto variaciones subjetivas como lo invariable del inconsciente. La sigla COVID, situada hoy en el podio de la escena mundial, es alimentada con sentidos variopintos cada día. Algo similar ocurrió con otro virus, VIH declarado pandemia en 1981.

VM: En la introducción de *El reverso de la biopolítica* Éric Laurent dice: "... hacemos énfasis en la urgencia de redefinir las relaciones que existen entre el "sujeto" y el "cuerpo", atrapados ambos en discursos invasivos sobre la necesidad de "escuchar" el propio cuerpo. Somos bombardeados por lecciones de sabiduría "bio", las únicas que supuestamente podrían salvarnos de las desgracias de nuestro tiempo y guiarnos hacia un Edén armónico" (2016: 13). ¿Qué impacto cree que tiene en los sujetos la disposición del aislamiento social preventivo que obliga al aislamiento de los cuerpos en el encierro?

CF: Acuerdo en pensar que se avecinan tiempos donde será necesario redefinir las relaciones entre el sujeto y el cuerpo, puntualmente voy a mencionar dos aspectos (hay otros por supuesto) de esta relación. En primer lugar, encontramos una apelación compulsiva y masiva a las plataformas virtuales. Consecuencia inevitable del aislamiento, que obligó a suspender la cercanía entre los cuerpos, y en su lugar la hiperpresencia de una pantalla crea la ficción del encuentro. Al mismo tiempo, la abrumadora información acerca del coronavirus desplegó sus

efectos no deseables. Cito lo dicho en una nota titulada “El coronavirus empuja a la ciencia a compartir” publicada en el *Diario El país* de Madrid el 4 de febrero de este año: “En un acuerdo sin precedentes, más de 70 organizaciones (incluyendo grandes editoriales como *Nature*, *Cell* o *The Lancet* e instituciones como la Academia de Ciencias Médicas británica o los Institutos Nacionales de Salud de EE UU) se han comprometido a hacer públicos todos sus trabajos, sin esperar a que sean revisados para su publicación formal. Así, no solo están compartiendo todos los descubrimientos sobre el coronavirus con la OMS, sino que también están disponibles para quien quiera leerlos desde cualquier parte del mundo.” De modo que sería pertinente que los divulgadores del enigmático COVID-19 tuvieran presente al momento de lanzar sus campañas informativas, que la cautela debiera ser un requisito inexcusable, posiblemente la mejor aliada en tiempos de pandemia. Basta encender el televisor/radio en cualquier momento del día para encontrar estadísticas epidemiológicas de dudosa procedencia, nuevos avances de la vacuna contra el virus desconociendo la veracidad y garantía de los mismos, interpretaciones libre pensantes de los protocolos sanitarios, y todo ello en pos de “informar a la gente”.

En segundo lugar, se revela una extraordinaria condición que afecta directamente el encuentro de los cuerpos, se trata de los fallecimientos por coronavirus, muertes que ocurren no sólo en absoluta soledad, sino que además a sus deudos les está vedado despedirse de los seres queridos. Desconocemos el alcance real de esta norma, las derivas de impedir el abrazo final y las secuelas de separar a los cuerpos en el último momento de una vida, sí sabemos que los rituales funerarios otorgan cierta dimensión simbólica a la imposibilidad de representación de la muerte, por lo tanto, privarlos de esta posibilidad no será sin consecuencias. A propósito de esta particularidad, el servicio de Cuidados Paliativos del Hospital Rossi ha implementado un protocolo absolutamente innovador para que los pacientes terminales con coronavirus puedan ser acom-

pañados por sus familiares. Protocolo que causó mucho revuelo en los medios, entre otras razones, porque pone en evidencia la necesidad de discutir medidas que llevan implícitos alcances filosóficos profundos. Giorgio Agamben ha sido una de las voces más controvertidas sobre este tema, “Intrépido, desafiante pero equivocado” -dirá Horacio González-, sin embargo, más interesante que aquellos filósofos que divulgan sus predicciones apocalípticas fundamentadas en galimatías de la época. La agudeza de González no se hace esperar y responde en un artículo que recomiendo especialmente publicado el 23 de abril de 2020 en el diario *Página/12*, con el mito de Antígona.

Respecto a su pregunta sobre el impacto del aislamiento, confieso que inicialmente me sorprendió advertir la escasa o nula capacidad de asombro y el modo en que rápidamente el estado de confinamiento adquirió una naturalidad sorprendente, y concomitantemente con ello una mayoritaria docilidad y obediencia a esa normativa obligatoria. Probablemente esto se deba al hecho de contar con informantes mediáticos del otro lado del océano encargados de *spoilear* la película que ellos viven anticipadamente.

Algunas de las consecuencias del aislamiento -imposibilidad del encuentro de abuelos con nietos, reuniones entre amigos, niños y su contexto escolar... la lista es extensa- dejan su estela, cuyo testimonio ya comenzaron a recoger los servicios de salud mental.

Para finalizar, los sudamericanos fieles a nuestra raíz latina, algo excesivos y pomposos utilizamos cuatro palabras para nombrar el mismo hecho social, mientras los minimalistas europeos solo apelaron a una. “Aislamiento social preventivo y obligatorio” fue el sintagma que ordenó los cuerpos de este lado del océano. “Confinamiento” el nombre elegido por los europeos para este nuevo modo de habitar el mundo, ante lo cual se impuso una constante, la supuesta libertad de los seres humanos se veía cercenada por un tiempo escandido entre momentos de “mitigación” (reducción de contagios) y momentos de “supresión”

(reversión de la expansión de la epidemia), tomando los términos a los que hace referencia Éric Laurent en su artículo “Coronavirus: El Otro que no existe y sus comités científicos”, publicado en el blog de Zadig España. Extensos debates sobre la legitimidad o no de las libertades coartadas, proponen una falsa dicotomía, el encierro abraza la seguridad o la libertad se presenta como un pasaporte a la muerte. Mientras algunas pasiones, que Spinoza llamo tristes, como la nostalgia, el miedo o la ira se replican en todo el planeta al ritmo de la expansión del virus.

Bibliografía

- Diario El País* (4 de febrero de 2020). Nota periodística “El coronavirus empuja a la ciencia a compartir”. Disponible en https://elpais.com/elpais/2020/02/04/ciencia/1580810690_989918.html
- Laurent, É. (2016). *El reverso de la biopolítica*. Buenos Aires: Grama.

Entrevista a Fabián Naparstek

POR CHRISTIAN RÍOS

Christian Ríos: ¿Cuál considera que ha sido la respuesta de los analistas a la irrupción de la pandemia? ¿Qué puede decir el psicoanálisis sobre el malestar actual?

Fabián Naparstek: Bueno, en primer lugar, decir que los analistas han sido sorprendidos por esta pandemia como todo el mundo. Aquello que se podía esperar de un futuro, de lo planificado hacia adelante, a partir de medidas concretas de los diferentes países -en nuestro caso la cuarentena- produjo claramente un corte.

En cuanto a la práctica analítica, por lo que tengo entendido y ante la medida de la cuarentena, algunos analistas dejaron directamente de atender. Todo el mundo que yo sepa dejó de atender presencialmente, acatando la medida de la cuarentena y en general con una aceptación de que era y es necesaria, y al poco tiempo muchos pacientes empezaron a pedir hablar con otras herramientas como el teléfono, Skype, Zoom, videollamadas, etc., y también los mismos analistas también empezaron a ofrecer esa posibilidad. Entiendo que hoy en día, muchos analistas están

trabajando, no diría que con todos los pacientes que tenían antes de la irrupción de la pandemia, pero en general se está trabajando mucho de dicha forma.

¿Qué puede decir el psicoanálisis sobre la pandemia? En principio, lo he comentado en otro momento, la importancia del cuerpo. El cuerpo tiene un real que es imposible de soslayar y que la ciencia tiene también su imposible y -más allá de que el día de mañana se encuentre una vacuna- es evidente que el cuerpo es un límite a la ciencia, y más allá de que quizás los últimos años hemos creído que la ciencia podría hacer cualquier cosa con el cuerpo, por ejemplo rejuvenecerlo, sin embargo, por más que se lo rejuvenezca, por más que llevemos, entre comillas, “una vida sana”, hay un real ahí que es ineludible. Me parece que es la primera cuestión que vale la pena tener presente.

CR: La irrupción de la pandemia forzó a los analistas a la utilización de distintas plataformas, aplicaciones para continuar con los análisis. Luego de atravesar, al menos un tiempo, esta experiencia, ¿considera que el uso de la técnica puede incidir en la práctica analítica?

FN: Respecto de la pregunta sobre el análisis o psicoanálisis online, por supuesto no hubo otra alternativa y me parece muy bien haber tomado las herramientas que tenemos a disposición para avanzar en los casos que así lo ameritaba. Herramientas que muchos de los analistas de una u otra manera solíamos utilizar por diversas circunstancias -pacientes que no están en la misma ciudad que el analista y que suelen viajar a ver al analista, pero entre viaje y viaje precisan alguna sesión o situaciones diversas que hacen que uno ya haya utilizado estas herramientas para continuar con el análisis-. Sin embargo, no me cabe duda de que el psicoanálisis se hace en presencia, y que en este momento, lo he dicho también en otros espacios, el psicoanálisis -como muchas otras actividades- se encuentra cercenado porque se hace necesario realizar la

práctica analítica en presencia. Pero, esta limitación -por una situación totalmente extraordinaria- no es ni la primera ni será la última vez que va a suceder. Es decir, que continuaremos por estas vías, hasta que se pueda restablecer la posibilidad de llevar adelante tratamientos en presencia. Por otra parte, uno de los problemas que vislumbro hacia adelante es la creencia de que uno no tiene que moverse, ni el analista, ni el analizante, o que el analista no tiene que alquilar un consultorio, pagar los gastos del consultorio y puede atender desde su casa, y que el analizante podría hacer sus sesiones sin moverse del lugar donde estaría, y creer que ello facilitaría las cosas... A mi gusto, sería un error muy fuerte para el psicoanálisis, especialmente para el psicoanálisis de orientación lacaniana, deslizarnos hacia ese lugar. El punto no es tanto si psicoanálisis virtual o psicoanálisis presencial, sino que hoy hay una prohibición -por las razones que ya sabemos y con las cuales acuerdo, por el momento en el que estamos, y por supuesto vale la pena respetar la cuarentena-, pero es una prohibición y eso limita al psicoanálisis.

CR: En el último tiempo, se ha puesto en discusión las diferencias que podían encontrarse en la práctica analítica “virtual” y “presencial”. ¿Qué opinión le merece este punto? ¿Existen diferencias? ¿Qué sucede con el cuerpo en la virtualidad? ¿Resulta imprescindible el encuentro de los cuerpos en la sesión analítica?

FN: Como les decía anteriormente, y tomando en cuenta la tercera pregunta, efectivamente creo que un psicoanálisis precisa del cuerpo a cuerpo. Es decir que, aun teniendo en cuenta todas las alternativas que un análisis puede tener -por ejemplo que ciertas circunstancias ameritan llevar adelante sesiones online o telefónicas-, considero que el precepto freudiano de no hacer un análisis que no sea en presencia -cuando Freud dice *in effigie in absentia*- todavía se mantiene intacto y es un punto crucial en un psicoanálisis llevado hasta sus límites, y

me atrevería a decir que en muchos casos vale la pena, aunque no sea un análisis llevado hasta su límite final, tener en cuenta este aspecto. Creo que habrá que evaluar cada caso, si el caso amerita que se pueda continuar un análisis online o telefónicamente o no. Después en cada caso se verán, por supuesto, los efectos analíticos -que los hay, no me cabe la menor duda- acontecidos durante el tiempo en qué suceden las sesiones virtuales, pero llegado un punto hace falta ese cuerpo a cuerpo. Quizás retomando la primera pregunta, a mi gusto -también lo he comentado en otro momento-, algo que ha tocado esta pandemia, es la dimensión del amor. Así como el VIH tocó de manera central las prácticas sexuales de la gente, en este caso considero que toca específicamente los lazos amorosos y desde el psicoanálisis sabemos que el lazo amoroso -la transferencia- es central ya que determina la posibilidad de un análisis.

Entrevista a Lolo Micucci

POR CAMILO CAZALLA

Camilo Cazalla: ¿Qué podés contarnos sobre la función que la música ha ocupado para vos en estos tiempos especiales de pandemia y confinamiento? ¿Hay lugar para el momento creativo o se instala más bien un detenimiento?

Lolo Micucci: La actividad musical es mi medio de vida desde hace muchos años, en diversos rubros y formas. Soy compositor, arreglador, productor musical y pianista, así que ante el nuevo y sorpresivo escenario “pandémico” pude reestructurar mi actividad y continuarla desde mi casa, mudando el estudio y aplicando más tecnología a la que habitualmente utilizo para suplir las restricciones. Esto es algo que ya se venía dando antes del COVID-19, muchos músicos nos mandamos nuestros trabajos vía internet y vamos completando, grabando, y participando cada uno desde su lugar, obviamente con una dirección general, pero técnicamente hablando no es una novedad la de trabajar desde nuestra casa (estudio).

Claro que en otras facetas experimente cambios, el equipo de trabajo -con el cual normalmente nos apoyamos en la actividad cotidiana- pasó a trabajar a distancia y compartimentado (técnicos en sonido, colegas músicos).

Por otro lado, dentro de todas las actividades musicales que realizo, conservo el de músicas aplicadas a la publicidad y algo de series de TV, es lo poco que queda en pie, ya que la producción actoral está totalmente paralizada.

Lo de la publicidad es para al menos pensarlo un poco como fenómeno de estos tiempos. A veces me gusta decir -con humor- que el último día de la existencia humana, permítanme esta exageración apocalíptica, alguien estará vendiendo algo en el último segundo, es una de las características de este negocio tan descriptivo del sistema en que vivimos, pero por suerte aún mantiene su producción y algunos músicos estamos pudiendo trabajar de esto.

La actividad musical colectiva quedó totalmente paralizada, no hay bares, ni teatros, ni ensayos, ni juntas, nada que pueda convocarnos a corto plazo. Eso es una novedad e implica un gran problema, desocupación y mucha incertidumbre, más teniendo en cuenta que la cultura y el entretenimiento tal vez sean de los últimos rubros que se activen. También venimos charlando con los colegas el temor a que se siga profundizando la precarización laboral que sufre nuestra actividad desde hace mucho tiempo. Pensemos que además de los músicos todos los rubros ligados al espectáculo, sonidistas, iluminadores, actores, cantantes, etc., todos están en este momento sin actividad y por supuesto con la incertidumbre de no saber cuándo ni cómo se volverá a implementar. Ya estamos viendo algunos países de Europa que comienzan muy de a poco y con porcentajes muy reducido de público a realizar algunos espectáculos, pero como será la relación y el comportamiento del público ante los eventos sociales y culturales, no podemos aun saberlo.

Por lo tanto, en lo personal tengo el privilegio de contar aún con trabajo, además pude adaptarme a los requisitos del momento, pero en líneas generales la crisis del colectivo cultural donde pertenezco podría afirmar sin dudas que es muy grave.

Respecto al momento creativo, contrariamente a lo que podría pensarse, el confinamiento no es un momento de grandes corrientes de inspiración, al menos en las charlas con colegas -y en mi experiencia propia de estos días- todos sentimos un alto grado de distracción y dificultad para lograr la concentración que requiere la composición en general y la ejecución instrumental, por supuesto que las ideas no se detienen, y siguen apareciendo, hay una producción inconsciente que está latente y activa, pero el trabajo posterior de desarrollo, o sea el proceso creativo creo que se ve afectado por todo este marco de tensión que provoca este confinamiento “obligatorio”. Seguramente en un futuro próximo encontremos obras musicales atravesadas por esta época, desde las letras de muchas canciones, hasta la música generada desde la pausa obligada.

CC: Además de contar con cinco discos solistas, las distintas tareas que realizas como productor, compositor y arreglador que te llevan a trabajar de forma permanente con otros artistas, ¿cómo es esa combinación entre el proyecto personal y el trabajo compartido?

LM: Mi proyecto personal no está separado del trabajo compartido, todos pertenecen al amplio universo musical por lo tanto solo es un cambio de roles de mi parte, a veces desde el lugar de compositor, entonces voy a lo que busca el intérprete o el director de cine, o el creativo publicitario, a veces en el rol de productor y o arreglador, que está más ligado a la dirección musical y el acompañamiento de un otro que recurre a vos para sumar y contribuir a esa síntesis que es la obra. Me llevó tiempo comprender que no hay espacios antagónicos en el oficio, sino circunstancias y demandas de acuerdo al proyecto que encare,

por suerte para mí y después de muchos años puedo moverme en distintos escenarios, el cine, la tv, el teatro, la producción discográfica, la orquesta. Entonces, además de ser muy enriquecedora la experiencia es sumamente divertida.

CC: Sabemos que La Orquestonga ha combinado músicos de distintas nacionalidades y diversos ritmos, pero además mezcla músicas antiguas con un sesgo muy actual, como si se tratase de un verdadero viaje latinoamericano. ¿Creés que tiene que ver con el modo en que justamente se orquestó la banda?

Lolo Micucci: La Orquestonga se creó hace unos 5 años, todos músicos que han tocado mucho y digamos profesionales, además como bien decís con la particularidad de contar con un percusionista cubano, un trombonista peruano, un baterista catalán, y un cantante uruguayo, es decir, que de los 11/12 que normalmente formamos la orquesta hay un porcentaje alto de extranjeros. Claro que al definir nuestra música dentro de la música latinoamericana bailable todo ese aporte trasnacional es muy interesante, nuestra idea fundacional fue recuperar ese espíritu orquestal de las décadas del 40/50 y hasta de los 60, las orquestas del Benny More o de Pérez Prado, por supuesto que aggiornado al sonido actual y con la influencia de la canción argentina de los últimos 50 años. Sumamos mucho humor en las letras y nos propusimos un viaje por los ritmos latinoamericanos, digamos ¡desde México a Argentina parando en todas!

Tener hoy un proyecto de 12 músicos sobre el escenario es casi una utopía, sin embargo seguimos creyendo que la sonoridad orquestal es irremplazable, todo es tracción a sangre, todos utilizamos sonidos acústicos, digamos que es una sonoridad que evoca la época dorada orquestal.

Así se pensó el proyecto y así fuimos convocando a los músicos participantes, llevamos 2 discos, *Un día de estos* y *Latinenes*. El segundo se iba a editar en marzo, quedó postergado hasta nuevo aviso.

La música no tiene tiempo, no envejece, cambia temporalmente la piel, la sonoridad, el gusto colectivo, pero nadie podría decir que Bach es viejo, o el bolero un género antiguo, o el tango sin ir más lejos, que ya lo han enterrado varias veces, por eso nos animamos desde La Orquestonga a retomar algo de aquella sonoridad caribeña y traerla para estos lados, hay un rasgo latino en la música que nos emparenta, hay tantas similitudes entre los pueblos que cuando uno investiga y lo pone en práctica es asombroso, el tango, el bolero, la bossa nova, la música cubana, la chacarera, el candombe, todos estos géneros tiene mucho en común, entonces solo nos hizo falta lanzarnos en la aventura, veremos donde termina el viaje.

CITAS Y COMENTARIOS



De una ciencia sin sabiduría

MARCELO BARROS

Solamente por el momento, mientras están en vías de destruir el universo, les viene al espíritu preguntarse si por azar eso que hacen no sería peligroso. ¿Y si todo saltara? ¿Y si las bacterias tan amorosamente elevadas en los blancos laboratorios se trasmutasen en enemigos mortales? ¿Y si el mundo fuera barrido por una horda de esas bacterias con todo lo merdoso que lo habita, comenzando por los científicos de los laboratorios? Hay tres posiciones imposibles dichas por Freud: gobernar, educar y psicoanalizar. Agregaría una cuarta: la ciencia. Tan cerca como las demás, los científicos no saben que están en una posición insostenible.

(Lacan, 1974)

The Thing from Another World (Christian Nyby, 1951) es una película de culto que tuvo dos versiones modernas, ambas arruinadas por la superioridad técnica de sus efectos especiales. Bien dijo Paul Valéry que la perfección artística implica renunciar a todo aquello que lleve a la exageración deliberada. La película original bien puede ser leída desde una perspectiva freudiana que notará el trasfondo edípico de la historia, imperceptible hoy para el psicoanalista moderno que se cree más allá del Edipo. Más allá del Edipo y de cualquier límite. Volviendo a la película, digamos para resumir que un grupo de hombres aislados en las hostilidades del Ártico hacen un fabuloso descubrimiento. Pero el ominoso hallazgo es incontrolable y mortal para ellos y el planeta. Un sentido común, ese que para Chesterton es el menos común de los sentidos, da a los angustiados habitantes de la base, la certeza de que deben

elegir entre el avance científico que la Cosa promete, y la supervivencia de la humanidad entera. Y ellos mismos serán los primeros en morir. Pero la iniciativa de combatir la amenaza encuentra la oposición del Dr. Carrington, el principal entre el grupo de científicos. Ante la alarma de los otros frente al peligro mortal de la Cosa, el Dr. Carrington dictamina que “para la ciencia no hay males ni peligros, sino fenómenos que estudiar”. Vemos ahí al científico “puro”, que desprecia de la castración, y para quien el aumento del conocimiento es más importante que la vida del Mundo. “La expansión lo es todo”, decía Cecil Rhodes, arquetipo del empresario capitalista. Ahí vemos la demoníaca hermandad entre el capitalismo y la ciencia, en la que el adjetivo “demoníaco”, de raíz freudiana, señala su linaje de pulsión de muerte. Ya en su carta a Einstein, el padre del psicoanálisis anunció que el “proceso de civilización” eventualmente llevaría a la extinción de la especie humana.

El personaje del Dr. Carrington encarna un saber desligado de toda traba ética o estética. Un saber sin sabiduría. En extremo racional, y por eso mismo, para nada razonable. Desconoce que la expansión tan anhelada no es otra que la de su narcisismo, dispuesto a borrar todo límite y, por lo tanto, a aniquilar el mundo. Es lo que, en el fondo, sin saberlo, desea. Al igual que Edipo, quiere saber, y ahí está su *hybris*. Pero lo obtuso de su mortal posición no es privativo de la ciencia, sino que es lo propio del sujeto de la modernidad. El Dr. Carrington es incapaz de hacer un sacrificio, el de su descubrimiento, en nombre del amor al Otro. Y esto, según Andrei Tarkovski, define al sujeto de la era post-paterna, y es el no poder hacer un sacrificio. Por eso, no acuerdo con Lacan al homologar las posiciones del científico, el educador, el psicoanalista y el gobernante. Los tres últimos tratan con personas, y por lo tanto se enfrentan con la imposibilidad. Fue el mismo Lacan quien dijo que la ciencia, en cambio, desprecia de esa imposibilidad. En eso la posición de la ciencia es la misma que la del capitalismo. Ya dijo Freud en “El malestar en la cultura” (1930 [1929]) que el hombre moderno se cree un

dios gracias a las prótesis que la ciencia le provee. Lo que ese moderno dios no sabe es que si necesita tantas prótesis es porque su alma está gravemente lisiada.

Bibliografía

- Freud, S. (1976 [1930]). “El malestar en la cultura” (pp. 57-140). En *Obras Completas, tomo XXI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1974). “Entrevista a Jacques Lacan en la revista Panorama”. En *Revista Panorama*. Disponible en: <http://elpsicocanalisis.elp.org.es/numero-27/entrevista-a-jacques-lacan-en-la-revista-panorama-1974/>
- Nyby, C. (1951). *The Thing from Another World*.

La única ciencia verdadera es la ciencia ficción

SEBASTIÁN RAIMBAULT

Para mí la única ciencia verdadera, sería para seguir, es la ciencia ficción. La otra, aquella que es oficial, que tiene sus altares en los laboratorios, avanza a tientas y a locas y comienza a tener miedo de su sombra. Pareciera que a los científicos también les llegó el momento de angustia. En sus laboratorios asépticos revestidos de sus guardapolvos almidonados, esos viejos niños que juegan con cosas desconocidas, manipulando aparatos siempre más complicados e inventando fórmulas siempre más oscuras, comienzan a preguntarse qué es lo que podrá sobrevenir mañana y qué terminarán aportando sus investigaciones siempre novedosas. En fin, digo: ¿Y si es demasiado tarde? Se llamen biólogos, físicos, químicos, para mí están locos.

Solamente por el momento, mientras están en vías de destruir el universo, les viene al espíritu preguntarse si por azar eso que hacen no sería peligroso. ¿Y si todo saltara? ¿Y si las bacterias tan amorosamente elevadas en los blancos laboratorios se trasmutasen en enemigos mortales? ¿Y si el mundo fuera barrido por una horda de esas bacterias con todo lo merdoso que lo habita, comenzando por los científicos de los laboratorios?

(Lacan, 1974)

La ciencia no puede pensar un mundo sustraído de sus formas y sus leyes. La naturaleza pensada desde el ideal galileano como lenguaje matemático exige un orden, hacer de la física matemática una alfabetización del universo. Hacer medible lo que no lo es, inaugura la ciencia moderna y sentencia el presupuesto fundamental de la ciencia: hay saber en lo real.

La necesidad de este sueño recobra su filiación con la Idea platónica en lo inmutable de las formas; a la vez que hereda -una vez más, como ya lo había hecho la patrística- la fe en Dios. Lacan lo enuncia en el *Seminario 24*, cuando dice que “la ciencia está suspendida de la idea de Dios; es un *deilirio* que no presume ningún despertar” (Lacan, inédito). La naturaleza se comporta de modo por así decir “mecánico”. Si tienes unas condiciones iniciales dadas, se aplican unas leyes y el resultado siempre, siempre será el mismo. Dios no juega a los dados.

Pero entonces “lo real puede tomar la delantera” (Lacan, inédito) como dice el propio Lacan más adelante, en esta misma entrevista. Es el regalo de Chernóbil. Lo real sin ley, impone su existencia. Y la ciencia, reducida esta vez a ciencia ficción, emula a alguien que sí está autorizado a hablar de ella. “Tenemos un montón de goteras en nuestra realidad” escribe F. Dick (2012).

La sociedad demanda en estos días a la ciencia dar una respuesta ante la imprevisibilidad del comportamiento del virus SARS-CoV-2, un virus que hasta la actualidad ha matado a más de medio millón de personas, demanda que se convierta en el garante de este agujero en lo simbólico; se le demanda la función del Otro del Otro para poder seguir gozando de lo que se llama civilización, y de los objetos que la misma ciencia produce; haciendo de lo vivo del goce *la escala invertida de la ley del deseo*. Se le reclama en última instancia, que tome el lugar de la religión.

La ciencia, impotente por estos días, responde como puede, con su costado significante. Nos habla del sentido de la enfermedad, de la cifra de muertos, de la curva epidemiológica, del confinamiento. Podrá con el tiempo descubrir el patrón del comportamiento del virus, pero no podrá predecir la próxima zoonosis, que escapa a cualquier legalidad. Lo real de la ciencia, quedará así reducida al lugar de lo real imposible, con su costado de enigma.

Lo real del psicoanálisis -distinto del de la ciencia- es en cambio, un misterio. No hay saber en lo real, es la manifestación misma de que lo real es sin ley.

Bibliografía

Dick, P. K. (2012). *Tiempo desarticulado*. Barcelona: Minotauro.

Lacan, J. (1974). “Entrevista a Jacques Lacan en la revista Panorama”. En *Revista Panorama*. Disponible en: <http://elpsicoanalisis.elp.org.es/numero-27/entrevista-a-jacques-lacan-en-la-revista-panorama-1974/>

——— (Inédito). *Seminario 24*. Clase del 17/05/1977.

PSICOANÁLISIS EN LA LÍNEA DE FUEGO



¿Es el hospital una trinchera? "Psicoanálisis desde la trinchera"

ANA SOL SIKIC

Se escucha decir y repetir la metáfora de la trinchera para referirse a los hospitales o consultorios que persisten atendiendo durante la emergencia sanitaria. Es una metáfora frecuente desde hace tiempo, quizás ahora resuena un poco más porque la metáfora de la guerra contra "el enemigo" invisible nos atraviesa hasta por cadena nacional. Lo cierto es que me gusta tanto mi trabajo en el hospital público que jamás se me había ocurrido antes pensarlo como una trinchera, por tanto, la metáfora no se me hace para nada obvia.

Mi única relación a las trincheras es a partir de un recuerdo infantil. En el jardín de mi casa de la infancia con mis primos hicimos un pozo con una pared de piedras al que llamamos La Trinchera. Era un escondite de la mirada de los adultos. El problema fue que la hicimos contra los cimientos de la medianera que lindaba con la casa vecina, así es que después de tanto trabajo, frente al riesgo de que se nos venga la pared encima, ganaron los grandes y tuvimos que tapparla.

Pero no es de esa trinchera de la que hablamos en psicoanálisis y me propuse rastrear el origen de esta metáfora, porque si bien en "La

Dirección de la Cura” (1958) Lacan usa la terminología de la guerra, no se refiere a la práctica como trinchera. En Freud, a quien la práctica sí que se le modificó a causa de dos guerras, encontré una referencia, ni más ni menos que en “El más allá del principio de placer” (1920). No es una metáfora que se use para la referirse a la práctica analítica, sino para hablar del apronte angustiado como última trinchera de la protección anti estímulo frente al mundo exterior, es decir, la última esperanza para que el suceso del mundo no se convierta en trauma psíquico.

En los tiempos que corren, continúo realizando mi práctica en el hospital general, en las afueras de Mendoza. Podría decir que hasta ahora hemos atravesado dos momentos, uno primero de perplejidad en el que ante la irrupción de lo inesperado como emergencia, nos vimos sumidos en un intento de comprender de qué se trataba lo que ocurría, sin poder aun darle una significación propia al nuevo modo de vida. Se reorganizó el hospital y todo quedó en una tensa calma. Eran los comienzos del confinamiento, se trataba de fortalecer la salud pública y casi no había pacientes que concurrieran al hospital. Abundaban los mensajes de Whatsapp con consejos para llevar adelante la cuarentena, en nombre de servicios de salud mental públicos y privados. Los ideales psicoterapéuticos volvían a erigirse: “cociná pero no engordes, hacé ejercicio, no duermas de más pero no tengas insomnio, tené rutinas”, etc. En el servicio seguíamos trabajando virtualmente y con urgencias e internaciones, que no eran muchas.

A medida que la cuarentena fue transcurriendo apareció un nuevo síntoma: aumentó notablemente la cantidad de intentos de suicidio, de personas de todas las edades y que jamás habían consultado antes en ningún servicio de salud mental.

Lo cierto es que se trata la típica paradoja que encuentra lugar en la teoría lacaniana: mientras la humanidad entera hace todo lo posible para sobrevivir a un virus que amenaza con el fin de la especie, algunos sujetos se precipitan a la muerte. Los necesarios “de esta salimos entre

todos”, “quedate en casa”, se convirtieron en una demanda del Otro social que se hace portavoz del discurso del amo moderno: el discurso universitario. Y como tal no hace más que producir síntomas, esto es, sujetos que caen del Otro, que no se atienen a la norma de supervivencia, sujetos que ponen su cuerpo como último recurso para entrar en el campo del Otro y hacerse reconocer en su singularidad.

Seguimos a Lacan con su respuesta a Foucault en la conferencia “¿Qué es un autor?” (1969), las estructuras sí que bajan a la calle, incluso cuando parece que estamos viviendo una vida completamente nueva, cuando parece haber una ruptura con la vida tal como la conocíamos, cuando aparece un real del cual todavía no conocemos sus leyes. Es precisa más que nunca la presencia de la escucha analítica en los dispositivos, practicantes que no se queden en casa. La posición inhumana del analista es lo único que puede garantizarnos que, a pesar del temor que nos evoque como practicantes ir al hospital, es el discurso del analista el que permite alojar sujetos que sufren y que no son solo cuerpos asépticos.

Entonces sí retomo la metáfora de Freud, entonces sí puedo pensar al hospital como trinchera, como el último lugar al que puede llegar un sujeto antes de caer del Otro para existir. Como dice Miller (2001) siempre hay que prestar atención cuando se deja a alguien afuera pues se lo hace ex-sistir mucho.

Y entonces hay que decir que la trinchera de la que se trata es mucho más parecida a la de mi recuerdo infantil. Hay que hacer del hospital una trinchera frente a lo traumático, pero una trinchera única para cada uno, con algunos rasgos de familiaridad y que proteja de la omnipresencia de la demanda del Otro. Porque si no corremos el riesgo de que se nos caiga encima la medianera de la vecina psicoterapia.

Bibliografía

- Foucault, M. (1969). “¿Qué es un autor?”. Disponible en Elseminario.com.ar.
- Freud, S. (1920). “El más allá del principio del placer”. En *Obras Completas, Tomo XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1958). “La dirección de la cura y los principios de su poder”. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Paidós.
- (1992). *El Seminario, libro 17. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J. (2013). *El lugar y el Lazo*. Buenos Aires: Paidós.

Salpicón de hospital

MARIANA ISASI

Desfile fugaz de escenas en un ambiente absurdo:

Desesperación inicial en colegas que concurren con lavandina, trapos, baldes y mamelucos espaciales.

Pedidos urgentes de trabajadores sanitarios que reclaman carpeta psiquiátrica.

Pacientes que no consienten a la nueva normalidad de andar con tapabocas por la vida, aunque a nadie le sorprenda la portación de bermudas en pleno junio y la cajita de *olanzapina* en la mano.

Selfies con barbijos y máscaras. Pasaron de moda enseguida.

Las fotos de las pantallas en *Zoom*. Tampoco ya hacen gracia.

Un joven médico se resigna a no poder concurrir al festejo de los 90 años de su abuelito; el mismo joven médico se resigna días después a no poder ir al entierro de su anciano que quedó en la marca de 89.

Una enfermera se gasta la mitad del sueldo en productos extra para protección sanitaria, la distribuye con generosidad en su sector y a los dos días tiene que quedar aislada en su casa por haber olvidado usar el camisolín frente a un paciente con COVID.

Tampoco sorprende que el humor negro haya dejado de ser potestad de los quirófanos y aflore con naturalidad hasta en los que son demasiado nuevos para manejar con alto cinismo ese código tan de hospital. Así hemos fantaseado que cuando llegue el pico, a los de Salud Mental nos mandarían a embolsar. Así hemos bufado por el desubicado que ha intentado ahorcarse un domingo y nos haya obligado a ir en plena pandemia a la guardia, cuando todavía no había máscaras.

Calzados con antiparras de cortar el pasto. No hay velo, se vive en el bajo cero de la metáfora.

También se convive con los manotazos que pega un discurso del amo que intenta reflotar el funcionamiento del cuidado de la salud. Para no variar, desde ese lugar se desconoce la pulsión en todas sus versiones, y sobre todo la de muerte. No hay manera de que la autoridad sanitaria conciba que un trabajador de la salud relaje la barrera mental de la prevención y de golpe se lo encuentre almorzando con un compañero. Subrayo: al mismo tiempo ambos sin barbijo. Eso es pecado en un hospital. Es absurdo, pero es pecado. ¿Cómo mediar ahí? ¿Cómo no captar que es una locura que eso esté prohibido para alguien que está fumando COVID varias horas del día? ¿Cómo no registrar la indignación de las autoridades ante semejante descuido cuándo ellos están fumando la responsabilidad de dirigir una institución de salud, hoy?

De la cantidad abrumadora de teorizaciones, lo único que ha servido de brújula es que ya llegará el desciframiento de esa ley o regularidad correspondiente al real biológico del virus, y así, en navidad, festejaremos la vacuna. Lo que nos queda mientras tanto, es fumar el otro real. Como sea.

Un faro real en la tormenta

CHRISTIAN MARTÍN

Al momento de sentarme a escribir llevamos más de cien días de aquella noche del 19 de marzo, en la que el Presidente de la Nación firmaba el decreto de “Aislamiento social, preventivo y obligatorio”, con el cual ponía en marcha definitivamente las medidas que se habían pensado en esos días previos, ante la opinión pública. Al calor de un cálculo sobre la llegada inminente del virus a nuestros cuerpos, que hasta el día de hoy no ha dejado de fallar.

Apenas diez días después de esa conferencia de prensa que había cautivado masivamente las pantallas a lo largo del país, el hospital donde llevo adelante parte de mi práctica, desde hace varios años, había sido alcanzado por algunos casos de infectados por el virus COVID-19, que luego dieron forma a uno de los primeros focos de la región. La particularidad del asunto es que se habían contagiado nueve profesionales sin que se haya recibido un solo paciente infectado por el virus en el hospital.

De acuerdo a un informe del Área de Epidemiología se trató de un modo de “transmisión horizontal”, el contagio se dio internamente entre el personal del mismo hospital e involucro a las áreas de laboratorio, maternidad, quirófano y cocina. Con el correr de los días el de-

talle pasó a formar parte de un paisaje más o menos regular, numerosos brotes tenían lugar en esas mismas condiciones. Será la última vez que use la palabra regular o algún sentido dócil a ella, para lo que sigue.

El aislamiento de los nueve profesionales se acompañó además de todos sus contactos previos, por lo que alcanzó a un total de 50 personas. El Área de Obstetricia, donde tuvo lugar la primera llama, debió cerrarse a la atención hasta cumplir con un plazo de cuarentena que le permitiera retomar su trabajo de asistencia sin continuar con la ola incipiente de contagios.

Se toman las primeras medidas para circunscribir ese foco inicial en un clima de preocupación sin borde. La falta de personal se vuelve palpable desde entonces, comienzan algunas deserciones, licencias. Aparecen los primeros testimonios de profesionales que reclaman cuidados, falta de capacitación, de insumos, o bien, poco adecuados, en un clima en el que nada parece suficiente para enfrentar la situación.

Pasó mucho tiempo desde aquel momento si se considera la sucesión vertiginosa de hechos a la que asistimos. Resulta de importancia, sin embargo, destacar el particular modo en que el real del virus se presenta en este ámbito, hace su entrada. Bajo sus condiciones, aún no escritas, da paso a un real sin ley a través del cual nos alcanza la pandemia. La multiplicidad de relatos angustiados fue dejando escuchar cómo los cuerpos eran afectados uno por uno. “No nos sentimos protegidos”, “tengo miedo de contagiar a mi familia, ¿cómo vuelvo a casa?”

Los protocolos sanitarios fueron llegando, el hospital fue dando forma al propio. Hasta el momento fueron pocas las semanas en que no haya sido modificado, sea por su trazado, sea por la implementación del triage, o por las múltiples razones por las que se verifica que no funciona o que una nueva contingencia lo ponga en crisis.

Esto último no diferencia a esta experiencia de la que hablo de muchas otras, no más que en su particular manera de fallar, ni menos, por supuesto. Está a la vista que los semblantes no logran ordenar un real

que circula con eficacia global. La pandemia entró en circuitos en los que hasta su emergencia estaban reservados al plus de gozar propio de la actual versión de un capitalismo, al que nada lo restringe. Aunque en este caso en una vertiente de pura pérdida. Es conocido en las redes un impensado tablero acerca de las posiciones de los países de acuerdo a las caídas de sus economías, circula a la par de las estadísticas sobre la cantidad de infectados y decesos, con su polémica incluida. ¿Vida o economía? Truenan las discusiones.

Este temblor discursivo hace evidente un clima bastante extendido de Otro barrado. Con algo de margen previo al desarrollo del foco, el Servicio de Salud Mental reorganiza sus medios de atención para pacientes en tratamiento y en la emergencia, de modo remoto, como también se dispone de otras modalidades de escucha al interior del hospital, dirigido al personal, a partir de dispositivos o de la contingencia misma.

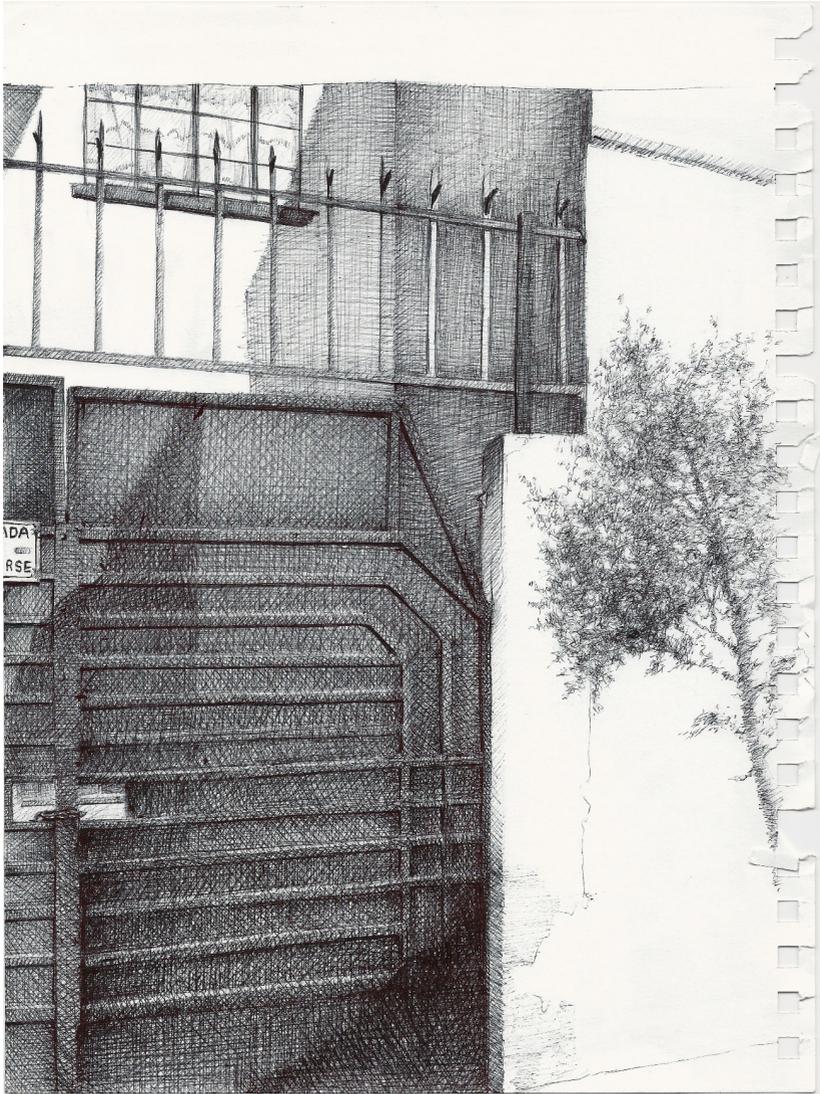
En una de sus últimas intervenciones, Éric Laurent plantea que “Lacan al calificar al discurso de enfermedad, introduce una nueva versión de la mortificación por el significante. Como la epidemia, es algo fuera de sentido con lo que se aprende a vivir” (2020).

Algunas mortificaciones con el afecto de la angustia a cuestras encuentran en la orientación por el síntoma algunas señas propias. Otras, sensibles a un amor más real, o a partir del mismo síntoma, algunos anudamientos que con sus pequeños órdenes permiten algunas respuestas, nada desdeñables entre el tendal de la epidemia.

Bibliografía

Laurent, É. (2020). “Las biopolíticas de la pandemia y el cuerpo, materia de la angustia”. En *Lacan Cotidiano*. Consultado el 29 de junio de 2020. Disponible en: <http://www.eol.org.ar/biblioteca/lacancotidiano/LC-cero-892.pdf>

PSICOANÁLISIS Y DISPOSITIVOS



La sexualidad: el pozo en el juego político

HERNÁN BRIZIO

Sexualidad y trauma

“Todo lo que no es programable deviene trauma”.

Éric Laurent (2002)

Cuando Laurent (2002) se refiere a la generalización del trauma sitúa una línea de investigación que puede echar luz al propósito de explicitar cómo aquello que resulta no programable, dentro de un orden cultural y científico, acontece como un programa de satisfacción cuyo funcionamiento tensionaría con el pretendido vector de felicidad, al cual la vida humana se inclinaría.

Es decir, que “la descripción científica del mundo” (Laurent, 2002: 2), tal como precisa el autor, estará atravesada por una maquinaria de satisfacción cuya inercia transgrede las determinaciones o categorías establecidas para el funcionamiento humano. El programa de la cultura y el del placer no necesariamente emprenderán destinos similares y por el contrario cuando el programa científico busque anudarse al de la cultura en pos de la felicidad humana, encontrará un obstáculo primordial, a saber, la dimensión del goce donde la satisfacción sexual se hace presente.

En este punto la sexualidad en su ligazón con el trauma evidenciaría el funcionamiento no programable de un cuerpo, en tanto se anudaría

a la satisfacción contingente de cada *parlêtre* respecto de su modo de gozar. Siguiendo esta línea, Miller (2006) precisará que el modo de gozar también es una categoría cuya lógica no se articula al Otro social.

Es decir que lo real del trauma en cada cuerpo, como un hecho que se impone sin medida común o como un residuo que la lengua no llega a atrapar, encuentra su revés en el empuje a la categorización de la sexualidad, en su aspecto comportamental.

De este modo se normativizará su funcionamiento en pos de una regulación que la terapéutica pondrá en juego por vía de programas o protocolos, en su intento por clasificar ese desorden. Se trata de una operación que otorga sentido generalizado a aquello que acontece como una satisfacción no transferible a la masa: un inclasificable.

Se agrega a ello que el *parlêtre* sostiene un modo de gozar que es irreductible al sentido común, y que se soporta en *lalengua* cuya carga afectiva prescinde de un orden gramatical, situándose específicamente en un circuito libidinal, si acaso se nos permite el uso de ese término.

Laurent precisa que "...la inmersión en el lenguaje es traumática porque comporta en su centro una no-relación. La no-relación sexual no es jamás escrita. Queda siempre como una regla que falta inventar, pero que siempre está en falta" (2002: 6).

Ello nos permite situar una lectura respecto del pretendido valor que las categorías otorgan a los comportamientos, al describirlos según parámetros de normalidad (norma), en pos del progreso de su accionar. Es decir, la creencia en que una clasificación podría asir el acto, siempre contingente, que surge del encuentro de los sexos al momento de hacer lazo.

Sólo por situar un ejemplo al respecto, remito a la conversación que se mantuvo en Córdoba con Juan Carlos Stagnaro, en la cual se evidencian las relaciones entre los gerenciamientos en salud, los cambios culturales y las descripciones dentro del campo de la psiquiatría en su intento de hacer corresponder un funcionamiento orgánico con una clasificación

o nomenclatura: "...una relación biunívoca entre trastorno y fisiología cerebral" (2009: 2).

En este punto la tentación por la terapéutica de los comportamientos se lleva mucho mejor con el orden público y su programación, incluso del lenguaje, al momento de dirigir a los sujetos hacia una pretendida felicidad, que obviamente, la ciencia de turno podrá avalar. Eso sí, siguiendo un protocolo, el cuál será aplicable por un X que prescinda del acto clínico y neutralice su juicio al momento de escuchar el padecer (pasión) de cada hablante.

En esta línea Miller sugiere que cuando se está al servicio del programa de la cultura, es para "alentar al individuo para que acepte las exigencias culturales del superyó" (2006: 153). Sin embargo, ello no permite leer una contrapartida, algo así como ir en contra de la cultura, pero sí, tal vez, advertir que la exigencia libidinal que se cuele en *lalen-gua* de cada *parlêtre* no parece obedecer a las condiciones superyoicas de un lenguaje predeterminado por el Otro. En este punto el programa científico anudado al de la cultura se ve impedido de alcanzar su ideal de felicidad (imperativo) y no contemplaría que el programa de satisfacción obstaculiza, incluso a la hora de enfermar, el buen andar de la máquina humana.

Otra cara de este asunto incluye el hecho de que la multiplicación de objetos que el mercado ofrece no colma "la falta de goce" (Miller, 2007: 3) y por el contrario ese faltante se extiende a las sociedades presentándose como una ironía ante su pretendido progreso.

Lo peor: ¿no está acaso programado como una satisfacción o una búsqueda exitista que va más allá de cualquier bienestar? ¿No es la angustia del científico el resultado de lo que escapa a su propio programa de progreso? Tal vez debamos situarnos en la lectura inevitable respecto de lo fallido de la vida y de la sexualidad en todas sus formas, en tanto y en cuanto su desnaturalización se hace inevitable al estar situada en

un programa lenguajero, en una “práctica de la lengua” que hace de su relación a los objetos, un hecho aleatorio y no determinado.

Dispositivo, sexo, sexualidad

“Entre el Estado y el individuo, el sexo ha llegado
a ser el pozo de una apuesta”.
Michel Foucault (1991)

Foucault (1991) sitúa a la sexualidad como un objeto de interés político, un punto inconmensurable destinado a la represión y al silencio, alrededor del cual se tejerán las relaciones entre sexo y poder, como también formas de hablar y delimitar saberes relativos a su manifestación en los cuerpos.

En relación a ello la noción de dispositivo aparecerá como un discurso -lo dicho y lo no dicho sobre este objeto- implantándose como un conjunto de técnicas, formas de sujeción o estrategias que hacen hablar al sexo y generan un efecto de verdad sobre él.

Los procesos de confesión abordados por el autor son un ejemplo de ello, en tanto que -lo confesado- crearía una forma para el sexo, inherente al acto de confesión.

Según Macherey la representación de la sexualidad se establecería por la técnica del ritual. Ello produciría una verdad validada como preexistente y articulada a una realidad objetiva que definiría lo que es el sexo. Por lo tanto, su eficacia radicaría en producir una clase (tipo) al “... constituer en todo sentido su objeto mismo, esa sexualidad” (2011: 91).

De esta manera se consagraría en acto un examen de sí frente a otro, una puesta en detalle del uso del cuerpo mediante una operación

puntillosa que aspira a delimitar el placer y su recorrido, en el intento de regular la carne habitada por el deseo.

En definitiva, la norma aparece aquí, como un modo de imponer reglas disciplinares “...a todas las insinuaciones de la carne (...) en el juego de la confesión y de la dirección” (Foucault, 1991: 27).

En la medida en que el dispositivo genera efectos de poder sobre el sexo, se determinan los ejercicios a los cuales este se sometería, en post de su homogenización. En esta línea el saber clínico, las ciencias humanas, la medicina social, tendrían un objetivo corrector que no solamente se ocuparía de los padecimientos humanos, sino también, de distinguir constantemente lo que se considera normal o patológico.

Las diferentes formas de normalización del comportamiento empalman con este accionar cuya administración reconoce, delimita y segrega formas de percepción asociadas a un ideal de funcionamiento. Pero, no solo los operadores disciplinares que mencionamos colaboran para una gestión de la población, sino también, los principios de la economía política al fijar su atención en el comercio de una sociedad, la distribución del ingreso, la seguridad, etc. Ello genera un conjunto de cálculos o medidas que circunscriben un objeto factible de ser atravesado y regulado por las tecnologías asociadas a la gubernamentalidad. Leemos aquí, un enlace del dispositivo al desarrollo del capitalismo y a los procesos económicos asociados al cuerpo de la población. Por esta razón, las formas de vigilancia o prohibición de la sexualidad, se presentan como un elemento indispensable en la conformación de la mecánica disciplinar, bajo la “inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción” (Foucault, 1998: 88).

Sobre este fondo y más allá de los efectos normativizadores en los sujetos, el sexo adquiere una importancia relevante al acontecer como el “pozo del juego político” (Foucault, 1976 [1991]: 176), ya que se situaría en el cruce de dos tecnologías del biopoder que se hallan encabalgadas: la anatomopolítica del cuerpo y la biopolítica de la población. Ello in-

cluiría un conjunto de procesos de observación, regulación o control aplicados al cuerpo individual y su disciplina, como también al cuerpo de la especie, en lo que concierne a medidas masivas dirigidas al campo social. Precisamente este accionar comprendería un micropoder sobre el cuerpo, es decir, una red de discursos heterogéneos que incluiría a la ciencia, las instituciones y sus arquitecturas, como también a las reglas o leyes tendientes a justificar una práctica, establecer funciones o campos de racionalidad (Foucault, 1978).

En la línea de lo expuesto la sexualidad, como un elemento que se manifiesta sin medida común, buscaría ser normativizada por procedimientos dirigidos no solo a regular su placer, sino también a clasificarla, por medio de una ciencia nacida de las diferentes teorías de la degeneración.

Un ejemplo de ello puede ubicarse en la medicina del Siglo XVIII y XIX expuesta por Foucault en “La voluntad de saber” (1991) respecto de la masturbación.

Este hábito aparece bajo una causalidad sexual no programable y pone en funcionamiento las diferentes tecnologías del sexo. De allí que la masturbación haya hecho surgir formas de instrumentación o procedimientos tendientes a circunscribir su etiología, como también a delimitar su accionar oculto y presente en la sexualidad.

Se deduce de ello, que las sensaciones o placeres que habitan un cuerpo muestran un más allá respecto de la localización somática del sexo, de sus funciones fisiológicas y de sus fines reproductivos. “Pero ¿el sexo no es acaso, respecto del poder, lo “otro”, mientras que es para la sexualidad el foco en torno al cual distribuye ésta sus efectos?” (Foucault, 1991: 184-185).

Como anteriormente cometamos, el control de los cuerpos puesto de manifiesto por el biopoder, requiere pensar un nexo entre los sistemas económicos (políticos e institucionales) y el ajuste de la población al sistema productivo. Es decir que un cuerpo tendrá la facultad de hacerse

extensivo a la masa social, al ser ingresado en un sistema estadístico, favoreciendo su distribución y administración. La higiene pública y la política habitacional son un ejemplo de este aparato, cuya estrategia tiende a la preservación de la vida, por medio de la gestión de los cuerpos.

Norma y sexualidad

Una norma se establece como un campo de aplicación de sanciones y como unidad comparativa en la que opera un conocimiento y un saber, vinculado a un ideal de funcionamiento, que integra o excluye al sujeto.

Para Foucault (1976 [2000]) la norma se diferencia de la ley por tratarse de un aparato disciplinar que, al portar un discurso ordenado por lo natural, prescindirá de la regla en el sentido jurídico del término. No se trata entonces de lo legítimo, de lo permitido o prohibido, sino de la anormalidad y su disciplina.

Así, donde podríamos localizar un aparato de corrección ligado al campo del derecho, encontraríamos el sustento teórico de las ciencias humanas, amparadas en el saber clínico. Saberes que a fin de cuentas "... definirán un código que no será el de la ley sino el de la normalización" (Foucault, 1976 [2000]: 45).

Entonces una norma se produciría como el resultado posterior a una indeterminación, lo cual supone una extrañeza previa no sancionada (anomalía), que permite establecer una meta menos extraña a alcanzar, es decir, una "normalización futura" (Le Blanc, 2004: 19). Al decir "menos extraña", entendemos un tipo de enunciación que valoriza, distingue o segrega formas de lo normal contempladas con anterioridad. Lo cual define por la negativa aquello que no encaja con un modelo y sus funciones.

Nos ubicamos de este modo en una idea concordante con el pensamiento de Foucault (1976 [1991]), pero también con el de Canguilhem

(1976 [2004]), al afirmar que la meta de una norma es una norma de su mismo tipo previo a la falla acontecida.

Leemos aquí una juntura entre una norma social y una norma vital que permite establecer lo medible, lo clasificable y lo útil.

Por ello las normas están atravesadas y sostenidas por instituciones que profesan o jerarquizan discursos sobre el cuerpo. La familia, el ejército, la escuela, la policía y la medicina son un ejemplo de normatividad o de evaluación sobre el sexo: “El sexo no es cosa que sólo se juzgue, es cosa que se administra. Participa del poder público; solicita procedimientos de gestión... (Foucault, 1998: 17)”.

Por lo tanto, el surgimiento de un fin correctivo ligado a la norma, tendrá como horizonte el establecimiento de un dominio de utilidad, redistribución o exclusión del cuerpo, cuando este ha sido trastocado. Es decir que frente al accidente en el cual un cuerpo aparece como anomalía, surgirán las tecnologías que contemplan la eliminación de factores imprevisibles, inherentes al cuerpo vivo. Se trata entonces de un programa sobre la vida en el cual priman “las previsiones, las estimaciones estadísticas, las mediciones globales” (Foucault, (1975) [2000]: 223).

De este modo, toda empresa de normalización amparada en el saber técnico, no buscará modificar a cada individuo o a cada cuerpo, sino que todo comportamiento que acontezca como una desviación a la regla, no genere un determinismo en el cuerpo de la masa poblacional. Es decir, que determinadas conductas, no se tornen un fenómeno global que requiera de mayores acciones de un gobierno, pues se daría por hecho la falla del sistema preventivo.

Cientificismo, desviación, segregación

El vector presente en las tecno-políticas incluiría mecanismos ordenadores encaminados a contemplar, pero también eliminar, todo suceso

aleatorio ligado a la vida y a la sexualidad, que pudiera afectar el patrimonio social (su unidad).

Incluso se fijarían formas de definir lo apto en un cuerpo, bajo un modelo de productividad anudada al tiempo y el trabajo. Se suma a ello, la autogestión de los sujetos y los ejercicios enlazados al ideal higienista de cada época. Ello facilitaría una forma más de auto gobierno y adiestramiento, que descentraría la necesidad de concentrar el poder, en los sectores estatales y en sus mecánicas.

Por lo dicho, es dable destacar que los discursos socio-biológicos amparados en la normalización señalarán los peligros o desviaciones a los que la sociedad se verá enfrentada, es decir, la necesidad de combatir aquellos subproductos que pudieran contrariar su estrategia global de producción.

Hablamos, sin mayores preámbulos, de la segregación de todo aquello que amenace a la sociedad y su buen andar, siempre circular y en tal caso policíaco. Justamente, el título de una obra de Foucault de 1975, incluye una expresión irónica e imperativa que insta a “¡Defender la sociedad!”.

Destacándose allí que los fenómenos de racismo en las actuales sociedades, no acontecerán solamente por hechos de discriminación racial, sino mejor por cuestiones inherentes a conservadurismos, que ejercerán una depuración sobre sí mismos.

Una vez más el elemento extraño, sexual, de clase, de creencia, intentará ser borrado del mapa y las causas biológicas, metafóricas en la homeostasis del cuerpo social, estarán a la orden del día en el proceso de normalización. En resumen, se trata de un racismo que resguardará el sostenimiento de lo íntegro para que nada nocivo se infiltre en el cuerpo social: “...un racismo que una sociedad va a ejercer sobre sí misma, sobre sus propios elementos, sobre sus propios productos; un racismo interno, el de la purificación permanente” (Foucault, 1975-76 [2000]: 66).

En consecuencia, este ideal de pureza se verá reflejado en las cifras de la estadística y en las técnicas que evaluarán las medidas pertinentes

para el correcto uso de un cuerpo, su docilidad y su instrucción. Por cierto, la noción de protocolo entrará aquí de lleno, pues se procurará lograr un equilibrio en el proceder, que suprima cualquier posibilidad de infortunios.

Sin embargo, podemos considerar que el reverso de estas políticas, se efectuará en todo aquello que sobre la sexualidad se ha tendido a negativizar. Pues se evidencia en el presente, un retorno febril de los acontecimientos que atraviesan al cuerpo, en su erótica y en sus síntomas sociales.

Un interrogante en forma de conclusión

Judith Revel (2008) señala que la biopolítica intenta superar la dicotomía Estado/sociedad por medio de una economía política de la vida. Pero ello incluye un problema, para nosotros, conclusivo.

Si la biopolítica es el resultado de los procedimientos que se ejercen sobre la vida (vida y sexualidad como paradigma tomado por Foucault) a través de las tecnologías de biopoder; se podría pensar que también la vida es un poder, porque básicamente “el poder invistió la vida” (Revel, 2008: 26).

Ello implicaría una inflexión o como dijimos, un reverso, ya que los deseos, los afectos y las formas de lenguaje incluirán usos múltiples de un cuerpo y nuevas localizaciones en él.

De este modo, el asunto ético en juego, supone que la vida puede erigirse como una contra política y un lugar de producción de subjetividad. La autora refiere a una *désassujétissement* que se traduce como una liberación y como “un contrapoder” (Revel, 2008: 27). Entonces en el término liberación se incluirá una ética, justo en el punto donde la política declina.

Por consiguiente, si la vida aparece como un desajuste, también surgirá de ello la posibilidad de otra configuración del cuerpo, de una resistencia tal vez, o de una decisión: ¿no hablamos acaso del sexo como el pozo en el juego político, del cruce que resulta la sexualidad en los ejes del biopoder? ¿Qué es tener un cuerpo en definitiva? o mejor aún, ¿cómo llegar a tenerlo?

Y bien, la sexualidad como problema político, tal vez pueda responderlo.

Bibliografía

- Canguilhem, G. (2004). *Escritos sobre la medicina*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, M. (1977 [1991]). *Historia de la sexualidad I*. La voluntad de saber. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1977-1978 [2006]). *Seguridad, Territorio, Población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1975 [2000]). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1977 [1978]). “El juego de Michel Foucault”. Consultado el 11 de mayo de 2020. Disponible en: <http://elpsicoanalistalector.blogspot.com/2009/07/michel-foucault-el-juego-de-michel.html>
- Laurent, É. (2002). “El revés del trauma”. Consultado el 24 de abril de 2020. Disponible en: <http://www.revistavirtualia.com/articulos/696/destacados/el-reves-del-trauma>
- Le blanc, G. (2004). *Canguilhem y las normas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Macherey, P. (2011). *De Canguilhem A Foucault: la fuerza de las normas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Miller, J.-A. (2006). *Introducción a la Clínica Lacaniana. Conferencias*

en España. Barcelona: Gredos- RBA Libros.

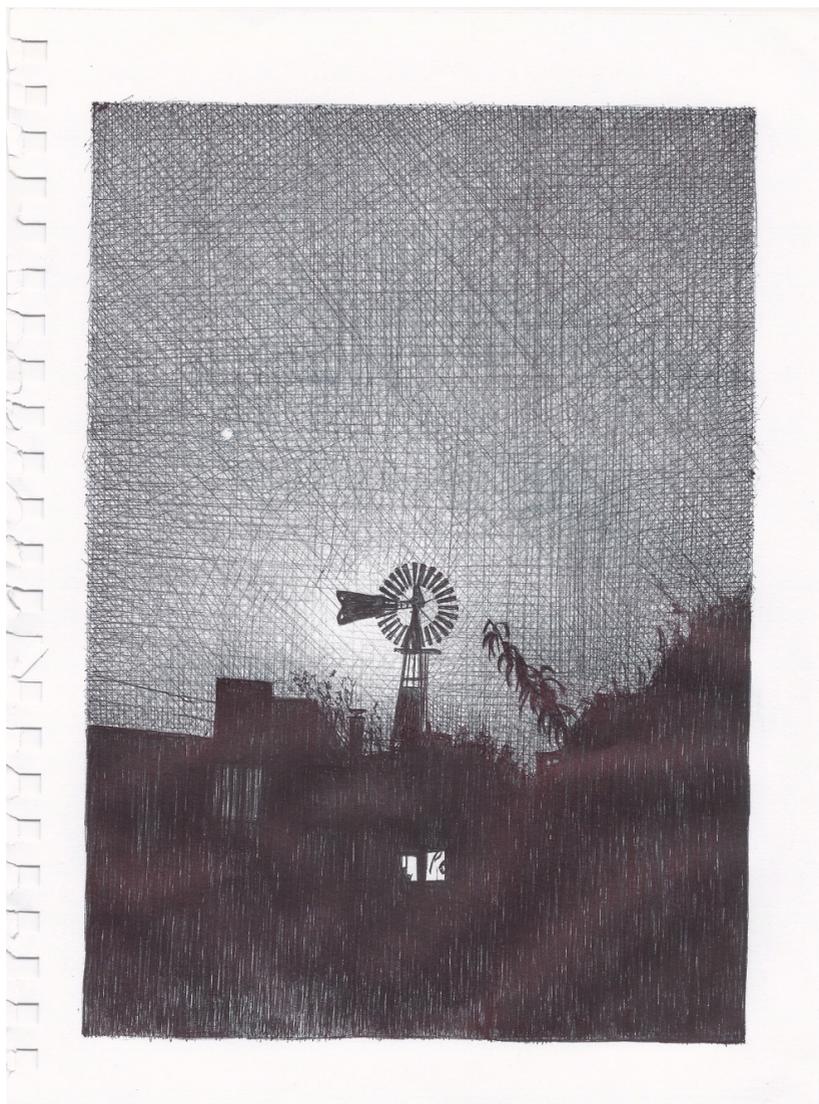
Revel, J. (2008). *El vocabulario de Foucault*. Buenos Aires: Atuel.

Stagnaro, J. C. (2009). “El diagnóstico, llave de la terapéutica. Nosografías criteriológicas contemporáneas. Conversación con Juan Carlos Stagnaro.” Consultado el 8 de mayo de 2020. Disponible en: <https://www.sinthomaycultura.com/conversacion-de-exordio-con-juan-carlos-stagnaro/>



LITERATURA





Poemas y escritos

TAMARA SPARTI

Calla

El recuerdo del espanto

insiste.

Torrente de dolor

su cuerpo

una y otra vez.

El salvaje

hunde la daga,

hasta su infancia.

No pudo huir de eso.

No puede huir.

Pero

huye de las palabras.

Sembrar

Hacer que lo quieto se mueva.

Tomar con dulzura ese gajo hijo

llevarlo al surco

que es todo espera.

Tirarle encima la tierra

como echarle vida.

Darle golpecitos

a puro amor y sueño.
 Y entonces,
 por fin contemplar
 esa minúscula belleza erguida
 que es nuestra
y no.

Mi pequeña esperanza

Hoy me he vuelto a encontrar con mi pequeña esperanza.
 La pierdo con mucha frecuencia. La he dejado en las calles de mi ciudad derruida, se me ha quedado en el recuerdo de algún amor resignado.
 La reparto entre mis amigos y compañeros de trabajo. Y entonces, de tanto repartirla, me quedo sin nada.
 En ocasiones cambia su consistencia: se hace viscosa y queda adherida a las sábanas. Y yo no me doy cuenta. Así, ando todo el día perdida, sin ganas, como ave sin alas, como cuerpo sin alma.
 También sucede que se transforma en una especie de polvillo y se esparce por la casa. En esos casos procuro cuidarla de la más mínima brisa y, como puedo, poco a poco, la voy juntando.
 Me preocupo mucho cuando aumenta considerablemente su tamaño, en esos momentos no sé muy bien qué hacer con ella.
 Intento servírmela con el desayuno, siempre antes de las noticias, pero la mayoría de las veces se desvanece al instante.
 Excepcionalmente me abandona, despechada, dudando del sentido mismo de su existencia, y me deja mareada, tambaleando.
 Me asusta verla loca, desquiciada, sin conciencia de la realidad. Allí lo que hago es amasarla suavemente y cuidarla del contacto con otros. Pero hoy ocurre que, sin motivo, sin razón, en tiempos difíciles para ambas, he vuelto a encontrarme con ella. Tendré que cuidarla de los

peligros, de las amenazas, de los otros y de mí misma. Tendré que cuidarla también de los excesos.

La guardaré en un lugar pequeño, con orificios que le permitan respirar. Seré muy cautelosa en mi comunicación con ella. Y la compartiré de a pedacitos, sólo con aquellos que estén dispuestos a protegerla y dejarla crecer.

Palabras sin respiro Poemas inéditos escritos en época de confinamiento

BRÍGIDA GRIFFIN

He leído el periódico
en alguna de mis tantas extranjeridades
que no percibo,
pero que ahí están,
dispuestas al asalto cuando la sorda ocasión
aguijonea
Viva inquietud que me agita

Me he perfumado
modelé liviana por el pasillo que da a la
escalera
Bajé triunfal aunque era tarde,
mientras el día propuesto por este marzo
aletargado
encendía amarillos intensos,
esa insidiosa claridad sacudiendo el ánimo

Sólo las flores y los pájaros, pensé
sentí
(Ahí fue justo cuando pude acomodar mis
ojos)
sacudir el pesado polvo del hastío
Así y todo

las horas llegan a rasguñar las puntas de los
pies
sube un sueño amodorrante por las
pantorrillas

desasosiego y hambre
se parecen

Qué será de nosotros
me pregunto en la noche
e n t r e d o r m i d a

y no puedo recordar

La vida se presenta descalza
una y otra vez
y mañana
hoy como ayer,
la ilusión de una continuidad creciente
ligada a los dóciles gustos
forjados minuciosamente
ha declinado!
Impera un hueco zigzagueante que trepa
hasta la nuca
y golpea allí
No hay knock out
aunque eso astille
o muerda
vuelvo a esquivar la piña

la brisa suelta alcanza la piel
da una tregua
el laleo del nieto del vecino
que llega desde el patio
algodonoso, agudo
y musical
acuna

Los lirios del campo en la breve respiración
pausada de los perros
junto a mí,
a un lado
Al alcance del brazo
recupero la realidad con una caricia recíproca
Los lirios proveerán
Será de nosotros

(29 de marzo del 2020)

Allí
donde se mezclan la guarida sin aliento
y
la emoción del escondite
allí la voz que llama
imprecante
imperiosa
viene a asestar con la cuchilla de la ausencia
Una estocada breve
sin resolución
sin vuelta atrás

Espacio asegurado de ritos antiguos
preserva intermitentemente
la llamarada

pero

no
salva
del paso firme
hacia la amplitud desguarnecida
donde habrás de ser
sin refugio

(11 de abril de 2020)

Avanza oscura insomne la noche ciega
sonora
campanada sin transeúntes por tus calles
repentinamente desconocidas
El eco de esas risas que faltan
parece sin fiesta, ni parrandas
No abordan los soñados peligros nocturnos
a la ciudad que ya no duerme
fatalmente despojada
huye también la luz

acobardada desdentada noche,
qué fue de la luna
entumeciendo los párpados al frío
y a la emoción congelada y ardiente!

han atribuido esta desventura
a explicaciones sordas
mudas
asépticas respuestas
sin espacio para contener
la vida y la muerte en abrazo amigable
así las cosas,
incipiente siglo veintiuno
aguarda

con el miedo en las bocas selladas
las manos agarrotadas sin caricias
ya no acechan el picaporte apresuradas
Todas las puertas encadenadas
al borde del mundo
El mundo un río, con los botes amarrados
yacentes,
sin alma

nada
palpita
pero el fuego
siempre supo ganarle al miedo
Las cenizas perennes encuentran en el fénix
su imposible despedida
nada!
que no transforme el miedo puede seguir
viviendo

(19 de abril de 2020)

Un escondrijo
no se le niega a naidés
un escondrijo guarda bien lo desacomodado
Modifica su forma tanto como haga falta
Se amolda
Y da la bienvenida
Siempre da la bienvenida!
Entonces,
cómo no querer hacer de su existencia
un principio
Ellos, los escondrijos
han de contener del frío, también del sol
que abrasa
La lluvia no es problema, incluso es esperada
Y si en una de éstas se torna irreverente,
habrá que tener siempre a mano la sorpresa
para dar en la marcha, con una alternativa
de escondrijo antilluvias
Me creerás si digo
que
no hay escondrijo para cualquiera
Y aún más me corrijo,
suele ser preferido,
y conducirse presto
por y hacia quienes tienen el don
de equivocarse...
errar,
meter la pata
O peor!
vivir en todo caso
bajo el influjo

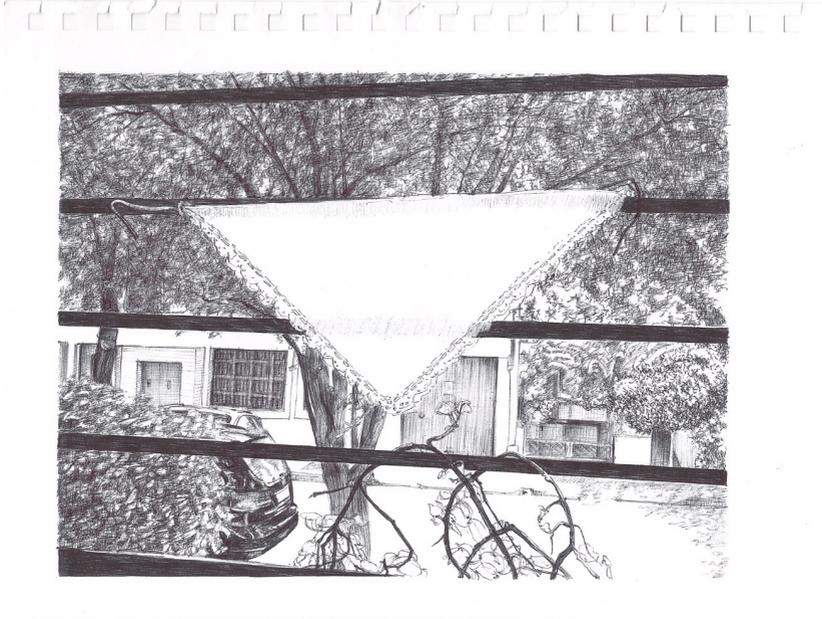
de andar con una pata más corta que la otra

(2 de mayo de 2020)



EL ARTE CONFINADO





Mabel Larrechart, es la artista invitada a participar en esta nueva edición de la Revista *Conclusiones Analíticas*. Las ilustraciones que acompañan cada sección -y que detallamos más adelante- forman parte del trabajo titulado *Tiempos inciertos: intercambios desde el encierro*. Constituyen pequeños fragmentos visuales que nos reenvían a un tiempo cotidiano y subjetivo del tránsito por esta experiencia.

El texto que encontrarán a continuación trasmite parte de este proceso, deja entrever la causa que lo anida, como así también la función del arte en la civilización; testimonio vivo donde la creación artística transforma los miedos y la angustia en algo bello.

Dossier: *Chiara R.*

Pluma negra sobre papel

22.8x30.5 cm

2020

Cátedra Libre en Diálogo: *Liliana L.*

Pluma negra y lápiz de color sobre papel

30.5x22.8 cm

2020

Citas y Comentarios: *Coral R.*

Técnica mixta sobre papel

30.5x22.8 cm

2020

Psicoanálisis en la línea de fuego: *Víctor M.*

Pluma negra sobre papel

30.5x22.8 cm

2020

Psicoanálisis y Dispositivos: *Iván G.*

Pluma negra sobre papel

30.5x22.8 cm

2020

Literatura: *Daniel R.*

Pluma negra sobre papel

30.5x22.8 cm

2020

El arte confinado: *Silvia C.*

Pluma negra sobre papel

22.8x30.5 cm

2020

Tiempos inciertos: intercambios desde el encierro

MABEL LARRECHART

A principios de este año, no recuerdo el día exacto, envié saludos por Facebook a una ex-alumna, por su cumpleaños. Me encontré con la novedad que se había mudado a una ciudad en China. Aparecía en una foto con un cubre-boca y relataba la experiencia de estar viviendo una extraña situación, que en ese momento me pareció más una película de ficción científica que algo real. Al final, escribía algo como esto: “Aquí el virus no se ha propagado demasiado porque las medidas que las autoridades están tomando resultan muy efectivas. Pero pienso en mi país y Latinoamérica en general... ¿cómo harán allá cuando esto llegue? Porque no creo que tengamos el presupuesto necesario y, por naturaleza, somos sociedades desobedientes”.

Su relato fue mi primer contacto con la idea de una pandemia y me puso en alerta. Intenté investigar, escribí a mis amigos para intercambiar opiniones y en general, sus respuestas fueron tranquilizadoras. Se trataba de una manipulación, una exageración mediática y seguramente no iba a pasar nada, afirmaban. Incluso enviaron estadísticas sobre el número

de muertes por cáncer comparadas con las del COVID-19 y notas periódicas que analizaban el fenómeno desde una postura bastante crítica.

Pero no pasó mucho tiempo para que aquella película se transformara en realidad. Cuando comenzó la cuarentena en México, tanto el gobierno de la Ciudad como el Federal, aplicaron varias medidas de precaución para evitar el contagio masivo: acondicionaron los centros de salud, se suspendieron las clases presenciales y cualquier tipo de evento, cerraron los negocios... en fin, lo que todos ya sabemos. La ciudad, donde vivimos más de 20 millones de habitantes, se transformó en una ciudad fantasma. Hasta el día de hoy, el impacto de la pandemia es terrible, sobre todo para la salud y la economía de los más desamparados.

En esos primeros días, nos mantuvimos atentos a las noticias que nos enfrentaban a una penosa realidad: personas viviendo situaciones muy difíciles, el número de muertos y contagios que se elevaba día a día, el esfuerzo de los trabajadores de la salud por enfrentar y contener la tragedia. Yo sentía mucha angustia; me asaltaban temores, pensamientos negativos, miedo a enfermarme y temor por las personas que amo. Sobre todo, me descolocaba la horrible incertidumbre de no entender qué estaba pasando y qué iba a pasar.

Poco a poco fui encontrando algo de calma. Y entonces ese temor se transformó en vergüenza. Entendí que mi situación seguía siendo de privilegio: una casa equipada para vivir cómodamente, mi estudio que está dentro del mismo edificio, la posibilidad de mantener una comunicación constante con mi familia y amigos, provisiones y comida para más de dos meses, agua potable, luz... Y es así como apareció la idea para este proyecto, porque ser artista, en cierta forma, es tener un trabajo privilegiado.

En ese tiempo había empezado una serie de dibujos de paisajes urbanos. Hice previamente unas fotos tomadas en la calle, porque me interesaba trabajar sobre la proyección de las sombras de los árboles sobre las fachadas de las casas, fábricas o persianas de negocios. Durante

el proceso, comencé a notar que la propuesta resultaba completamente banal, considerando el caótico contexto. Entendí que estábamos viviendo algo insólito y que era el momento para encontrarse con los otros, hablar de lo que estaba ocurriendo, compartir lo que sentíamos. Si bien las medidas de precaución insistían en mantener la distancia, yo pensé que era el momento justo para acercarnos. Un momento especial, un tiempo para pensar en el significado y la importancia de la vida.

Empecé por armar una dinámica muy sencilla, pidiendo a los vecinos, familiares y amigos que enviaran una fotografía de su ventana y algún mínimo relato de lo que estaban viviendo. Aproveché los recursos de comunicación y las redes sociales y muy rápidamente se generó una red de intercambio. Armé un archivo para organizar las imágenes y los datos. Actualmente este primer archivo contiene más de sesenta imágenes.

Si bien en mi trabajo empleo diferentes medios, me defino como dibujante. Así es que, desde un principio la idea para el proyecto fue traducir las imágenes de los otros a través del dibujo; una manera de apropiarme de su experiencia y una estrategia de acercamiento e intercambio. Cada vez que termino un dibujo lo envío a la persona que mandó la foto para mantener viva esa conexión.

Debo reconocer que mi obra siempre refleja una marcada inquietud por el pasado y la memoria. Como artista, me preocupa entender cómo se va construyendo mi vínculo con la comunidad. Probablemente, por la etapa de la vida en la que me encuentro -y porque me siento afortunada-, ahora pienso en estos momentos críticos como una pausa en lo cotidiano, un tiempo incierto, que nos obliga a confrontarnos no sólo con una experiencia extraña, sino con nosotros mismos. Si logramos salir ilesos de esta crisis (un poco heridos, quizás), a mí me gustaría que nos viéramos de manera diferente: más humanos, más sensibles, más cálidos, menos arrogantes.

Datos de los autores

Ana Sol Sikic es Licenciada en Psicología. Maestranda de la Maestría en Clínica Psicoanalítica de la UNSAM. Miembro de ACEP. Coordinadora del grupo de investigación del psicoanálisis en las instituciones. Docente de la Residencia en Salud Mental de la Provincia de Mendoza. Practicante del Psicoanálisis en el Hospital General Las Heras.

Brígida Griffin es Psicoanalista. Asociada de la Sección La Plata de la Escuela de la Orientación Lacaniana. Supervisora externa de residencias de Psicología de La Plata y Gran La Plata.

Cecilia Fasano es Psicoanalista. Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP) y de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL) Sección La Plata. Directora y fundadora de la revista de psicoanálisis *Estrategias -Psicoanálisis y Salud Mental-* (EDULP), dependiente del Servicio de Docencia e Investigación del HIGA Dr. R. Rossi. Directora Asociada del Hospital Interzonal de Agudos “Dr. R. Rossi” de La Plata.

Christian Rios es Psicoanalista. Miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Miembro de la Instancia Diagonal de la EOL Sección La Plata (2013- 2015). Director Adjunto de la EOL Sección La Plata (2015- 2016). Director de la EOL Sección La Plata (2016- 2018). Magister en Ciencias Sociales (UNLP). Licenciado en Psicología (UNLP). Especialista en Psicología Clínica (Colegio de Psicólogos de la Provincia de Buenos Aires). Director de la Cátedra Libre Jacques Lacan y de la Revista *Conclusiones Analíticas* (EDULP) de la Secretaria de Extensión de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

Christian Martín es Psicoanalista. Miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Integrante del Servicio de Salud Mental del Hospital “Dr. Ricardo Gutiérrez” de la ciudad de La Plata.

Damián Pérez es practicante de Psicoanálisis. Miembro de la Comisión Ejecutiva del CID Neuquén. Corresponsal en la ciudad de Neuquén de la Revista *Conclusiones Analíticas*.

David Albano González es Psicoanalista (UNC). Perteneciente al Centro de Investigaciones y Estudios Clínicos (CIEC).

Elvira Dianno es Psicoanalista. Miembro de la EOL y de la AMP. Miembro de Instancia Diagonal EOL Santa Fe. Interlocutora IOM2 Delegación Paraná. Directora TyA EOL Sección Santa Fe. Responsable de Butaca Lacaniana (Cine y Psicoanálisis) Santa Fe. Corresponsal de la Revista *La ciudad analítica* (ICdeBA). Corresponsal en la ciudad de Santa Fe de la Revista *Conclusiones Analíticas*.

Erick González es Psicoanalista. Socio de la sede de Barcelona de la ELP. Trabaja en la Asociación TEADIR y en varios dispositivos de atención a las toxicomanías en el ámbito público. Corresponsal en la ciudad de Barcelona de la Revista *Conclusiones Analíticas*.

Fabián Naparstek es Doctor en Ciencias Humanas y Ciencias Sociales, mención en Psicoanálisis, en la Universidad de París VIII, Francia. AME de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. AE de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (2002- 2005). Profesor Titular de la Cátedra I de Psicopatología de la UBA. Autor de *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo* (2005), *El pase una experiencia*

de Escuela, Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo II (2009), *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo III* (2010), *Entre síntoma y semblante, matrimonio o divorcio, Serie Recorridos N° 8, El fantasma, aún* (2018).

Gustavo Dessal es Psicoanalista y escritor. Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis y docente del Instituto del Campo Freudiano en España. Desde el año 1989 ha dictado importantes seminarios, cursos y conferencias en España, Argentina, Brasil, Francia, Italia, Inglaterra e Irlanda. Fue coordinador del Nuevo Centro de Estudios de Psicoanálisis, Institución dedicada a la formación en esta disciplina. Autor de numerosos artículos en revistas especializadas.

Gustavo Stiglitz es miembro de la Dirección Ejecutiva del IOM2. AME de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

Gabriela Grinbaum es Psicoanalista (UBA). Miembro de la EOL y de la AMP. Magister en psicoanálisis por la Universidad de París VIII. Docente en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Docente en la Maestría en Clínica Psicoanalítica de la UNSAM. Co-directora de la Revista *Registros*.

Gabriela Rodríguez es Psicoanalista. Asociada a la Escuela de la Orientación Lacaniana Sección La Plata. Directora Adjunta de la Revista *Estrategias –Psicoanálisis y salud Mental*. Autora de *Lacan entre las feministas. La objeción de la mujer* (2019). Coautora de *Lecturas de “La Tercera”*. *Los campos del goce* (2018) y de numerosos artículos en revistas especializadas.

Hernán Jorge Brizio es Licenciado en Psicología (UNC). Colaborador docente del Seminario Aportes del psicoanálisis de orientación lacaniana al campo jurídico, Facultad de Psicología, UNC.

José Lachevsky es Miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Director Adjunto de la EOL Sección La Plata (2019- 2020).

Lolo Micucci es músico, pianista, arreglador y compositor. Egresado del conservatorio Superior Gilardo Gilardi de La Plata. Editó cinco discos solistas con canciones propias y participó de numerosos proyectos discográficos, ya sea como productor, arreglador, músico o compositor. Compuso música original para cine, teatro, radio y televisión, y también canciones para varios artistas nacionales e internacionales.

Marcelo Barros es Psicoanalista. Miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Docente de la UBA, ICdeBa y UNSAM. Autor de *Intervenciones sobre el Nombre del Padre; La Condición Femenina; La madre; apuntes lacanianos; El horror a la paternidad; La pulsión de muerte, el lenguaje y el sujeto; El Psicoanálisis en el hospital, el tiempo del tratamiento; y La condición perversa, tres ensayos sobre la sexualidad masculina.*

Mabel Larrechart es Licenciada en Artes Plásticas con Orientación en Dibujo por la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata. En el año 2000 se trasladó a la Ciudad de México, donde radica hasta la fecha. Coordinó el libro: *El dibujo: herramienta del pensamiento* (2015). Obtuvo la Beca de Posgrado de la UNAM para realizar sus estudios de Maestría y Doctorado. A través de su práctica aborda relaciones y contraposiciones entre elementos artificiales y de la naturaleza. Su

obra refleja un marcado interés por el pasado y la recuperación de la memoria colectiva e individual como formas de resistencia cultural.

María Agustina Brandi es Psicoanalista. Profesora asistente en Cátedra de Medicina Psicológica de la Facultad de Ciencias Médicas UNC. Coordinadora de la Secretaría de Redacción de *Lapso*, revista anual de la Maestría en Teoría Psicoanalítica Lacaniana. Miembro del comité de redacción de *Cytheré?* Revista de la Red Universitaria Americana. Asistente Técnica en la Maestría en Teoría Psicoanalítica Lacaniana de la UNC. Docente a cargo de Seminario Aportes del Psicoanálisis al campo jurídico de la Facultad de Psicología, UNC.

Marina Posata es practicante en Psicoanálisis. Integrante Comisión Ejecutiva CID Neuquén.

Mariana Isasi es asociada de la EOL Sección La Plata, personal de planta del Servicio de Salud Mental del H.I.G.A Rossi de La Plata.

Mariana Schwartzman es Licenciada en Psicología (UBA). Miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Analista practicante de PAUSA (Psicoanálisis Aplicado a las Urgencias Subjetivas de la Actualidad). Miembro del Staff de la Revista *Lacaniana*. Secretaría de Redacción de la Revista *La Ciudad Analítica* 1 y 2. Maestría UNSAM en Clínica Psicoanalítica. Colaboradora docente en la Maestría de la UNSAM. Supervisora Hospital de Morón.

Oscar Ventura es Presidente de la Escuela de Psicoanálisis del Campo Freudiano. AME de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis del Campo Freudiano y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. AE de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis y de Asociación Mundial de Psicoanálisis (2016- 2019).

Sebastián Raimbault es Licenciado en Psicología (UNLP). Director del Centro de Atención de Psicoanálisis Platense (CAPP).

Tamara Sparti es Licenciada y Profesora en Psicología (UNLP). Escritora. Docente en Institutos de formación docente. Docente en el Conservatorio de Música Gilardo Gilardi y en la Escuela de Danzas del Teatro Argentino. Miembro de distintos equipos de orientación escolar. Psicóloga de la Escuela Anexa (UNLP).

Hoy, un día frío y soleado de agosto, mientras escucho la radio, llega el momento de concluir -a partir de este prólogo a título de punto de capitón- con este volumen. Pero, aun habiendo concluido con nuestro trabajo, sabemos que la experiencia de la pandemia continuará por los menos algunos meses más.

En un principio, con algunos colegas del comité editorial, nos surgía cierta urgencia por dar a conocer estas conclusiones, nos interesaba ser parte del diálogo que hoy por hoy se sostiene en el campo analítico e intelectual. Pasado un tiempo, me convenció la idea que el verdadero valor de este número se encontrará en su posible atemporalidad.

Habrà un tiempo de espera, un impasse entre el punto final de este volumen y su lectura, entre aquello que fue actual y la actualidad situada en el presente de la lectura. No dejarà de ser una experiencia interesante, tal vez como ninguna otra. Cuando cada lector tenga este material en sus manos constatarà con el paso del tiempo a su favor, qué pensamos y vivimos en este momento.

Christian Rios

